

José Agustín

Diario de brigadista

Cuba, 1961

Lumen

Diario de brigadista

Cuba, 1961

José Agustín

y "Escritura y vida",
una conversación con
Enrique Serna

Lumen

A Margarita Dalton

Nota del autor

Como narro en mi autobiografía *El rock de la cárcel*, en 1961, a los dieciséis años de edad, me casé con la escritora e historiadora Margarita Dalton y juntos nos fuimos a Veracruz para abordar el barco de carga Bahía de Sihuanea que en tres días nos llevó a las Cubas. Margarita conocía a Marcia Leiseca, una de las ejecutivas de la Casa de las Américas, quien, al ver que su amiga llegaba con un marido nos sugirió que participáramos en la campaña nacional de alfabetización. En 1960 Fidel Castro había pronunciado un memorable discurso en las Naciones Unidas y ahí prometió que Cuba sería territorio libre de analfabetismo en menos de un año. Para lograrlo se formaron, en honor a un joven maestro asesinado por la dictadura, las Brigadas Conrado Benítez, compuestas por adolescentes cuyas edades fluctuaban entre los catorce y los diecinueve años. Había una lógica bella y humana en recurrir a los adolescentes para alfabetizar el país. Ese año se suspendieron las clases para que los chavos pudieran hacerlo. Ciertamente implicaba un esfuerzo fuera de lo normal. Los alfabetizadores deberían dejar sus hogares de clase media urbana y vivir en el campo, lejos de su familia, con campesinos pobres que ni conocían. Ignoro a quién se le ocurrió todo esto, pero el plan era muy bueno y funcionó bien.

Margarita Dalton y yo recibimos un cursito en Varadero para enseñar a leer y escribir, y allí uno de los instructores sugirió que lleváramos un diario pues íbamos a vivir una experiencia fuera de lo común con campesinos lejos de nuestras casas. Si esto era cierto para los jóvenes cubanos lo era mucho más para Margarita y para mí, que éramos extranjeros. Yo lo tomé muy en serio; hasta ese momento jamás había llevado un diario y me pareció que ese era un muy buen momento para experimentar en ese género tan preciado y concurrido por mucha gente. El resultado es este libro, que documenta un poco de ese peculiar momento histórico de un país entonces muy joven y narrado por un observador tan joven como el

país que lo acogió.

José Agustín

Mayo, 2010

DIARIO DE BRIGADISTA

Termidor 27. Esta mañana hay mucha agitación. Todos los muchachos se preparan. Durante el desayuno se dio el anuncio de nuestra salida a las once y media, pero, como es costumbre, seguramente saldremos tarde.

Nos tomaron una foto, único recuerdo de nuestra estancia en Varadero. Después de largas colas subimos en los camiones, nos dieron diez pesos y un escudito de las Brigadas Conrado Benítez. Pero no salimos. Tuvimos que regresar al *Granma* a causa de líos que nunca supimos. Después de la comida, pudimos partir. A mí me tocó con Óscar, Jorge Moreno, Luis Manuel y un grupo de compañeros del segundo piso. Uno de ellos, grandote, fuerte, negro, y otro más delgadito e igualmente negro, hicieron el ambiente. Se pusieron a cantar el Himno del 26 de Julio a ritmo de rumba y al poco rato todos los chavos le daban duro al guapachá, qué escandalera más buena. Pasamos Cárdenas, ya en Matanzas, y luego entramos en Santa Clara, capital de la provincia de Las Villas. Ya era de noche. El gordo Óscar y yo nos metimos en un cabaret oscuro-oscuro-oscuro, seguidos por bastantes muchachos. Fuimos expulsados.

Reabordamos los camiones o guaguas, como aquí se les dice. La travesía era larga y los que no se aburrían, dormían. Pero eran pocos. Siguieron cantando, esta vez con menos entusiasmo, y alguien me pidió, ¡otra vez!, que yo me echara algunas canciones rancheras. No, les dije y un tipo esquelético y sangrón como ninguno se molestó y dijo que yo era un pesado. Traté de explicarle que a mí me gustaban las canciones rancheras, pero que de ninguna manera las que le gustaban a él. No me hizo caso y yo me quedé pensando que era una lástima que esta gente no conociera otras buenas ondas. Me puse a tararear: por los caminos del sur vámonos para Guerrero; como era de esperarse (pero yo no lo esperé) se me vino encima el recuerdo de mis papás y de mis hermanos y mi casita y de repente me solté chillando, gacha y virilmente. Todo estaba muy oscuro para entonces, la mayoría dormía al fin y yo seguí chillando, en silencio, temeroso de que alguien se diera cuenta, pero también sintiendo rico porque al fin podía llorar. Tenía

siglos de que no lo hacía, y como que me hacía falta.

Casi a la una llegamos a Camagüey, a la ciudad escolar, otrora cuartel batistiano. Acompañamos a Luis Manuel a su casa y conocimos a sus padres, gente sencilla y buena. Después me fui al camión y allí me dormí. La salida estaba anunciada para las seis.

Termidor 28. El viaje se reanudó hasta las diez y desayunamos un poco en una cafetería de Camagüey. Es lo primero decente que comemos, pues el día de ayer prácticamente nos fuimos en blanco; sólo en la madrugada se nos dio leche, casa salada, y unas galletas duras. Antes de salir vi que vendían puros y me compré uno. Lo encendí y, muy orondo, me fui a pasear fumando chabochamente. ¡Tabaco, suelta a ese hombre!, me gritaron, y todo mundo se atacó de la risa.

Qué simpáticos. El viaje fue mortal, ya nadie tenía ánimos para cantar. En Victoria de las Tunas, en Oriente, se quedó el gordo Óscar, el único con quien había logrado un mínimo conato de amistad. Margarita anda en otro camión, con las mujeres. Jorge se interesó visiblemente en mis trabajos, leyó algunos y le gustaron. Desgraciadamente, él se sigue hasta Santiago y nosotros nos quedamos en Holguín.

Al llegar a Holguín, reencontré a Margarita. Corro en derredor, una vez más. Somos la atracción. Un maestro se interesó por nosotros y prometió arreglar que nos trasladaran juntos. Después de comer (o de almorzar, como dicen aquí) conocí a un trío de muchachas: Lilian, Carmen y Rita. Después resultó que eran amigas de Margarita. En un cuartelote nos dieron el farol y la mochila, cuadernos, lápices, folletos, una hamaca y, de cariñito, una lata de leche condensada.

Cuando hacíamos cola para entrar en el albergue, el mismo estúpido que se enojó porque no quise cantar volvió a hacerme chistes pendejos; no lo pude soportar y nos dimos de madrazos, unos cuantos golpes nada más, pero sí alcance a meterle uno bueno en la nariz. Desgraciadamente, en el tumulto perdí el reloj que me había regalado mi papá, el que había remplazado a mi legendaria carcachita. Es la tercera cosa que pierdo (o que me roban): en Varadero, la medalla de la Conferencia; en el trayecto, la boina del

uniforme, que me fascinaba porque me hacía sentir muy cheguevara; en Holguín, el reloj. Comimos juntos Margarita, sus amigas y yo, después estuvimos jugando como chamaquitos en las inmensas escalinatas del albergue, que en realidad es un cuartel, aunque no he visto milicianos por estos lares. Luego, nos metieron a dormir, o lo intentaron. No hubo chance de que Margarita y yo durmiéramos juntos, así que otra vez ella se fue con las mujeres.

Una noche tropical hermosísima. Le encargué a dos niñitos que en México serían boleros o algo así, una botellita de Bacardí y pronto pasó a mejor vida. Estuvimos contando chistes (o haciendo cuentos) para dormir, al fin, en una cama.

Termidor 29. El café del desayuno estaba tan caliente que me dejó la lengua ardida. A las diez, tras tomar guarapo, nos despedimos de los cuates y salimos Lilian, Rita, Margarita y yo en un camión foráneo. Escándalos, canciones y mítines en el camión. A Margarita le encanta soplarse aquella de yo sé yo sé la manera de dar de dar la lata a cualquiera, y también: un elefante se balanceaba sobre la tela de una araaaaaña. Regresamos a Victoria de las Tunas, que, de entrada, tiene un nombre genial. Allí tomamos otro camión rumbo a Puerto Padre. Éste ya no nos cobró.

Como a las tres, y sin haber comido, llegamos a Puerto Padre, un pueblito apacible y tranquilo. No está tan padre pero al menos nos trataron a todo dar. Fuimos a la casa donde está el Consejo de Alfabetización y de allí nos mandaron, como tiros, a un restorán, de nombre Oriente. Regresamos al Consejo y platicamos largo y tendido con el coordinador general de las brigadas, Papi Romero, un negro fuerte, joven y de lo más simpático. Nos dijo que nos querían hacer una entrevista en el radio y que, por lo tanto, hasta el día siguiente saldríamos a Los Alfonsos, donde se nos ubicaría. Lilian y Rita sí se fueron y nosotros nos hospedamos en el hotel Comodoro, en un cuarto que más bien parecía clóset. Dimos un paseíto por el pueblo, hasta que un locutor fue por nosotros para ir a la estación de radio.

La entrevista tuvo lugar pasadas las siete y media. Primero habló Margarita y luego yo. Tutti contenti. Dijimos que éramos maestros de inglés allá en México y eso los apantalló aún más. Al terminar,

los locutores eran nuestros cuatazos y nos llevaron a recorrer el pueblo: una larga avenida con camellón y plantas raquíticas, varias callecitas oscuras y un muelle al llegar al malecón. Primero, tomamos café y luego fuimos a una escuela de capacitación revolucionaria donde nos regalaron libros: *La historia me absolverá* y *Los fundamentos del socialismo en Cuba*. Allí mismo improvisé una charla informal sobre la revolución mexicana.

Luego fuimos al Club Náutico, que era donde se reunía la plana mayor de los ricos puertopadrotes, y a un astillero. Nos llevaron al banco, donde presenciamos el conteo de billetes viejos que han quedado invalidados por los nuevos, con la firma del Che como ministro de Finanzas. Volvimos a tomar café y la plática derivó en cuestiones teatrales.

Termidor 30. ¡Zaz! Gran sorpresa: al levantarme encontré al gordo, quien se suponía que debía de estar en Victunas. Nos acompañó a desayunar. Paseamos por una playita y, antes de salir en un yip, Margarita me regaló una armónica (chueca). Esto nos suavizó un poco, porque como que la separación en Varadero nos había distanciado un poco. En el yip iban dos compañeros del Consejo, uno de ellos era Pipo, a quien conocimos ayer, un negrito chaparrito y vaciadísimo. También iba otro chavo de las Brigadas, que no decía nada y parecía esperar el momento en que se le quitaran los barros que lo granizaban. Pasamos por el poblado de Chaparra, y por supuesto yo pensé en mi hermana Yuyi, je je. Chaparra es un pueblo orgulloso de que allí se encuentra un ingenio azucarero poderosísimo. También pasamos por Delicias, otro ingenio, que tiene el récord mundial de producción de caña. Íbamos adentrándonos en montañas leves, llenas de vegetación, que a mí me recordaban una barbaridad los rumbos de la Costa Grande guerrerense. Llegamos al río de Chaparra pero, como estaba demasiado crecido, no pudimos pasar. Y se suponía que Los Alfonsos, la meta de nuestro viaje, estaba ya bien cerca. Granizado se quedó, para cruzar el río a pie, y uno de los del Consejo lo acompañó. Pipo tomó el volante del yip y nos dirigimos al Vedado, pero se nos ponchó una llanta y, en lo que la arreglaba Pipo, unos guajiros nos dejaron montar sus caballos a Margarita y a mí.

Nosotros no estábamos en buena onda y por detalles minúsculos llegamos a tener serios percances. Luego tuvimos que regresar a Chaparra por otros lugares. Todo el campo es de una belleza demencial. Se nos atascó el yip en el fango y Margarita, que no quería saber nada de mí, se fue con Pipo a pedir ayuda a una cooperativa de guajiros. Regresaron con varios campesinos y entre todos sacamos el yip.

Finalmente nos vimos en un camino real, bordeado por árboles inmensos, y así entramos en el pueblito de Los Alfonsos. Nos recibieron Rita y su prima Lilavati, que es la responsable de las brigadas del barrio. Nos llevaron a una casa grande, de una vieja familia española de apellido Lamas. Allí estaba Lilian. Amainamos los fragores del hambre comiendo, al fin, deliciosamente. La señora de la casa es gorda y preciosa, le dicen la Nena. El señor Lamas también es a todo dar. Tienen varios hijos, que en ese momento no andaban por allí. Más tarde, pudimos conocer mejor a Lilavati. Es una muchacha de dieciséis años, estudiante de bachillerato, con un gran amor por la revolución y conocimientos extraordinarios de todo el proceso. Es muy blanca, de facciones finas, ojitos chiquitos y azules y muy simpática, accesible y sencilla.

Margarita se quedó platicando con todos ellos y yo me fui a pelar a una peluquería que consistía en una silla de palo al pie de un árbol frondoso. Tenía meses sin pelarme y quedé todo lleno de mordidas, con cara de bebé. Margarita, al parecer, se hallaba muy contenta (mais-jusqu'à?). Pero no se me quita la impresión de que no vamos a durar mucho, el espectro de la separación es como un oleaje. Las primas Rita y Lilavati llegaron en la noche y Margarita fue el foco de los alfonseños al cantar con gran gusto y, en general, al divertirlos. Platiqué con Miguelito, uno de los hijos del señor Lamas, y él me prestó libros: uno sobre el Moncada, otro de Graham Greene, otro más sobre las Antillas. Este pueblito es muy rústico y el centro es la tienda de la casa de los Lamas, o sea: la cima de la colinita. En muy pocos lugares hay electricidad y la que hay se genera con plantas. A mí me recuerda horrores Los Arenales, el pueblito guerrerense de donde viene buena parte de mi familia. Desde que estuve canturreando Por los caminos del sur, muchas canciones me fluyen por los oídos, acompañadas por fuertes golpes de imágenes de mi casa y mi familia, ese espantoso recuerdo de mi

mamá llorando como loca arrodillada a mis pies. Pero me controlo, el desahogo del día quince me ha servido y, hasta podría decir, ha fructificado. Tengo remordimientos y todo se mezcla en un sentimiento: triste y solo, solo y triste.

Fructidor 1. Hoy cumplo diecisiete años. Desperté relativamente tarde, recordando la algarabía en mi casa: las mañanitas. Antes me caían gordísimas y ahora las extraño. Mi enfurruñamiento de siempre. Déjenlo, decía mi hermana Yuyi, es un sangrón teatrero. Y tenía razón. Aquí, Margarita les dijo que era mi cumpleaños y los Lamas me felicitaron sinceramente. Esta vez no hice las sangronas teatrerías, pero estuve a punto. En un año más, puesto que ya me he casado, seré mayor de edad. Qué estupideces. Margarita y yo seguimos distanciados, no hacemos nada por encontrarnos.

Tedio, pasividad, calor: todo se uniforma durante la tarde. Pienso morbosamente que Margarita y yo nos separaremos, más temprano que tarde. Deveras, no queremos evitarlo, pero tampoco nos deja felices. En la noche tuve una sorpresa agradable: varias muchachas brigadistas, comandadas por Lila y Rita, aparecieron cantando “felicidades” y con refrescos de chocolate en la mano; recordé al peluquero, que era socialista de hueso colorado y devoto de Fidel hasta la ignominia. Nos juntamos en el portal de la tienda de los Lamas y allí llegó más gente, convocada por las canciones rancheras que se echaba Margarita. Las brigadistas también cantaron y todos tomamos refrescos. El caos se ve desde afuera.

Fructidor 2. Esta mañana salimos en caravana, a pie, hacia Platería, un cuartón del barrio. Me mata de risa toda esta división geográfica: provincias, municipios, barrios, cuartones. En Platería hubo una reunión de la gente del pueblo con las brigadas de alfabetización. Una maestra rural y Lilavati forman un subcomité para acelerar la alfabetización. También se creó un círculo de estudios que se inicia esta misma mañana de verano con la lectura de la Declaración de La Habana y comentarios de Lila, de Alexis, (un joven maestro o algo así), de Margarita y míos (vuelve el *trust* individual ¡viva la objetividad!). Margarita habló muy bien y

merecidamente fue aplaudida. Nos prestaron caballos y en ellos regresamos a Los Alfonsos, cantando el himno de las Brigadas, lápiz cartilla manual alfabetizar alfabetizar, ¡venceremos!

Lila ubicó a su guapa prima Rita en los alrededores del poblado. Rita no estaba de acuerdo con la ubicación, pero se disciplinó (veux-tu être si gentille de venir avec moi?). Antes, había cortado anoncillos de un árbol. ¡Ah, la vertiginosidad de estar en una rama y lanzar el alma en una fruta! No, no es sarcasmo. Más tarde Ricardo, otro lama (no kin con jerarcas tibetanos) nos invitó a dar una vuelta en su invencible Plymouth. En el auto paramos en una tienda, o cosa parecida (aquí les dicen bodegas) y tomamos Bacardí Carta Blanca. Muy oportuno.

Al regresar, Margarita se fue con otras conradobenitistas. Yo escribí cartas y me hundí en el fango interno. La visión es una, sola e indivisible. Ricardo me invitó otra vez, y esa vez fue en el salón del pueblo donde ocurrió el proceso de desaparición del Bacardí, ahora Carta Oro, qué delicia. No me paraba la boquita y hablé hasta de seudofolclor musical mexicano. Al salir, nos encontramos con las muchachas. Bebí café chez Lamas y regresé a tomar refrescos con ellas. Me hicieron miles de preguntas. Nuevas arrobas de seudoesparcimiento. Me acosté bien mareado, pero derechito.

Fructidor 3. En la mañana, Lilavati, Margarita y yo acompañamos a un campesino de cuyo nombre no quiero ni puedo acordarme que iba a ordeñar. Nos enseñó a hacerlo. Margarita logró extraer algunos chisguetes pero yo, ñizca. Al desayunar pensé que soy un pequeñoburgués irreversible cuando casi me vine al entrarle a unos huevos con jamón. Lila consiguió caballos y nos fuimos a Sabanilla. Margarita montó a pelo, muy macha la señora. Hubo una reunión sobre las brigadas y tuvimos que regresar porque el cielo se oscurecía a gran velocidad. Yo pude, al fin, colocar los timbres en los sobres y echar éstos en un buzón (raro buzón, con dedos y voz sibilina en la parte septentrional, quince mil vibraciones, faz mediocre que invitaba a vomitarle encima). Bueno, algo he hecho ya.

En la tarde, en un yip y acompañados por once gentes más, Lilavati nos llevó a ubicar a Juan Sáez. La comitiva se hallaba

compuesta por tres personas del Consejo, dos brigadistas lánguidas; Ángel, que es nosequé de la Comisión; Rita, flamante responsable del barrio de Los Alfonsos; algo indescifrable con uniforme de brigadista, la señora Teresa López y su yerno Marcos, dueños de la casa donde nos quedaremos Margarita y yo. La señora Teresa ya está grande, habla poco y padece numerosos achaques. Marcos debe tener unos veintitantos años y sonríe sin chuequeces. Es aparatosamente blanco, como la gran mayoría de guajiros, y no puedo dejar de pensar que, allá en México, casi toda la campesiniza es prieta-prieta-prieta.

A nosotros nos dejaron primero, después de salir del camino real por una veredita. Caminamos un kilómetro o dos hasta llegar a la casa de Teresa López, que es de palos, muy chiquita y no tiene luz. Marcos, ni tardo ni perezoso, se puso a cortar ramas de palmas y en menos que se dice cuas ya había construido una nueva recámara en plena sala. Yo nomás lo vi, porque nunca me pidió que le ayudara, y sólo hasta el final comprendí lo que estaba haciendo. Por allí andaba la mujer de Marcos, otra güera silenciosa, y sus hijitos. Yo pensaba que en ese momento comenzaba lo mero bueno, la verdadera chamba del brigadista: convivir con los campesinos, enseñarles a leer y escribir, y aprender de ellos. Lilavati me decía, en el trayecto, y a la sorda, que había que trabajar a Marcos y a su esposa y a la ñora Teresa López, porque están con la Revolución pero aún son oscuros; o sea, no están claros.

Fructidor 4. El despertar fue raro y un tanto sexual. De repente ahí estábamos dándole a la vieja calistenia. Una taza de café (suave, al fin) y Lilavati, Ángel y dos brigadistas más en la puerta. Pobre gente, vino a pie desde Los Alfonsos. Margarita Dalton, declamó Lilavati, sonriente: sus analfabetos están listos.

Vanse Ángel y la Dalton hacia otros rumbos. Y los brigadistas, Lila y yo emprendemos otra caminata. El sol parece el extraño enemigo. Llegamos a participar en una reunión de, ni modo, cuartón, en la mera cumbre de una loma. Uno de los brigadistas es un negrito de doce años, se llama Julián, es de Guanabacoa, no para de hablar y los ojos le chisporrotean. Le hacen bromas. ¿Y qué cosa es?, le preguntan, ¿una cositica negra que se prende si le pones una

candela? Cal-bón, responde Julián y todos se atacan de la risa, siempre hacen la misma pregunta para saber si alguien es de La Habana o no. Los de Oriente dicen carbón y calbón.

Beber agua, caminar, más gente, regresar un poco, más agua, me siento en la sombra, ¡ah!

Lilavati se va en yip ocasional. Yo regreso con Magali, una compañera recién presentada. Otra caminata. Delectatio piú morosa. Conozco ya a mis analfabetos (qué buena onda). Son: Lorenza, una señora de cuarenta y nueve años; Tomasa, de dieciocho; Orlando, un chavito de catorce, y Ana Luis, de once. Mañana cantarán muchos gallos, otros tantos pedros negarán a su viejo maestro y muchos brigadistas, como yo, empezarán a alfabetizar-alfabetizar, ¡venceremos! Regresamos contando magueyes (o mayas, insisten en decir aquí).

Chez Marcos. Margarita Dalton sale a caballo (quién sabe dónde lo consiguió, porque Marcos sólo tiene un par de bueyes, no agraviando a éste, su seguro servilleta). Yo al fin como: un extraño y seco guiso que llaman harina y que sabe a arena con gotas de lodo. La tarde se funde en las páginas de un libro. Es increíble el cuarto que nos construyó Marcos. Apenas hay una tela desvaída que hace de puerta y las rendijas abundan. Un paseo metamorfoseado en conferencia en la escuela rural de Juan Sáez. Juan Sáez no llega a pueblo. Consiste en parcelas esparcidas y la escuelita y una tienda, cerca del río como *downtown*.

Ya es de noche y escribo; la luz del mínimo candil me ilumina y el humo me pintarrajea la cara.

Fructidor 5. Es raro despertar entre los cantos de miles de pájaros; se siente suave, por un lado. El cielo matinal, azul y cóncavo, parece muy cerca. Margarita se levantó muy temprano, para ordeñar. Y en estos momentos se apresta para dar clases, muy diligente la muchacha. Yo, por suerte, arreglé que mis clases sean después del mediodía, así es que no tengo por qué madrugar; al menos, en principio, porque aquí todos son como gallinitas: se acuestan y se levantan tempranísimo. Y yo, allá en los Méxicos, acostumbrado a despertar al mediodía, entre el estéreo de mi hermano que pintarrajeaba y la aspiradora de la criada. El aire silba

entre las plantas y mitiga las inclemencias del sol. Me fui muy nalgoncito a ayudarle a Marcos, pero ya se había ido. Regresé y me puse a leer y a escribir una obra de teatro, que empieza a perfilarse. Los personajes aún están nebulosos, pero, en general, pinta como mi hermano; o sea, muy bien. Margarita ha regresado y pocos momentos después nos visitan Ricardo Lamas, Alexis el cuasimaestro y otras gentes de la Comisión. Vinieron en el Plymouth. Nos enseñan a manejar el farol, que da una luz tremenda. Ricardo me dio chance de manejar el Plymouth y no lo hice tan mal, desde México (oh Topolino) no lo hacía y sobre todo considerando que manejar en estas veredas bachescas no es nada fácil. Me dejaron en la chez de mis alumnos. Fui recibido cordialmente, lo cual me dio más ánimos. No pude darle clase a la señora Lorenza: tiene la vista cansada y no distingue ninguna letra, y eso que las de la primera página del manual, O-E-A, son tamaño kingsize. Lo mismo ocurrió con su marido. Tendré que ingeniármelas hasta que llegue el optometrista. Tomasa, Luisa y Orlando, los chavos, aprenden rápido. Sin embargo, he empezado desde el principio para no tener nada que lamentar después. Al menos con estos tres cuates es seguro que acabaré bien rápido. Angelito apareció en un caballo. Me consiguió otro par de alumnos, ya son siete. Se trata de un campesino que vive al lado y, como ya usa lentes, supongo que no habrá mucho problema. Se llama Salvador Martínez. Ya he platicado con él y mañana mismo comenzaremos.

Regresé a casa de Marcos a las dos e inmediatamente comí. Después de las caminatas de una casa a otra tengo un hambre infernal. Margarita llegó después, la trajo Angelito. Más tarde subí a cortar tamarindos. Desde lo alto del árbol vi que Marcos había regresado y estaba arando, así es que fui con él para aprender a hacerlo. Primero, naturalmente, me salió pésimo y me invadió un verdadero terror de que fuera a echar a perder la tierra. Marcos nomás se reía. Ya después agarré la onda y mis surcos no salieron tan tembeleques.

Ah, cómo cansa la fregadera de la arada. Cuando regresé a casa encontré a tres chavas brigadistas, una de ellas responsable del Cuartón (pues sí). Insistieron en lo de siempre: que canten, que canten. Todo mundo cree aquí que cada mexicano es un Piotor

Infante en potencia. Margarita lo hizo, y fue secundada por la rubia responsable. Más tarde, la Dalton se fue a su clase y yo salí a pasear. Casi llegando al río encontré a Magali y a Josefina, a quienes birlé el suplemento cultural Revolución. El río. Manso y ondulante. Su cauce tranquiliza mis aceleres. Leo el periódico. México derrotó a Cuba. Hmm. Diez por seis. Hmm. El Che hablará en la noche. Ya vas. Suplemento dedicado a García Lorca. Pianissimo. Lecturas del Diván del Tamarit, por desgracia, la noche se me vino encima. Al pasar por la escuelita rural entregué el periódico pero hábilmente me quedé con el suplemento. Después, a estudiar con candil. Llegó Margarita y, por consiguiente, el farol. La luz se hace. Todos sonríen y casi aplauden porque en verdad al fin se ilumina la cueva. Margarita alfabetiza a Marcos y nosotros escuchamos al Che Güevotes. ¡Qué hombre! Habla con una gran sencillez, sin engolamientos ni golpes en la mesa. Cuando acabó su informe sobre Punta del Este ya casi todos se habían acostado. Con el silencio llegan también los recuerdos y espesos aguijonazos de la angustia. Hay veces que me logro dominar, pero no siempre es posible. Me empecé a sentir débil.

Fructidor 6. El despertar es raro, sin soñolencia. Son casi las ocho y la Dalton se apresta a dar clases. Es mujer de mañanas. En algún momento me dijo que iban a ordeñar y que si quería acompañarlos. Debo haberme negado. Tomé café, leí y escribí mi obreja de teatro. Me fui a arar con Marcos. Ya lo hago mejor, se lo juro señito. Casi ha llovido, y eso preocupa a todo el guajiraje. Realmente aquí todo es bellísimo, hasta los grandes ojos oscuros de los bueyes.

Una charla de orientación hizo que llegara tarde a mis clases. Los muchachos progresan. Estaba alfabetizándolos cuando aparecieron Ricardo Lamas, Alexis, Lilavati y otros más. Iban a Puerto Padre. Yo me fui con Salvador Martínez. Ligera charla y a batallar. El señor confunde las vocales; las conoce, pero no las reconoce.

Después de la contienda le asesté al pobre hombre una charla revolucionaria, incluyendo cuestiones económicas. Imagínate nomás. Estas gentes son verdaderamente buenas, merecen ser trabajados y Salvador merece aprender, porque tiene muchas ganas

de hacerlo.

En casa de Marcos, nos cayeron arrobas de niños y visitas que quieren ver a los mexicanos. Dicen que hablamos cantando. Los entretuve dibujando. Les pedía que hicieran tres rayas y después con ellas yo hacía un bonito dibujo sobre el tema que habían elegido. Después me puse a escribir, hasta que llegó Margarita con el farol. Explosión, humo, pero funcionó la cosa. Estamos juntos. Ella lee, yo escribo. Ya en cama, he llegado al extremo de reconstruir días completos, con una meticulosidad increíble. Todo se vuelve más cercano, hasta la luz tenue de las mañanas de invierno en la ciudad de México. Recuerdo la imagen de la esquina de Insurgentes y Yucatán, con el insultante anunciote de zapatos Canadá, que ahora me parece embelesante.

Fructidor 7. Mis extremidades flotaban en un río de lava. Humedad ardiente. Más tarde fui con Marcos a sacar yuca. He visto la raíz (vianda, le dicen aquí), lo cual ciertamente me impresionó. Dimos las hojas de la planta a los cuches, y en eso estábamos cuando llegó Hortensia, una brigadista, que está aquí desde mayo y conoce todo. Clase a los Zaldívar, entre tragos de café. Salvador Martínez sigue poniendo a prueba mi paciencia. Apenas reconoce las letras, a pesar de que se las escribo inmensas en la tierra de la sala. Para beneplácito guajiro la lluvia ha comenzado a caer, y esta tarde llegó con fuerza. Margarita y yo salimos a comprar puyas, un dulce de azúcar quemada y coco. Carajo, una pinche cocada; también conseguimos galletas (o galleticas, la gente se enoja si no se les dice así) y pescaditos. Con semejante provisión fuimos al río chaparro. Otra vez se nos juntó la gente, niños y gente grande. Grandes risas, somos la variedad. Margarita se metió en el agua y se cortó las patrullas. Marcos me dijo que un caballo la había pateado en la mañana y un aparatoso moretón lo confirma. Pero a mí no me dijo nada. Pauvre fille. Al regresar, hablamos con más gente, compramos más galletucas. Veníamos de lo más felices guaseando y riendo, pero al llegar ocurrió una catástrofe. Como buen imbécil di un golpe al farol y la camiseta se cayó. Y no hay repuestos, así es que nuestro farol ingresa en las abundantes filas de los Detenidos, como se les debe decir.

Y otra vez con el candil. Ella estudia el manual y yo leo, leo, leo. Más tarde intentamos hacer el amor, pero tuvimos que desistir porque Marcos y su esposa también querían hacerlo y la señora Teresa empezó a toser y los niños respiraban demasiado pesadamente. Muertos de la risa, desistimos.

Fructidor 8. Sigue la onda. Nous faissons l'amour a las cuatro de la mañana. Siguieron los incidentes. Oh calentura. Después del sex bei sex minus liebe, la Dalton se fue a ordeñar por otro lado y yo volví a dormir. Desperté apresuradamente porque había que estar en la Tienda del Pueblo a la ocho. Llegamos tarde, ya todos estaban reunidos, porque hay algo así como vacaciones para los brigadistas. Conrado Benítez y todos están muy emocionados porque van a volver a sus papis. Margarita y yo no entendemos bien qué pasa, apenas nos estábamos adaptando a estos rumbachos, o cuartonachos.

La comitiva de brigadistas se encamina a Los Alfonsos a pie, bajo un sol inclemente. Yo venía cargando la petaca y con ella atravesé el río, a través de una tablita; aventuras de la vida real.

El pueblo estaba lleno de carteles y las gentes lucían sus mejores galas. Los brigadistas llegaban de los distintos cuartones. Margarita encontró a Lilian y yo me fui a bolear, acompañado por Ricardito Lamas, con quien eché unos strikes de Bacardí Carta Blanca. Tras horas de preparativos me acerqué al presídium, donde sufrían Lilavati, Pipo, Alexis y otros tantos. Ya estaban allí los diplomas, los alfabetizadores, los responsables, los ex analfabetos y el público en general. Se esperaba a la banda municipal. Cuando se supo que ya estaban cerca, se redactó un programa a todo vapor (¡…!). Finalmente la banda se reventó el himno del 26-7 y el de las Brigadas. Lilavati abrió la tanda, en el zocalito repleto de gente. Dijo un poco de todo, muy linda, y cedió el sonoro rugir de los cañones a Alexis, el Intelectual Campirano, quien habló muy bien aunque un tanto afidelcastrado.

Papi Romero llegó en su poderoso Toyota y reorganizó todo el asunto, empezando por la entrega de diplomas a los que ya se habían alfabetizado. A algunos brigadistas también se les dieron diplomas honoraldebercumplido. ¡Gran sorpresa!: a Margarita y a

mí también nos tocaron diplomas y, además, Papi nos entrevistó enfrente de todos. El final del acto correspondió a Pipo, quien también habló bastante afidelado, y luego se acabó la cosa. Vinieron verdaderos sufrimientos para Lilavati, quien tenía que repartir los permisos a las ansiosas turbas brigadistenses. El mío vino bajo el noble nombre de Chapurus Claxon. Después, como la mayoría de los brigadistas no tenía divisas, el señor Lamas nos dejó a todos estupendejos. De su propia bolsa dio dinero a los brigadistas para que pudieran viajar a sus casas. Nosotros no tuvimos ese problema, porque el Consejo Municipal de Puerto Padre, vía Papi Romero, nos dio, para el viaje, ¡treinta pesotes! La verdad es que no me entusiasmaba la idea de ir a La Habana.

Casi todos se habían ido y, al final, sólo quedamos trece brigadistas. Lila, al fin, pudo despachar a siete de ellos a Victoria de las Tunas (qué nombre, qué nombre) y nos quedamos Rita, Lilian, Margarita, Lilavati y yo. Logramos que don Hermenegildo nos llevara a Chaparra. Durante el homérico trayecto, Margarita se golpeó con una rama y se quejó de dolor en los oídos, así es que, en Zotaca, la llevamos al hospital. El doctor habló maravillas de todos nosotros y curó a la Dalton. Papi Romero ya andaba por allí y nos llevó a Puerto Padre, donde tomamos un taxi rumbo a Victoria de Mehedecomeresastunas. Eran las diez de la noche. Un infame restorancete nos exprimió cuatro chuchos.

Fructidor 9. Nos tocó ir parados en el camión desde las Tunas hasta Puerto Padre. Rita se acostó en el pasillo, la Dalton se fue platicando con los choferes y Lila y yo tratamos de acomodarnos en un rinconcito. Todo el viaje me fui imaginando que Lila y yo sosteníamos un Terrible Faje.

En La Habana eran las doce del día. Rita nos llevó a su casa, un departamento airado y lleno de plantas que está en el centro de la ciudad. Allí conocimos a su mamá, una doctora tan simpática y llena de energía como su hija. Nos presentaron también a la mamá de Lilavati, una mujer guapa y agradable. Después de comer fuimos a una escuela tecnológica para ver al hermano de Lila. Este plantel se hallaba a las afueras de La Habana, cerca de Rancho Boyeros, así que, al regresar y a petición mía, fuimos al aeropuerto. Desde que

llegamos a Cuba yo quería ir al aeropuerto para ver si encontraba a algún capitán de Mexicana de Aviación con quien enviar mensajes a mi casa. Acabábamos de entrar cuando oí: Mexicana de Aviación anuncia su vuelo 620 procedente de la ciudad de México. Inmediatamente corrí a la Aduana, feliz por la suerte que tenía, pues podría ver al piloto, quizás hasta resultara ser algún amigo de mi papá. Lamentaba no haber escrito ni una carta, pero pensé que podría redactar una a todo vapor. Quién sabe por qué me había puesto nerviosísimo. No oía lo que me decían y, como relámpagos, advertía que todos me miraban como bicho raro. Casi me voy de espaldas cuando vi bajar del avión la figura de mi padre, con su uniforme negro que tantas veces cepillé, con el portafolios que yo le cargaba al llegar a casa, con su gorra de capitán que me ponía para sentirme muy Saint-Exupéry. No podía hablar de la conmoción, sólo alcanzaba a pensar que un milagro había hecho que precisamente esa tarde yo pasara por Rancho Boyeros. Él me vio y sonrió pero no parecía muy sorprendido. Yo me sentía febrilmente agitado mientras lo veía pasar a la aduana y, cuando iba a salir, salté la valla y corrí a abrazarlo.

Mi papá me presentó a la tripulación del avión, un DC-6, y yo lo llevé con la familia de Rita. Luego él y yo nos fuimos a tomar un Materva. No se sorprendió de verme allí porque desde México y Mérida había enviado cables a Casa de las Américas anunciando su llegada. Por supuesto, yo no los recibí y de puro milagro había podido verlo ese día. ¡Y pensar que no quería ir a La Habana! Me regaló varios jabones Pando y me ofreció dólares, pero yo, el solidario, no los acepté. Compramos un dulce de guayaba para regalarlo a la familia de Rita y, por último, nos invitó a Margarita y a mí a que subiéramos en el avión. Qué rico subir, como antes, en el DC-6. El sobrecargo me regaló, a escondidas de mi papá, un paquete de cigarros Kent y un gordísimo ejemplar del *Novedades* (¡ah, la gran prensa mexicana!), un *Revista de Revistas*, café y pastelitos. Nos sentamos en el lounge del avión más extáticos que felices; bueno, al menos yo. Al bajar del avión encontramos al señor Bosques, embajador de México, a su esposa y a su hija. Mi papá me recomendó con el embajador y con la familia de Rita. Realmente se portó a la altura. El tiempo se acortaba, para mi desconsuelo, y el avión tenía que salir. Yo seguía como si flotara.

Del aeropuerto fuimos a casa de Lilavati, que está en un rumbo de gente ricachona. La casa era de dos pisos, espaciosa, y en ella conocimos al papá de Lilavati y a uno de sus tíos. Todos me parecían maravillosos, después de haber visto a mi padre. Seguía alucinado y de repente me descubría diciendo en voz bajita: ¡no puede ser, no puede ser! Bebimos muchos jaiboles y comimos langosta. Conversamos sobre temas políticos. Rita, su fiancé Abelardo y otros amigos se aprestaban para ir a rumbear. Nosotros salimos en el galaxie a la Casa de las Américas. No había nadie en el Hogar Latinoamericano, pero ya sabíamos cómo entrar sin llaves al departamento que nos habían facilitado al llegar a La Habana y yo saqué mi traje, mis dos discos y otras ondas. Mi traje: de sobria tela gris oscura, cuatro botones, solapa redonda, bolsas con tapa, colita de pedolibre, como decía el sastre, y pantalones entallados con valenciana abierta, para que cayeran sobre los *shoes* como polainas. Luego regresamos al hogar de los Villalvilla (Liliavati tiene el inconcebible nombre: Lilavati Villalvilla Carbó), donde estaremos estos días. El baño fue delicioso, con agua caliente y tina; de allí me lancé a la cama. ¡Qué día más maravilloso!

Fructidor 10. Hoy es día de mi santo, lo cual, aquí, vale madres. Margarita y yo terqueábamos en que queríamos tener una entrevista con Fidel, así es que nos llevaron al Instituto de la Víbora, whatever that is; también tenemos la idea de obtener becas para estudiar en la Europa socialista. Resultado: nada claro, nada oscurecido. Conocimos el ministerio de Industrias, donde trabaja el señor Villalvilla, y la escuela de Lila. Me encanta La Habana, no se parece a nada que yo conozca de México, pero tengo la impresión de que todo me es familiar.

Margarita y yo caminamos a la Casa de las Américas, donde no estaba Marcia Leiseca pero vimos a Tony, que es parecidísimo a Anthony Perkins; él lo sabe y le fascina que se lo digan. Allí encontramos los telegramas de mi papá y varias cartas para la Dalton. Después fuimos al cinerama, donde pasaban un larguísimo documental sobre la Unión Soviética.

Fructidor 11. Insistimos en ver a Fidel y nos llevaron al hospital Julio Trigo, pero el Gran Cuaco jamás llegó. Todo eso hizo que yo me fuera abismando gradualmente, en especial porque me he quedado en blanco, sans argent. Puras nebulosas. Nos dispusimos a ir a la Embajada Checa. (Checoslovaquia tiene frontera con Austria.) Tomamos varios camiones. En Marianao conocimos una rara mezcla de niño-bien-rebelde-sin-causa-tipo-agradable-granrevolucionario de nombre Salvador Sepalabola. Oímos discos en su casa. Salimos a seguir buscando la Delegación Checa por la Avenida Primera, pero la tarde nos cercaba. Cuando tomamos un libre ya estábamos peleándonos.

La Dalton se fue con Lilavati y un rubiocamaróncrematoso a la Casa de las Américas. Yo me quedé en la Embajada Mexicana, que resultó una verdadera mansión. Me recibió la embajadora y luego llegó el jefe. Me habían estado buscando, hasta en el radio habían estado hablando de nosotros. Una especie de interrogatorio fumando cigarros Paul Mall. Resultado: invitación a comer al día siguiente.

Tomé un taxi para ir a casa de los Villalvilla y tuve que pedirle prestado a la mamá de Lila, lo cual me acabó de hundir. Llegaron Lila y la Dalton. Nuevas pláticas después de la cena. Y, por último, dans la chambre avec celle que se dit ma femme, sostuvimos una fructífera conversación sobre ondas conyugales. Es la tercera vez que logramos hablar así, encarando los problemas para tratar de solucionarlos. Hacemos planes. Pero yo sé que de nada servirá todo eso, lo sé, lo sé. Bueno, el deber se cumplió una vez más, algo se agitaba en mi interior, algo extraño, el Kent casi resbalaba de mis labios, el jaibol se terminó.

Fructidor 12. En la mañana salimos apresuradamente al hospital Julio Trigo, tenemos entrevista con el commander Vicente de la O para ver si podremos ver a Fidel los Pueblos te lo Agradecen.

Horas tediosas de espera. Finalmente nos recibió de la O, que es gordito porque ya comió. Café y cordialidad, pero la conversación resultó descorazonadora: la entrevista con Fidel será hasta diciembre. Aún así salimos contentos. El Galaxie nos dejó en Miramar, en la Embajada Mexicana. El señor Bosques nos recibió

diplomáticamente, luego llegaron su hija y su esposa. Yo, campari; eux même. La plática se va haciendo más cálida y, cuando comemos, casi se nos salen las lagrimas: arrocito rojo con zanahorias y chícharos, enchiladas de llopo, chiles chipocludos, así es esto del poder del Chilam Balam de Chuyamel. Nos invitaron al santo pachangón del quince de septiembre, pero, por supuesto, para esas fechas estaremos alfabetizando en Los Ponchos. Buena onda el Enrocador. Después, nos sentimos muy chichos al circular por La Habana en el Mercedes negro con banderita. Dejamos a Bosques y el chofer nos llevó a casa de Rita, donde sólo estaban ella y su camote Abelardo. El presuntodiplomático es insoportable, se cree la mamá de Mike Hammer y en realidad es una invitación al vómito. Nos vamos y acabamos viendo, otra vez, J'irai cracher sur vos tombes, y supongo que el estado de ánimo del film nos aplasta a la Dalton y a mí. En la Maison des Ameriques, Marcia Leiseca nos ha dejado más plantados que los ahuehuetes chapultequianos pero Tony Almost Perkins nos enseña la bella moto checa que compró a 550 pesotes, o sea: a 6,875 pesos de los de allá.

En casa de los Villalvilla nos aprestamos a pachanguear. Me pongo mi traje y todos exclaman: ¡Ah, mexicano, eres un bitonguito! Para corroborarlo, pongo mi disco de Elvis Pelvis y roncaroleamos you´re nothing but a hound dog! Salimos Juanito, presunto aviador; Lilavati Díaz de Villalvilla Calbó, estudiante, brigadista y responsable; Daisy Vacasagrada, falsa, lela, lenta, negación de la negación; Mrs. Margarita del Salto, sans e parler plus; e io, full time naco. Nos transporta (¡por supuesto!) Reynaldo Caradehamburguesadescompuesta. Nos deja en una ratonera llamada Kasbah. ¡Horror! Como de costumbre, estamos faltos de divisas (o sea, de lana, en mexicano) y se organiza una coperacha. En total alcanza para cuatro territorios libres dAmérica por tête.

Un buen conjunto (o combo, como es menester decir aquí) y arrobas de risas, mucho baile y diversión. La Vaca Sagrada comprende sus deberes y se retira con otras gentes (¡alabada sea!).

Fructidor 13. La luz del Kasbah es tenue y la música, cachondona. Salimos de allí de nuevo al calorcito. ¡Ah!, la ciudad-puesto de Die Habana sigue muy agringada. Ante la horrenda perspectiva de

enguaguarnos y con algunas divisas para irnos por libre, la Dalton y yo nos tiramos en el pasto, a esperarlo. Ellos siguen su camino y su santidad. Un miliciano nos corre vilmente del pastito donde nos habíamos desinflado y tenemos que caminarle hasta el Hogar Latinoamericano, frente a la Casa de las Américas, ¡nuestra América!, como dijera el apopóstol.

En la mañana logro comunicarme con México. Me emociono hasta lo indecible al hablar con mi mamá, con mi papá y con el Sun.

En diciembre, después de que acaben las alfabetizadas, tendré que estar, a como dé lugar, en Mexinaquia. Fue sólo una conversación fugaz, pero otra vez quedé alucinado, como cuando vi a mi opacitolindo. Después, Margarita se va a casa de los Villalvilla y yo me quedo solo en la calle, bajo un techito y frente a un parque. El día es turbio, sombrío, la lluvia se aproxima, el aire insulta con su terquedad y yo, ¿qué hago? ¡Leo mi agenda! Mi agenda es un diario cifrado y me permite reconstruir día tras día, desde principios de año, ¡qué nostalgia enloquecedora! Es patético el hecho de hallarme frente a un parque, sentado en un pretil mientras el tiempo se ensancha para que quepan todos los días que han transcurrido, *surtout* los que pasé en México antes de venir aquí. Me siento lejos y, a la vez, muy cerca. Aquí todo me resulta familiar, como que toda la gente podría ser pariente mía, pero, si quisiera ir a Insurgentes y Yucatán, la cosa no sería tan fácil, ¿verdad? La lluvia se desata, implacable. Me refugio en un cuartel de milicianos pero no evado la empapada. Ya es tarde, el tiempo se ha ido volando y eso que en todo momento lo sentí pasar lentísimo. Recuerdo el chiste que, regocijado, contaba el papá de Lilavati acerca del socialismo. ¿Qué es el capitalismo? La explotación del hombre por el hombre. ¿Y el socialismo? La explotación del hombre por el Caballo. Juar, juar. Telefonéo a Daisy y acabo yendo a su casa. Su familia es pobretona, sin preparación, muy revolucionaria, eso sí, y me levanta el ánimo.

En casa de los Villalvilla la Dalton tarda horas. Se cambia y me cuenta las impresiones de las familias Villalvilla-Carbó, negativas a todas luces. Son unos gusanos. Burgueses trasnochados. Y a mí que me caían bien. Nos enfrentamos a ellos: despedidas, consejos, pórtense bien.

Fructidor 14. La Dalton y Amiga fueron a retratarse y yo me quedé oyendo mis únicos dos discos: *Elvis Presley Golden Hits* y *La sacré du printemps*. No avancé gran cosa con mi obra de teatro, pero es que a la pobre la había abandonado un poco. En la noche, en un tremendo Dodge 59, salimos a un tugurio que tiene el original nombre: Pigalle. Daiquirís, alexanders, manhattans y Johnnie Walkair. Escapamos, gracias a mis trucos. Qué día más imbécil.

Fructidor 15. Rita, Lila y su jauría de cuates nos llevaron a nadar, desde temprano, al otrora Club Náutico. Ahora toda la gente puede ir a divertirse allí, aunque la playa no le llega ni a los talones a las acapulqueñas. Yo estaba insoportable porque no desayuné y no desayuné por sangrón llamalatención, no gracias, señora. Qué horror no tener ni un clavo. Ellos alquilaron unos botes y la Dalton los siguió. Me quedé asoleándome. Jamás, ni en mis viejas épocas en Acapulco, me había quemado tanto; por desgracia, como hacía mucho tiempo que no lo hacía, mi cuerpo resintió el castigo.

Simplemente no podía alternar con ellos. Entraron a comer a una nevería y yo no comí nada, a pesar de que tenía un hambre espantosa: en todo el día no había probado más que buches de agua y un liliputiense pedazo de dulce de grosella.

Fuimos a casa de Lilavati, donde serví de cargador, hasta que llegó por nosotros Papi Romero. Nos vestimos de brigadistas, porque íbamos a ir a una gran conferencia del Consejo Nacional de Alfabetización. Llegamos al Habana Libre, ex Hilton, y nos ubicamos en el bar Antillas. Di una vuelta por el hotel oyendo lindos valses austriacos. Al regresar, mientras bebíamos una limonada frappé, casi se nos cayeron los calzones cuando vimos, a unos cuantos metros de nosotros, nada menos que al Che Guevara y al doctor Fidel Castro Ruz. Inmediata algarabía, todos estábamos excitadísimos. Lila le pidió a Papi Romero que nos presentara a Fidel, pero Papi dijo que no podía: estaba tomando una cerveza y no quería que el Gran Jefe percibiera su gandalloso aliento cervezólico. Pero Lila no era de las que se arredran con facilidad y ella y nosotros nos fuimos como tiros a ver a Fidel, al Che y a los que los acompañaban: Raúl Castro, con bigotito de galán francés de los cuarentas, el gran comandante Almeida, Armando Hart y otros

pesos completos. Mira Fidel, dijo Lilavati de lo más emocionada, quiero presentarte a estos compañeros que vinieron desde México a alfabetizar con nosotros. Fidel nos agradeció y nos preguntó dónde estábamos; sonrió con gusto cuando le dijimos que en Oriente, en Puerto Padre, porque él conoce esas zonas muy bien. Nos preguntó qué hacíamos en La Habana. Le explicamos. De qué parte de México éramos. Le dijimos. Habló un poquito de su estancia en México, nos volvió a dar las gracias y se despidió, estrechándonos la mano con gran fuerza. Margarita y yo estábamos tan alucinados que apenas podíamos hablar, y yo veía a Fidel y al Che verdaderamente inmensos, nunca me imaginé que fueran tan tan altos. Después, en el bar Antillas, Lilavati explotó de efusión y alegría, la Dalton cultivó por dentro su regocijo y yo, de plano, no sabía qué decir. Terminamos el frappé y vinieron por nosotros.

La Villalvilla no paraba de contar y recontar el encuentro, porque ella jamás había visto a Fidel de cerca. Fuimos a casa a prepararnos para el viaje (mi traje y una bolsa con libros se quedará en casa de Rita porque ya no pudimos regresar a la de las Américas). En la estación de autobuses compramos los boletos y nos dispusimos a salir, ahora sí sentados.

Fructidor 16. Se inició el viaje. A mi lado me tocó la cosa redonda esa, vaca sagrada, sagra vacada, de nombre Daisy Nauris. Habla hasta por los codos y, en los escasos momentos de lucidez que llego a tener, me pregunto cómo es que la soporto. Debo ser más masocas de lo que pensaba. Esta vez no le hice caso y, ahora sí, todo fue dormir, perchance to dream. No supe cuando pasamos por Matanzas (cinco minutos), Colón (diez), Santa Clara al amanecer (zehn minuten) y Camagüey (desayuno). Sí, desayuno para ellas. Viaje rápido y conversación con los choferes.

En Victoria de las Tuneroides conseguimos un libre, subimos la paquetiza (brigadistas o no, estos anuncios de mujeres cargan más paquetes que no veas) y pronto llegamos a Puerto Padre. ¡Ja! El Consejo, cerrado. Veinte centavos más, chauffeur, por favor, llévenos a Delicias o, si no, al Jardín de las Chaparras. El motor arrancó y llegamos a la central azucarera.

Lila dirigía: por aquí, ahora a la derecha, siga usted, izquierda,

derecha, ahí ahí, ¡pare! Descienden los brigas y entramos chez Guerra (c'est midi). Nos presentan al señor Ojuerra, esposa e hijos; gente, como dicen aquí, buena, sencilla y agradable, o ka colega, correcto y positivo.

Daisy, la Vaca Cagada, hace gestos y tonterías. Después, mi estómago, siempre apatenado, rexperimentó esa cosa extraña que algunos conocen como: comida.

Nos llevaron a un rancho y yo me tendí "a leer" (*Fundamentos del socialismo en Cuba*). Me quedé profunda, completa y asquerosamente dormido, (¡a mi edad!). La sinfonía animal me despertó. O sea, afuera cantaban Daisy y la Daltona. Salí a dar un paseo y después vino la cena: pavo. Qué gente más hermosa. Gran hospitalidad. Me uno a un grupo que canta, mientras Lila y la Dalton comen. Luego, televisión (Laurel y Hardy). Más tarde me puse a escribir con Gran Fervor, hasta que me fui a la cama. Allí encontré, aunque no sea creíble, a mi esposa. Remembranzas, *flashbacks*, risas, descripción de un animal (el eslabón perdido, seguramente), más risas, habladera interminable que concluye con: era quien más cariñitos nos hacía.

Fructidor 17. Después de desayunar me puse a escribir, perchance to cream. Me abstraje por completo, hasta que llegaron Margarita y Rita Muñoz Carbó. Ambas se tiraron en la cama y contaron chistes colorados (o verdes, como dicen aquí, ¡qué país!). Se oyó la voz lilivatense: ¡salimos, gente! Todos hechos sardinas en el yip-yip. En Telégrafos se nos unieron, para nuestro pesar, Lilian y ¡Daisy! En Chaparra tomamos helados. De allí a Juan Sáez. Dejamos a Daisy en La Escondida (perfecto lugar para ella) y nosotros nos quedamos en casa de Marcos.

Marcos me había pedido que le comprara unos anticonceptivos y me dio el dinero para hacerlo. Yo, por supuesto, lo olvidé y me gasté la feria, así es que andaba un tanto avergonzadón.

Pobre Marcos, ya no quiere cargarse de hijos. La señora Teresa parece estar bien, al igual que toda la familia, muchas gracias señor. Pero sigue sin llover, y aquí eso es una catástrofe. ¡Horror! Mis afamados pantalones Lee estaban a punto de ser lavados; casi volé a la otra casa y los salvé, apenas los estaban enjuagando. ¡Uf! Me di

un baño maravilloso, pensando que, después de todo, llegar chez Marcos casi había sido como llegar a casa. Me puse a escribir después de la cena-comida (este horario es canallesco), hasta que la señora Teresa se empezó a quejar, lo cual sembró en mí una angustia progresiva, porque recordé a mi abuelita que, al borde de la muerte, en estos momentos está en mi verdadera casa, la de Palenque Norte 15. Al fin se calmó. Qué bueno. Seguí escribiendo a la luz del candil. Todo el tiempo había risitas que se iban y regresaban.

Fructidor 18. Desperté a las nueve; o sea, muy tarde para estas regiones. Marcos se había ido y yo no tuve que ayudarle en sus labores guajiras, así es que me puse a escribir. Mi obra de teatro no es, precisamente, una chef d'ouvre, pero a mí me mata de la risa.

Bajo el sol calcinante llegué a casa de mis alumnos. Vamos muy bien, casi sin darme cuenta hemos llegado a la lección correspondiente a la prueba intermedia, la cual, por desgracia, no tengo. Tendré que pedírsela a Angelito. Luego, con Salvador ¡Aleluya, ya sabe firmar! No va tan mal, pero hay que echarle los kilos con él más que con nadie. Después de la lección vino la consabida charlahistóricageográficarrevolucionaria. Ellos me contaron que alguien los quiere correr de su casa. ¿*What*? Desgraciadamente no sé nada de eso y preferí no opinar, pero me incomodó profundamente que gente tan buena como Salvador y sus hijos vayan a ser mandados a flais. Para quitarme la incomodidad pasé todo el resto del día escribiendo.

Fructidor 19. Después de leer un rato procedí a ayudarle a Marcos. Hicimos una cerca rústica, con hojas de cocotal, para impedir la fuga de gallinas. En un momento se acabaron las hojas y, haciendo de tripas corazón, Marcos decidió trepar en una palmera, que desde abajo, se veía alta, muy muy alta… Con agilidad simiesca Marcos trepó en el cocotal, para cortar más hojas. Cuando bajó, en su pecho desmesuradamente blanco había feas manchas rojas, varias despellejadas. Estaba, como dirían aquí, muy estropeado.

Con un dolorcillo en la cabeza caminé a casa de los Zaldívar.

Angelito llegó justo cuando yo lo hacía y me dio los expedientes y las pruebas intermedias para los muchachos. Aún no se aparece el optometrista para que engafe a los mayores. De allí fui a ver a Salvador, con un dolor que para entonces me martillaba sin descanso, incluso me sentía con calentura. De plano le dije a Salvador que no podría darle la clase; sin embargo, se puso a platicar conmigo y me ofreció su yegua. Le dije que pasaría por ella más tarde, con la Dalton.

Regresé chez Marcos a esperar a Margarita. Recogimos la yegua, la Dalton subió en las ancas y partimos a The Alphonsos. Llegamos al poco rato, preguntándonos quién se había cansado más: la yegua o la Dalton. Ella se fue a ver al zapatero (sí hay zapatero) y yo busqué a Lila. Ni ella ni el docto Alexis andaban por allí. ¡Qué chuecos! Tuve que ponerme a platicar con los milicianos, a quienes cachucheé unas monstruosas, por raquíticas, tortas, que aquí llaman fritas. Fui la sensación porque tomé la botella del seudopicante (ají, dicen por estos lares) y no sólo anegué la torta sino que bebí largamente a pico de frasco.

Finalmente llegó Lilavati y Margarita y yo nos reunimos con ella en su casa de Olinda. Decidimos quedarnos en Los Alfonsos, primero a comer y, más tarde, a dormir en casa de los Lamas. Respecto a mi so called wife: primero la noté extraña, hasta cierto punto con una agresividad exasperante. Debo de caerle gordísimo, pero esta vez no sé por qué. En realidad, siempre es así, por eso siempre estábamos en el borde de la separación. Comimos (nos hallábamos en casa de los Lamas, así es que es inútil decir que la comida fue exquisa). La Dalton se fue a buscar a Rita en la sufrida yegua. Juan llegó a pedirme que yo dirigiera el Círculo de Estudios porque Alexis no pudo llegar. Accedí con gusto. Se había acordado reunir a Los Más Brillantes para que asistieran al círculo de estudios de economía y política, que era conducido por Alexis. Margarita y yo, como buenos farsantes, presumimos que conocíamos al dedillo todo Marx, Lenin, Stalin, Lukács, Gramsci y hasta Hegel el Prieto. Alexis se aterró. Dijo que nosotros sabíamos mucho más que él, ¿cómo iba a poder enseñarnos? Quizá por eso no se presentó.

Hubo bastante quórum. Procedimos a estudiar Los fundamentillos que prestas del Socialismo en Bacu. Polemizamos un rato por no dejar, hasta que llegó Lilavati y se llevó a Juan y a un

par de maestras. Se encerraron en un cuarto contiguo y empezaron a vociferar a la cubana. Bueno, de esa gritería selvática entendimos lo que aquí se asienta a continuación: soprano: los gritos aumentaban progresivamente; alto: el Círculo se disolvió; tenor: me quedé rodeado de brigadistas desconcertados; bajo: nunca supimos de qué se trataba el pleitazo. Las brigadistas curioseaban a cada rato, pues los bramidos llegaban hasta Santiago de Cuba, así es que hice a un lado mi natural y gallarda discreción y de plano metime en el área de los conflictos. Allí presencié la victoria rotunda de Lila (gracias a su hábil demagogia, hay que aclarar) sobre la redondísima maestra. Pero lo más exasperante era que nunca supe bien por qué se estaban peleando, algo muy serio, eso sí, Alexis llegó.

La Dalton lo había estado asustando previamente y su rostro era de un espanto de lo más cómico. Miguel también se apareció por allí, vio que yo estaba presenciando algo que seguramente no me correspondía y me invitó (mira mira) a retirarme al lecho (ya vas).

Fructidor 20. Después de varias encomiendas, la Dalton y yo trepamos en el caballo (el pobre se pasó toda la noche con la montura y el freno puesto, sin beber y sin comer; realmente no tengo madre) y nos fuimos a Juan Saéz. Un yip rescató a Margarita de las ancas y yo seguí el camino sin prisas, dejando comer y beber al equino en el río. Entregué al cuaco en casa de Salvador, me disculpé y me fui, lleno de vergüenza. Después pude constatar que todos los campesinos son ultracatólicos, bastante mochilones pero sin llegar a fanáticos. Cuando alguien se despide dice: hasta mañana. Le contestan: si Dios quiere. Que Dios nuestro Señor y la santísima Virgen los proteja ¡Gracias! Que Dios y la santísima Virgen de la Caridad del Cobre los lleve con bien y que los proteja siempre, siempre. Jardín de mi agonía, mi cuerpo emblandecido de repente. Que Dios lo quiera. Amén. Amén. Bueno, supongo que la próximas generaciones se saltarán todo esto. Me puse a leer y escribir. Luego, en casa de los Zaldívar, preparé un poco a los chavos y les hice la prueba intermedia. La sortearon bastante bien, lo cual fue suficiente para despejarme el ánimo.

Chez Salvador. Como de costumbre, grandes luchas; no salimos

de la ele, ¡qué se le va a hacer! Pero éste aprende, o aprende. Iba por el camino real cuando vi a la Dalton. Ella también me vio con toda claridad. Estuve seguro de que me esperaría, más no fue así: siguió caminando. Apuré el paso, para ver si la alcanzaba, pero, a pesar de que acorté la distancia, ella nunca se detuvo ni se volvió a mirarme otra vez. Bueno, otra más de sus pinches rarezas. La realidad es bien patente: casados no estamos, sólo cuando nos conviene; no vivimos juntos, we live in the same cage! Así es esto de las bodas mexicanas. Por suerte, esta daltonez no da muestras de estar embarazada; eso bien lo sé, sería el acabóse (como dicen aquí).

En la tarde acompañé a Marcos a la carnicería (viendo la carne y lamiéndose el chile). Fue una marcha pesada, los pies me ardían, sudaba hasta lo insoportable y terminé exhausto. No me lo explico: no era para tanto. Me estoy debilitando. Flaco como cerillo apagado, en vías de transformarme en osamenta empellejada. El baño me sentó muy bien. Ojalá lloviera, terminaría la incertidumbre de esta buena gente. Estuve leyendo (recreo) y me encaminé a casa de Salvador para dar la clase a su hijo y a vecino diminuto. Con ellos no hay problemas, los problemas son con la gente grande. Al salir, estaba muy oscuro. Me lo dijeron y se dispusieron a acompañarme con una linterna. Yo, muy macho, respondí que eso de ninguna manera era necesario. Pero cuando cerraron la puerta tras de mí, en verdad me quedé paralizado. Di unos pasos y perdí de vista la mínima franja de luz de la casa de Salvador. No sólo se trataba de la oscuridad, sino de un silencio enloquecedor. Ninguno de los miles de bichos que se revientan sus guapachás nocturnos hacía los ruidos habituales. No había nada de viento y en verdad no se oía ni se veía *nada*. Era como si me hubieran sumergido en un vacío oscurísimo, como si no tuviera nada bajo los pies ni encima de la cabeza. Traté de caminar unos pasos pero la sensación de alarma era espantosa, una angustia como jamás había experimentado estaba minándome y apenas podía aguantar los deseos de pegar de alaridos. Todavía traté de sobreponerme y encontrar el camino, hombre, lo había recorrido miles de veces: un senderito que atravesaba los plantíos y llegaba a la cerca de alambre; tenía que saltar ésta y después irme por otro caminito a través del terreno de unos campesinos hasta encontrar la barda de

la parcela de Marcos. Pero no pude encontrar nada, ni siquiera algo con que tropezar. Sentí que me había empequeñecido en ese pozo de oscuridad absoluta y mejor regresé, como pude, a casa de Salvador, que estaba a unos diez metros; pero el terror que experimenté antes de llegar fue inconmensurable.

¿Verdad que está muy oscuro?, me dijo el hijo de Salvador, y después él y su hermano, con la linterna, me llevaron hasta la mismísima puerta de casa de Marcos. No eran ni las nueve de la noche.

Fructidor 21. Desperté demasiado temprano. Todo era una nebulosa de soñolencia y dolor. De vez en cuando abría los ojos y la mezcla de rayos y oscuridad se agolpaba en mis ojos. Sentía mi cuerpo contraerse de dolor a causa de los apremios eróticos de Margarita. Pero me hallaba en un estado tal que ni siquiera pude responder. Ella se puso en pie y yo dormí fragmentariamente. Hoy, día de la Virgen de la Caridad, es una gran fiesta para esta gente. En Los Alfonsos se preparan grandes, ¡apoteósicas!, fiestas. Durante la noche alcanzamos a oír, a pesar de la distancia, la música de bongós y tumbadoras.

Me puse a escribir. No tengo vergüenza; he estado trabajando esta obra desde el día de mi cumpleaños y no puedo terminarla, ¡qué pereza! Almorzamos (naturalmente, harina). Di clases a los Zaldívar y después a la familia de Salvador Martínez. Sus dificultades de aprendizaje terminaron mareándome y, ya con un fuerte dolor de cabeza, acabé lo antes posible.

En casa de Marcos había visitas. Muchos campesinos del rumbo, ¡qué guajiros! Hablaban del racismo, cuando ellos mismos todavía son bastante racistas, y de milagros y profecías. Debo reconocer que los escuché embelesado. Me puse a escribir, pero los recuerdos de mi casa me jalaban, supongo que ver a todos los campesinos reunidos en muy buen ambiente me hizo flashbaquear las pachangas o las simples reuniones en mi casa, siempre muy frecuentada por todo tipo de amigos. No se iban de mi cabeza las imágenes de mi mamá y de mi papá. Tuve que salir a dar una vuelta al aire libre.

Logré agarrar la onda escribiendo mi obra de teatro. Después leí

una vez más el discurso de Fidel en la onu en el que anunció que Cuba erradicaría el analfabetismo en menos de un año. Buenas naranjas, magnífico discurso.

Fructidor 22. Concluimos el sex bei sex minus liebe y la Dalton se fue, muy temprano. Como se me atora la obra de teatro, me puse a corregir mi novelita *La tumba* o *Tedio*, que terminé en mayo de este mismo año, allá en México. Interrumpí para entrarle al nefastísimo almuerzo: harina con unas pringuitas de más harina y guarnición de harina. Di mis clases muy bien, y sólo Salvador Martínez volvió a ponerme a prueba. Pero ya casi conoce todo el alfabeto.

Hay una campesina simpatiquísima que se llama Angélica. Margarita y yo nos hicimos amigos de ella durante uno de los paseos por el río, y ahora estamos invitados a comer mangos en su finca. Nos acompañaron tres niñitas. Angélica nos recibió con su jovialidad a prueba de cataclismos y después bajamos mangos de los árboles. Nos aclararon que eran mangos moros. Ah, bueno. Eran riquísimos y comimos por la libre, como es de rigor decir aquí. Recorrimos los mangos, las sandías, la yuca, los pepinos y una infinidad de árboles y plantas más. Angélica adora su huerta, y esto se nota en la abundancia. Claro que los favorece tener el río bordeando su terreno. Nos invitaron a probar las cañas cenizas y, por supuesto, no nos hicimos del rogar. Arrobas de cañas. Fuimos al río, que siempre me fascina. Las féminas, en su mayoría, se echaron a chapotear mientras Angélica seguía recolectando frutos que después regalaría a otras gentes. Excursión al árbol de guayabas, que también atacamos. Cargados de guayabas, pepinos y mangos remprendimos el retache con una invitación a nadar el domingo a la seis. A pesar de todo lo que habíamos tragado, al llegar a casa volví a atragantarme. Partí entonces a casa de Salvador y él y su hijo Papi me tenían una sorpresa: un par de cajetillas de cigarros Aromas, que quién sabe cómo consiguieron porque por estos lares sólo hay cigarros fuertes, y sí que son cañonazos los cigarros negros cubanos. Salvador resplandecía al ver lo feliz que yo me puse y, a mí, la verdad, me dieron ganas de chillar. De pronto era como si perdiera la fuerza pero me hallara apoyado en un árbol muy fuerte. Y se supone que yo doy las clases y las charlas orientadoras. Qué

mierda resulté de repente. Di la clase animadamente a los cuatro infantes. Después vino, con toda la familia, una nueva charla revolucionaria. Hablé de México, de Brasil, de Estados Unidos, del mundo entero, de principios del socialismo e introducción al materialismo, de religión y del clero. Clero en Dios padre todopoderoso. Yo creo que ni oyen qué digo, pero les gusta mucho cómo lo digo. Cuando decidí irme ya era tardísimo. No quería hacerlo, me sentía iluminado allí, cobijado por tanta buena onda. Salvador y Papi me acompañaron pues la noche estaba muy oscura, aunque no tanto como la anterior.

Fructidor 23. Ahora hicimos el amor antes de las ocho de la mañana; como siempre, despierto porque Margarita me ha estado manipulando y yo estoy listo para lo que sea. Si tiene hoyo, onque sea pollo. No nos decimos ninguna palabra y ni siquiera nos miramos, sólo nos acariciamos y nos movemos silenciosa, tenazmente.

Pas de tendresse, quel dommage! Esta vez sí me levanté cuando terminamos. Ella lavaba y yo cosí la maletita de viaje de Mexicana de Aviación que me regalaron en el DC-6. Después del almuerzo fuimos a la casa de una de las alumnas de Margarita y comimos dulce de ciruela. Muy apropiado.

Propuse caminar a Los Alfonsos, pero a medio camino decidimos ver si había círculo d'etudes. El sol huyó vilmente y en su lugar quedó un techo ahumado. A los pocos segundos cayó un chubasco ensordecedor. Empapados por completo llegamos a donde se llevaría a cabo el círculo. No había nada. Claro. Pepe Castillo nos invitó a almorzar y reincidimos sin el menor remordimiento. Llegó Angelito y le rendí mi informe quincenal. Las mujeres se fueron a casa de Esteban y Pepito, el hijo de Castillo, me llevó a la escuela.

Desde hace unos días ando pensando que urge hacer algo más, aparte de dar clases. Se me ocurrió (claro) montar una obra de teatro (mía, por supuesto) y quizá imprimir un periodiquito de las brigadas. Realmente sí se puede hacer una mise-en-scene en la escuela. Habrá que empezar a ver todo eso. Alcancé a las chavas en casa de Esteban, que es otro campesino muy amigable. Realmente aún no he conocido a los villanos de por aquí. Más café.

Les girls nos acompañaron hasta nuestra ubicación, la suntuosa residencia de Marcos, y el trayecto fue muy divertido. Después de comer todos juntos fuimos a casa de Angélica, a nadar. Esta vez sí lo hice, pues en la anterior visita yo no llevaba traje de baño. Por cierto, mi traje de baño es un bodrio a cuadros de colores subidos; parezco payaso, por lo cual, inevitablemente, cualquiera se carcajeaba al verme. Ésta no fue la excepción. Pero el baño estuvo rico. Comimos miel por la libre. Mientras yo disertaba de geografía, Margarita hacía monerías con la cera. Le salió un monstruito muy simpático, que arrancó carcajadas de la concurrencia. Mira, ya te hice, me dijo. Ya vas. Más risas cuando, por segunda vez, nos invitaron a cenar. ¡Era pollo frito! ¡Cosa más grande! Naturalmente, le entramos. Cuando salimos la noche estaba bellísima, luna llena y estrellas que refulgían con una claridad incomparable. Llegamos a casa de los López, donde aún se conversaba. La Dalton se fue a dormir en el acto. Yo tomé mis cuadernos y me puse a escribir hasta que me cansé, así es que me fui afuera y me tiré en el suelo a ver las estrellas.

Fructidor 24. Planeo la representación teatral. Pienso quiénes pueden resultar buenos actores; ya escogí la obra, nada menos que *La miel derramada*, pero tengo que conseguir una máquina para hacer libretos. Habrá obstáculos pero ya se sortearán. No quiero decir nada a nadie hasta que tenga bien armado el paquete.

Marcos me pidió que le ayudara a recoger aguacates. Se subió a lo alto de un árbol y empezó a picharme los aguacates, que yo caché con precisión. Nos divertimos mucho y me dijo que teníamos que volver a bajar aguacates juntos. Marcos, como casi todos los campesinos del cuartón, habla poco. Esta vez se hallaba verdaderamente contento, pero de repente se turbó. Me di cuenta de que quería preguntarme por los anticonceptivos que me encargó, pero no halló cómo. Yo no le dije nada, por supuesto.

Comimos harina a la hora del almuerzo, porque los aguacates tienen que madurar. ¡Y trajimos tantos! Después de dar clase a los Zaldívar, me enfrasqué en unas vencidas alfabetizadoras con Salvador Martínez, quién, además, le prestó la yegua a la Dalton. Le hice las pruebas intermedias a los hijos de Salvador y después le

estuve contando cuentos a toda la familia; les encantó, en especial, la historia de Bertoldo el Feo y la del Asno de Oro, que es sensacional. Cuando Margarita regresó con la yegua todos estábamos de los más contentos, a tal grado que la familia entera nos acompañó caminando a casa de Marcos. Allí oímos, por radio, el sepelio de un muchacho que fue asesinado por curas falangistas, en La Habana.

Quién sabe por qué me regresó con furia mi amor hacia Austria, y en la noche estuve copiando y rescribiendo un poco una historia de Sigmund Freud que aparece en Autriche, mi librín de cabecera sobre Austria. Repasé todo el capítulo sobre el sicoanálisis y, cuando menos lo esperaba, ya eran las once, que, aquí, es tardísimo.

Fructidor 25. Me levanté como a las ocho y media y todos me miraron como animal raro. Ni modo. Estuve ayudándole a Marcos en el campo y después fui a dar mis clases. Creo que puedo terminar de alfabetizar a los chavos Zaldívar en unos diez días. Son muy despiertos y aprenden con gran facilidad. Cuando iba rumbo a casa de Salvador me tocó presenciar una pelea sensacional entre una vaca y un buey. Éste, aún chico, obviamente quería independizarse y muy freudianamente arremetió contra la enorme vaca que, después de las lecturas de ayer, tiene que ser su propia madre, la cual terminó huyendo. Mis respetos al bueycito. Salvador y yo conversábamos muy a gusto cuando de repente llegó Julián, el enano de doce años que es una verdadera ladilla y que resulta el show donde quiera que se para. Habla hasta por los codos, con mucha gracia, y no tiene la menor idea de qué es la inhibición. Me recordó a los niños semejantes de Acapulco, allá les dicen que son muy “lisos”. Julián traía un caballo que algún ser temerario le prestó. Yo tenía que ir a Los Alfonsos y estaba esperando que regresara la yegua de Salvador de recoger plátanos. Le pedí el cuaco a Julián, pero él se negó. El descarado dijo que se lo habían prestado a él y que yo era tan tonto que podía perder el animal si me lo dejaba. Ensayé mil trucos para embaucarlo, pero no cayó en ninguno y a lo más que llegó fue a decirme que me daría un aventón al pueblo. Por supuesto, yo llevo el caballo, le dije. ¡Ni loco!, contestó, tú te vas atrás. Acabamos echando un volado y,

como él ganó, me tocaron ancas.

En Los Alfonsos encontré correspondencia, ¡qué buena onda! Una carta de mi mamá, que casi me cortó la respiración, y otra de la Yuyi, en la que me platica sus Terribles Andanzas. Mi hermana es una amenaza. Lilavati me entregó las cartas. Ya se disponía a llevármelas a casa de Marcos. Me encontré a Alexis y fuimos a la escuelita donde, mañana, se reiniciarán los cursos de economía-política-capacitación-revolucionaria. Lilavati y Alexis dieron regocijantes muestras de enfermedad infantil de izquierdismo, pero creo que es mejor que sean sectariones a que sean gusanos. Alexis nos disparó refrescos y galletas y Lilavati no quiso quedarse atrás y nos invitó a comer leche condensada quemada, que es deliciosa, en casa de los Lamas. Julián pasó por mí y, ¡otra vez!, me tocaron ancas porque perdí el volado.

En casa de Marcos, la Dalton improvisaba una versión ad hoc de La bella durmiente. No fallan los cuentos de niños aquí. Yo me fui nuevamente, porque en casa de Salvador había una celebracioncita. El buen hombre estaba preparando turrón de almendra cuando llegué. Les hice la prueba intermedia a los petits, que la pasaron sin ningún problema. Después el espectáculo consistió en ver al gran Salvador bregando con el turrón. Le salió muy sabroso. Como en las fiestas de niños, me dieron un buen trozo para llevarme a casa. Con la rigurosa escolta llegué chez Marcos y me dispuse a contestar las cartas de la Yuyi y de mi mamá.

Fructidor 26. Hoy me levanté a las nueve y media y la esposa de Marcos me vio como si yo fuera el animal más insólito de la tierra. Estuve leyendo un libro de filosofía clásica alemana hasta la hora de las clases. ¡Zaz! En casa de los Zaldívar, Tomasa se negaba rotundamente a seguir aprendiendo a leer y escribir. La ayuda que con toda buena fe me trató de prestar la familia estuvo a punto de echar a perder la situación, así es que tuve que recurrir a todos mis poderes de persuasión hasta que logré dominarla. Hay en ella una fuerte tendencia al pesimismo y a la lasitud mental que ahora está dando muchos problemas. Tan bien que iba. Cuando terminé la clase a Salva, la Dalton pasó por mí y nos fuimos a pie aux Alphonses.

Lilavati no estaba en el pueblo, se había ido a llevar a Lilian al hospital de Chaparra. Pero sí estaba Alexis, el maestro, y con él nos metimos en la escuelita del inra. Alexis no es ningún pendejo y todo el tiempo trató de aquilatarnos con preguntas bien concretas y directas a la Dalton y a mí. En lo que llegaban los demás leyó mi obrita *Lo negro* y dijo que le gustó, pero pude ver, por las caras que hacía, que no entendía nada; en apreciación literaria nuestro profe anda por los suelos. Llegaron los que faltaban y se procedió a los dizque cursos leyendo *Los fundamentos del socialismo en Cuba*. Yo ya me había leído el libraco de arriba abajo así es que estuve controlándome para no joder a Alexis. La Dalton, en cambio, parecía haberse propuesto demostrarle al mundo entero que ella es la mera cabezona en cuestiones ideológicas. Ay Dios. Y pensar que cuando la conocí ella era de las más devotas de la Asociación de Jóvenes Cristianos. En verdad me dio coraje porque Alexis andaba con pies de plomo y quería demostrar que era capaz de dar los cursos.

Al terminar, Alexis me dijo que por qué no me iba con él a la Yuraguana, una granja agrícola que está relativamente cerca. Él tiene una comisión política allí, y yo podría alfabetizar.

Todo consistiría en conseguir que el Consejo (o sea, Papi Romero) autorizara el traslado de Margarita y mío a la granja. Le dije que el plan me sonaba muy bonito, especialmente porque podría ir allá *solo*. ¿Y tu esposa?, preguntó él. Otro día te hablo de eso, le dije. Óyeme, ¿qué les pasa a ustedes dos? ¿Sabes todo lo que se dice aquí de ustedes? Tuve que confesar que no tenía ni la más remota idea de que la Dalton y yo fuéramos tema de sabrosos chismes en la comarca. El desgraciado Alexis no quiso decirme nada porque yo no le explicaba que nos ocurría a Margarita y a mí. Ni modo, entonces.

En casa de los Lamas me dieron lápices, y platicamos al calor de los cafés. Hasta allá llegó Angelito, y corrigió las pruebas. Cinco positivos (o ka, colega). Julián, el enano siniestro, también andaba por allí y me llevó a casa de Ángel, donde nos dieron coco en horrorosas cantidades. Coco seco, blando y yagua de ídem (la police ne sait rien, c'est entendu? C'est).

Regresamos cansadísimos a casa de Marcos. Allí comí con gran apeto un poco de carne con fufú de plátano, que, después de diez

días consecutivos de harina, estuvo muy bien. Luego me di un baño riquísimo. Mandé a flais la clase con los hijos de Salvatore y me puse a dizque poetizar un cuentito (*Imagen*). Después me puse a leer discursos de Lenin y Stalin disfrazados de ensayos.

Fructidor 27. Últimos días del verano y la lluvia sigue sin caer. La gente se desespera y uno lo siente a fondo. Con toda seguridad hoy no voy a Puerto Père. Esta mañana me escribí un cuento, que titulé *Intelectus*. Vi horrorizado cuán bajo puedo caer en esto de titular textículos, así es que lo cambié por *Rígida pata de palo*. No tiene nada que ver con el texto, pero al menos no suena tan horrible.

Salí a contemplar el campo. Es bellísimo este lugar, a pesar de que el cielo siga despejado y no llueva. De día es tranquilizador; en las noches es imponente. Ahora con los rayos oblicuos y mansos, parece un buen amigo. ¡El que no trabaja no come! Esta vez no tuve problemas con Tomasa, porque huyó la malvada. Nadie creía que daría clases hoy. Salvador se muestra igual de tozudo pero es tiernísimo. Está ávido de saber cosas.

La Dalton pasó por mí y nos fuimos a pincel a Los Alfonsos. Casi nadie asistió a los cursos. Lila tampoco fue. Alexis parecía contento. Bueno, decidí ir a Puerto Padre en la noche y dar una conferencia que me pidieron. La Dalton (¿agresividad, tirantez, guerra fría?) se retachó a Juan Sáez y yo me quedé en el caótico pueblecito. El caótico soy yo. ¡Atención! Lilavati ha llegado y le explico que podemos hacer un periodiquito para que los analfabetos se emocionen al ver que salen en páginas impresas. Chance hasta uno que otro le dé por escribir, ¿no sería maravilloso? Lilavati se entusiasmó con la idea, y yo quedé de hacer unos domis para que los mostráramos a Pipí Romero, el Jefazo. Los Lamas me invitaron a cenar, ¡ah maravilla!, y después regresé con Lilavati para seguir urdiendo el periódico. Sin embargo, nada le dije de la posibilidad de montar una obra de teatro.

Alexis pasó por mí, regresamos a la escuela y dio comienzo el curso nocturno de capacitación revolucionaria. Alexis tiene ideas más bien vagas de cómo dar clases y por eso su instrucción es infantilísima, de subkínder. Me aburro. Hago conjeturas y lucubraciones estúpidas. Finalmente me toca pasar al presídium y

comienza mi charla sobre las diversas etapas históricas de México, con énfasis en la Revolución. Aplausos. Gran entusiasmo de Alexis, quien (oh iluso) me considera un perito en historia. Regresamos al cuartel de las milicias, donde pasaré la noche. En el seudozócalo han instalado una televisión y vemos un horrendo espectáculo musical, con bongoseros vestidos de ídem, viejas de falda amplia, toalla en la cabeza y coreografías de alguna admiradora empachada de ¡Amalia Hernández! Por suerte, después pasaron *Arsénico y encaje* (Arsenic and Old Lace, Otto Kesselring) lo que mejoró mucho la situación.

La gente del cuartel es muy peculiar. No sé cómo soportan el ruidero infame de la planta de electricidad. Se la pasan pegados al receptor de microondas y sólo dicen, hasta el cansancio, o ka colega, correcto y positivo. ¡No es posible! Hace un poco de frío y la cama es canallesca, será porque no tiene colchón y hay que tenderse sobre el tambor de resortes. Sin embargo, me dormí.

Fructidor 28. Pues sí, hoy es día de la Independencia. Allá en México, cualquier cosa dizquepatria me valía un sorbete, pero aquí estas zarandajas adquieren un valor increíble. En verdad estaba emocionado porque era quince de septiembre. Para festejarlo, terminé al fin mi obra de teatro y ya tengo en mente una sátira. No hubo manera de salir a Puerto Padre, por falta de vehículo y de divisas para ir en camión. Lilavati me invitó a medioalmorzar y le dije que era el día de la Independencia de México. Decidimos brindar con refrescos de chocolate más tarde. Iraida y Miriam me llevaron un sobre enorme de la Casa de las Américas. Es una carta de mi cuatita Silvia Santillán, con chismes frescos de todos los amigos de la escuela. Todo esto me despeña una sucesión relampagueante de recuerdos y me cuesta mucho apagar las ansias de verlos a todos, mi familia primero que nadie. Releí la carta y acabé muy contento, por el tono cotorrón de la Santillán.

La Dalton llegó y nos fuimos, ahora sí, a la escuela, para dar el curso. Esta vez sí hay quórum. La reunión empezó un poco fría, pero se ambientó al poco rato. La Dalton discutía de todo, a toda costa quería llevarle la contraria a Alexis, y a mí cuando yo intervenía; Alexis y yo le ganamos la discusión porque ella nomás

estaba alegando for the sake of it, por pura tozudez. Brindando por México con refrescos. La Dalton se volvió a ir y yo me quedé, porque decidí salir hasta el atardecer. Con Miriam y su prima Marina fuimos a comer pan con picadillo. Cuando regresamos llegó Papi Romero acompañado por Leoni.

Nos comunicó que estaban a punto de llegar las Brigadas Obreras Alfabetizadoras, las BOA o, como también se les bautizó, las Brigadas Patria o Muerte. Resulta que como el tiempo se echa encima y urge erradicar el analfabetismo de Cuba a fin de año, como prometió Fidel, se pidió a los obreros que también le entraran al quite. En las ciudades trabajan las Brigadas Populares, compuestas por profesionistas y gente de la ciudad; ellos alfabetizan en las zonas urbanas. Después estamos nosotros, las Brigadas Conrado Benítez, puros chavitos que este año no fueron a la escuela para alfabetizar a los campesinos en sus propias casas; de esa manera, los jóvenes conocerían la vida del campo y los guajiros a los chavos de la ciudad. Ahora se agregan los obreros, para cumplir con el compromiso ante la ONU. Papi se fue porque anda atareadísimo buscando ubicaciones para los BOA. Lilavati lo acompañó. Nosotros nos divertimos horrores con Marina y Julián (verdaderos casos, los dos), cantamos y armamos un verdadero escándalo. Finalmente, con Alexis, regresé al cuartel.

Fructidor 29. Hemos organizado un pequeño acto para conmemorar la independencia mexicana. Se hará mañana, en Puerto Padre, a donde piensa ir mucha gente. Arreglaron el yip. Lilavati hizo subir a Marina, Mirna, Lilian y Josefa, que iban a Chaparra, al hospital. En el yip subió también un miliciano, Abel, Alexis, Ricardito Lamas al volante y yo. En Chaparra se quedaron las conradobenítez y nosotros seguimos al puerto. Llegamos de milagro, porque el yip de nuevo "se había estropeado", ahora de los frenos. Abel y Ricardito lo llevaron a arreglar.

Alexis y yo (sin desayunar) nos quedamos en las oficinas de las ORI. Él se metió en una oficina y yo lo esperé afuera. Me exasperó estar como imbécil y me fui. En el parque conocí a un brigadista que me llevó a su casa y me presentó a toda su familia, hasta al de pecho. De allí me fui al Consejo Municipal, que se mudó a otra casa,

ex escuela de curas falangistas (los curas, falangistas o no, no son muy populares en estos días). Allí supe de una vez por todas que Papi Romero había perdido mi *Esterbrook* y, como represalia, me quedé con su pluma, ¡pero qué pluma!

Leoni y Yayito me invitaron a desayunar, lo cual les agradecí con los ojos en los ojos. En Bambi: café con leche y pan con mantequilla (aquí debe decirse: tostadas). Al salir encontré a Alexis, quien quiso enojarse porque lo había dejado. No se lo permití y nos fuimos a su casa, donde me presentó a su familia. Allí nos aventamos otro café con leche y galletas con mortadela. Alexis tenía que ir a la G-2, pero no había nadie allí. Vimos a varios instructores revolucionarios y también encontré al locutor de la estación de radio que nos entrevistó al llegar. Me devolvió Cerrado. Conocí a gente del partido y con ellas estuve platicando un largo rato.

Nos tocó ver la llegada de los BOA, en los clásicos camiones de la Comisión. Conversé con algunos y me parecieron buena onda. Fuimos al taller donde arreglaban el yip. Ni yip ni ocupantes. Encontramos a Ricardito un poco después, cuando recogimos el willys. Ya era tardísimo. En Chaparra levantamos a las brigadistas que habían ido al hospital; estaban furiosas por nuestra demora.

En Los Alfonsos ya casi todos los del curso se habían ido. La Dalton andaba por allí, trotando. Procedimos a ayudarle a Lilavati a encontrar ubicación para los BOA. La Dalton decidió quedarse en casa de Rita. ¿Ah sí? Pues truena tus cohetes. En un yip ruso del ejército llegué a Juan Sáez. Me cambié de ropa, comí la rigurosa harina y salí caminando, pero me detuvo otro yip en el que venían Rita, una brigadista enferma y la Dalton. Nos fuimos a Chaparra. En el hospital esperamos que revisaran a la nena, que lloraba desconsoladamente. La dejamos en su casa.

Vimos a Papi Romero, atareadísimo por la llegada de los BOA. En el Mocambo seudocomimos: sándwich y malteada, o cosa parecida, de chocolate. Regresamos; en todas partes nos deteníamos y pedíamos hamacas para los BOA, lo cual también hacían Alexis y Lila, a caballo.

En Los Alfonsos la Dalton se fue con Rita; mientras yo, con Lilavati, Alba, Olinda, et al, me dirigí a casa de Mirna. Allí nos relajamos, tomamos café y no nos paró la boquita en un buen rato. Ya regresábamos cuando llegó el febril Papi Romero, quien,

apresuradamente, se llevó a Lilavati a trabajar con el Consejo. Yo tuve que quedarme, aunque quería ir con ellos. Pesadamente llegué al cuartel. Olinda me había prestado una sábana y me acosté en la cama-no-cama. Casi al instante llegó Alexis. Vístete, me dijo, rápido, anda. Salimos. Afuera tenía lugar un escándalo. La antigua responsable del cuartón había regresado (yo creía que Lilavati había estado allí toda la vida). Estaba en una casa de Los Alfonsos. Esta chava tenía nombre: Lurdes, y aullaba a todo volumen porquería y media de todos Los Ponchitos. Vociferaba que Lilavati era una puta asquerosa, que en Los Alfonsos todo era degeneración y que el barrio se había corrompido. Alexis me pidió que sirviera de testigo de todo lo que decía esta Lurdes. En efecto, oí toda la sarta de injurias: nadie del pueblo, o casi, se le fue vivo. Por suerte no sabía que nosotros estábamos allí si no hasta de puto me hubiera acusado. Puto mais catholique. Al poco rato llegaron Lorenzo y Abel, quienes también atestiguaron el gozocísimo monólogo lurdesiano, Joaquín Font llegó por ella y Alexis le explicó lo que pasaba. Síscierto, dije yo. Él quedó de encargarse de que le quitaran el uniforme. Regresamos al cuartel pero como no parábamos de hablar del chisme nos dormimos tardísimo.

Fructidor 30. La señora de al lado me dio café. Era muy temprano pero ya se agrupaba la gente que iba a Puerto Padre. No había en qué trasladarse. Ricardito seguía arreglando el yip, pero tuvo tiempo de invitarme galletas con mantequilla en su casatienda. Llegó Juan, un gordito que me detesta; mañosamente quería birlarme mi encendedor, que ni siquiera sirve. Jijo de la chingada.

Alexis, Ricardito y yo fuimos a Platería, buscando vehículos, pero, fuera de llenarnos de lodo, no encontramos nada. De vuelta en Los Alfonsos, Alexis desapareció y yo me dirigí al cuartel, donde había ¡una máquina d'écrire! Procedí a mecanografiar con verdadera gula; he escrito muchas cosas que necesito pasar a máquina. Pasé mi casiplagio sobre Freud y escribí una editorial para el periódico. Olinda, Eloísa y Alba me llamaron y fui a hacerme el coqueto con ellas. Nos fuimos a buscar un yip, pero, otra vez, nadie quiso prestarnos nada. Poquísimos cigarros repartidos entre los cuatro, cococolas en el salón que pagó el suegro de Alba Tross.

Larga espera.

Al final llegó un camión de redilas y subimos en él más de veinte gentes. Durante el trayecto fui el show porque logré irme hasta Chaparra equilibrándome en el centro de las redilas sin agarrarme de nada, look ma no hands! Todos estaban seguros de que me caería. Delante de Delicias encontramos a la sufrida Iraida, a Miriam y a Lilavati que venían con Papi Romero y Leoni. Se subieron avec nous y llegamos a Puerto Padre. Naturalmente, ya habían terminado los festejos. Por un lado me dio gusto porque nunca llegué a entender qué se festejaba, lo cual, por otra parte, como siempre, era lo de menos. Alexis y las tres brigadistas se esfumaron. En Bambi tomamos unas cacacolas y regresamos al camión. De vuelta al villorio. En Delicias recogimos a veinticuatro patriomuerte, que no parecen mala onda. Hacen su grupo y al rato están muy entretenidos.

En Los Alfonsos me reuní con los del Consejo. Comentamos, chez Lamas, los sucesos de la noche anterior. Papi Romero regresó y en su toyota acomodamos los paquetes de los brigadistas y nos enfilamos hacia la Yuraguana. Me molesté un poco con Papi Romero porque empezó a hacer chistes, pero no hubo problemas. En la granja había todo un show. Llevamos las chivas a la ratonera donde están los BOA y regresamos, con Leoni al volante (o sea, como pedos), a Los Alfonsetes.

Tomamos cafecito con los Lamas y yo le entregué mis destrozados lentes al Gran Lamas, para que él los lleve a arreglar a Holguín. Pobres lentes, ahora sí están dados al cuás: un cristal rajado por todas partes y una pata floja, agarrada con tela adhesiva. Muriéndome de vergüenza comí, deliciosamente, en casa de los Lamas. Iba hacia el cuartel pero me detuvieron para que platicara donde Olinda. No llegaban aún la Dalton & Pty. Les narré mi odisea. Al fin llegaron las damas, recriminándome veladamente algo que nunca llegué a entender. Luego fuimos a dejar a Eloísa, cantando: somos la brigada Mamado Boyítez. La Dalton se fue, who knows where. Me regresaron a casa de Olinda, donde tuve que improvisar otra charla ante una buena concurrencia. Todos se fueron y yo me tendí en una hamaquita. Allí me encontró Alexis. Venía, muy solemne, a que fuéramos a ver a la Dalton. Me negué rotundamente. Alexis quería que yo me comportara *como marido*. ¡Dios me libre!,

exclamé. Eso lo intrigó. Le expliqué: primo, no me gusta fingir; secundo, no hay un verdadero matrimonio entre nosotros. Eso lo intrigó aún más y, ante sus insistencias, le tuve que contar todo. Para entonces ya se hallaban allí otras gentes que en la oscuridad no me importó quiénes eran, mientras no me movieran de mi hamaquita y pudiera fumar unos cuantos cigarros, aunque fueran asesinos, verdaderas coces en la garganta, no me importaba que escucharan. Les referí cómo nos conocimos la Dalton y yo, ella era dirigente de una asociación católica. Yo la llevé a mi grupo de teatro y al taller literario Marrano Cazuela. Se hizo amiga de mis amigos. Me invitó a dar clases de inglés en una escuela particular. Lo hice; fue mi primer trabajo, a los quince años. Después fuimos novios, má-o-meno, hasta que entramos juntos al Movimiento América Latina. Ella se siguió a la Jumentud Comunista y yo no quise, por lo cual durante varios meses mi hermana y ella me despreciaron por rastrero, burgués y claudicante. Después conoció a Marcia Leiseca en un encuentro de mujeres que hubo en el De Efe y Marcia la invitó a venir a Cuba. Pero no podía ir, porque era menor de edad y sus padres no querían darle (o ella no quiso pedirles) permiso, así es que decidió que casándose sería mayor de edad y podría viajar a donde quisiera. Le propuso matrimonio al chango con el que andaba, y creo que a otros cuates, pero todos le dijeron que nones. En ésas estaba cuando nos encontramos en una fiesta del taller literario. Yo andaba alucinado con Rimbaud y, después de que le leí unos poemas, me propuso que nos casáramos para venir a las Cubas. Yo accedí en el acto, porque tenía muchas ganas de ver de cerca la revolufia. Nos casamos en secreto, entre mil aventuras, y finalmente logramos llegar a Cuba. Pero desde un principio sabíamos que nuestro matrimonio era, como se decía antes, por conveniencia. Los dos nos utilizábamos para llegar a Cuba. Mientras estuvimos en México, más o menos funcionamos como pareja, pero era claro que ni ella me quería a mí ni yo a ella, y una vez en el Territorio Free de América el lazo que nos unía se fue deteriorando; ella tenía muchas cosas que hacer y yo, también, así es que lo más lógico era que cada quien agarrara por su laredo una vez que hubiéramos logrado lo que nos propusimos. ¡Uf! Todos coincidieron en que yo tenía razón y al fin se explicaron muchas cosas de nuestro marciano comportamiento.

Alexis quería seguir hablando, me llevó al cuartel y luego al parque, porque el cuartel era, como siempre, una escandalera. Él tenía razón en algunas cosas. Me causó hilaridad saber que corrían diversos chismes sobre nosotros; el más benigno planteaba que éramos hermanos. Pero creo que finalmente Alexis comprendió el grado al que han llegado nuestras relaciones seudoconyugales y espero que esto sirva para que me deje en paz y cese ya sus labores de alcachofa, alcasélzer o alcaloide. En cuanto a mí, toda la recapitulación me sirvió para corroborar que hemos llegado al nadir de los nadires y que es imposible que sigamos juntos. Por desgracia, todavía está presente la posibilidad de que ella también sea trasladada a la Yuraguana. Que sea lo que tiene que ser.

Epagómeno 1. El ruido infernal de la planta me despertó apenas a tiempo. Al poco rato Miguelito y la señora Lamas ya estaban allí, con la camioneta. Terminé de lavarme a todo vapor e intenté despertar a Alexis, pero no pude: estaba profundamente dormido. A duras penas abordé la camioneta.

En Juan Sáez el sol empezaba a iluminar y yo caminé a casa de Teresa López y de su yerno Marcos. Llegué casi cayéndome, con un sueño insoportable, hambre que me agobiaba, cansancio, etc. Conversé apenas con la buena gente y después les estuve ayudando hasta que llegó el almuerzo; por supuesto, harina.

Le di clase a Salvador, quien me prestó la yegua; fui a hacer arreglos con los Zaldívar. De vuelta con los Martínez, recogí la yegua y regresé a Los Alfonsos. Dejé el caballo con la casatienda de los Lamas y, pacientemente, esperé a que se desocupara la máquina de escribir. Cuando estaba mecanografiando sabrosamente *La miel derramada* me la quitaron. Chin. Me fui entonces al cuartel donde yo tenía que estar pues Papi Romero levantaba el acta de las injurias de Lurdes. Después tuvo lugar el círculo de estudios.

Salí con Papi Romero en su yip a la Yuraguana por un camino áspero y estéril. No paramos de brincar. En la granja, gran discusión con Miguel Ángel, el coordinador. Se supone que en unos días seré trasladado a ese lugar. Miguel Ángel y yo salimos a recorrer la granja. Se supone que los campesinos del rumbo todavía están "oscuros" y se necesita trabajar mucho con ellos. Estuvimos en

Arroyo Blanco, platicando con dos muchachas, Lurdes y Mirna.

Ya era de noche cuando regresamos a Los Alfonsos. Allí tuve un altercado con Alexis, que estaba de pocas pulgas y no sabía con quien descargar su coraje. Pero no permití que lo hiciera conmigo. Comí y René, otro de los hijos de Salvador, ya estaba allí. Nos fuimos juntos a Juan Sáez. Me quedé platicando hasta tarde con Salvador y llegué a casa de Marcos cuando ya todos estaban dormidos. A pesar de la fatiga, me costó mucho trabajo dormir. Me llovían imágenes y recuerdos. Grises claroscuros, puntos rojos.

Epagómeno 2. Desperté por las alharacas de Teresa López, que tenía una bronca con la esposa de Marcos, la mujer silencio. Eran las nueve y cuarenta. Me fui con los Zaldívar, pero Tomasa no estaba, así es que me desplacé chez Martínez. Allí di la instrucción a los hijos de Salvador. Después me fui a Los Alfonsos.

Era temprano aún. Esta vez tuvimos el círculo de estudios en el salón de Emiliano. Nuevas y estúpidas y gratuitas aseveraciones de la Dalton al discutir. Bueno, ya todo eso terminará pronto.

Anduve por todas partes, hablé con mil gentes y tomé varias tazas de café hasta que se escuchó el himno y corrí al parque. Fidel comenzó a hablar y su personalidad me atrapó; pronto todo se había desvanecido y sólo existían los ademanes y la voz del gran Caballo.

Epagómeno 3. Desperté con un extraño sabor en la boca y la sensación de que algo era inminente. Qué desazón. El sentido de alarma era tal que estuve a punto de salir corriendo cuando abrí los ojos. Después, todo el tiempo me acompañaron presagios de lo más desagradables. Andaba como ido. Debo haber desayunado en casa de los Lamas. Después me descubrí en un yip, con Lilavati, rumbo a la Yuraguana. Llevábamos a los últimos diez patriomuerte que aún no eran ubicados. En el camino encontramos a Alexis y, en la granja, a Nora y a Miguelito. No recuerdo qué dijimos y sí que todo el tiempo me sentía muy intranquilo. Cambié de yip. Llegamos hasta los barracones, donde se quedaron todos los BOA. Regresé con Nené, los dos solos, porque Lilavati se había ido en el Toyota con

Quiensabequién.

Llegué volando a la escuela, justo a las dos en punto. No había nadie allí. Al poco rato se aparecieron Olinda y Alba, quienes me dijeron que la Dalton les había dicho a todos que no asistieran al círculo cuando yo lo dirigiera; el verdadero coordinador era Alexis, yo no sabía nada de nada, etcétera. Decidí esperar media hora. No llegó nadie. Ya casi a las tres aparecieron, con aire contrito, Iraida, Miriam, Lilian, Rita, Ena, Pepito y Toño; la Dalton los seguía, con el rostro desafiante. Todos se disculparon, menos ella. Yo les dije que hicieran lo que se les pegara la gana; si había dirigido algunas sesiones era porque me lo habían pedido, no porque me muriera de ganas. Si no querían que yo estuviera allí no estaba y ya. ¡A la chingada! Estudiaron ellos solos, en silencio, y la clase pasó como inexistente. Más que irritarme, la Dalton me parecía patética con sus intriguitas pendejas.

Me fui a casa de Manolito. Platicaba con la Lilavati y con Rita cuando la Dalton se apareció, muy seria, y dijo que quería hablar conmigo. Salimos, pues, por un caminito hasta llegar al entronque con Toledano. Estuvimos de acuerdo en que no había amor entre nosotros y que, por lo tanto, debíamos separarnos. Muy amistosamente discutimos los problemas y llegamos a la solución que consideramos más adecuada, o sea: mandarnos a la goma. Regresamos.

Ya en la noche salí a dar una clase y luego regresé volando a casa de Lila, donde se festejaba el “cumpleaños” de Papi Romero. Puras papas: todo había sido un pretexto para comer lechón asado. Qué delicia. Allí estaba la Dalton. La observé: nuestro matrimonio duró exactamente tres meses y un día. El lechón era una delicia y todos nos pusimos muy contentos. Nos avisaron que Fidel estaba echándose otro discurso y corrimos al receptor. Una vez más el gran camarada salvó el día.

Epagómeno 4. Penúltimo día de este año. Fuerte nostalgia. Pretendí ir a Juan Sáez a dar mis clases pero no pude. Hice, en cambio, varios domis para el periódico y leí gran parte de *El estado y la revolución*.

Mi pantalón (gris, negro, oscuro, verde) se había roto por todas

partes. Fui a la tienda de los Lamas y le pedí a la señora Nena aguja e hilo. Casi me quitaron el pantalón a fuerzas y tuve que acceder a que me lo cosieran: estaba de no verse y requería un trabajo bastante profesional. Me encerré, en calzones, en el cuarto de Ricardito. No cabía de vergüenza. Al poco rato llegó él con un pantalón nuevo. Me negué rotundamente a ponérmelo, arguyendo que no me quedaba. Me trajo otro (jamás he sentido tanta vergüenza), pero por ningún motivo quise usarlo. Nos la pasamos discutiendo hasta que llegó don Miguel y tuve que ponérmelo. El pantalón es de mezclilla y se ve aguantador, pero el hecho, la generosidad, es lo que cuenta. Pasé entonces a presenciar las luchas mortales de la Nena que trataba de coser mi pantalón viejo.

Después de almorzar ipsoluegoluego me fui al círculo. Yo lo di. Salió bastante bien, todos estudiaron como debía de ser y, al final, terminé muy satisfecho. La Dalton no causó problemas. Al terminar me fui con Lilavati y después con los Lamas. En la noche volví a suplir a Alexis en su clase de la escuelita. También salió a todo dar. Estas gentes están un poco más enmohecidas, pero aprenden. Lorencito estuvo allí un rato y después se retiró. Creo que fue a ver si podía o no dar la clase. Estoy poniéndome paranoico, tengo la impresión de que circulan muchas cosas acerca de mí.

Al terminar la clase me dirigí al cuartel, pero vi que en la tele del parque estaban pasando Señorita Julia y me quedé. La adaptación era muy mala, la dirección pésima y las actuaciones peores. Consideré que ése no es el enfoque que debe dársele a Strindberg.

Ya en el cuartel me enfrenté a la espantosa alternativa de no dormir o de hacerlo en la cama sin colchón, a resorte pelado. Me decidí por lo último.

Epagómeno 5. ¡Se acaba el año, éste es el último día epagómeno! No sé si los franceses consideraban aciagos estos últimos cinco días que no merecían estar en los meses normales, pero, a juzgar por como me está yendo a mí, creo que sí eran días funestos. Anyway, debo hacer un recuento de todo lo que me ha pasado. ¡Uf!

Me fui con Javier Peña (el gordito bueno de Platería) hacia Juan Sáez para recoger mi ropa, despedirme de la gente, dar las gracias e

iniciar la separación definitiva de la Dalton e io.

Entré por los sembradíos de Salvador Martínez. Allí se sorprendieron muchísimo y creo que les dolió saber que me iba. Conversamos mucho, les dije todo lo que habían representado para mí y a duras penas podía contener la lágrima. Me dieron café, más café, y luego café con leche y pan, porque deveras son muy muy pobres. Cuando ya me iba, Salvador gritó: ¡José Agustín! Regresé. El bueno de Salvador me regalaba cincuenta centavos para comprar timbres y poder enviar cartas a mi casa.

Bajo el sol ardiente llegué a casa de Teresa López. Marcos estaba ordeñando. Le expliqué lo que pasaba. Él volvió a referirse a los anticonceptivos que me encargó y, con evasivas, salí del paso. Qué feo sentí, no sé cómo pude haber olvidado comprárselos. Entré en la casa. Allí, Mercedes y Ana Teresa deshebraban tabaco.

Les expliqué que me iba, etcétera. Pasé entonces al cuartito y procedí a empacar. Tomé la maleta gris y le dejé a la Dalton la petaquita de Mexicana de Aviación. También me llevé la mochila. ¡Bueno! No es mi culpa si esas cosas eran mías. Acomodé todo lo mejor posible, sin olvidar mi tinta morada y mis cuadernos, que coloqué en la mochila. Me tenían preparado el almuerzo, que, por supuesto, era harina. Cuando me la comía de pronto supe que nunca más los volvería a ver y eso me dejó como estúpido. Me despedí una vez más y me encaminé a casa de Salvador. Allí dejé mis cosas y algunos folletos. Le pedí la yegua a Salvador para ir por un uniforme.

Fui a todo galope a la escuela rural. Me despedí de Magali y de Josefina, quienes alfabetizaban. Llegué a casa de la lavandera, pero la ropa no estaba allí, sino con Angélica. La regordeta y simpatiquísima mujer me dio la ropa y un abrazo muy bonito. Puse el uniforme en las alforjas y salí a todo galope. Regresé a casa de Salvador, donde nos despedimos de nuevo. Salvador insistió en que su hijo Papi me llevara en la yegua a Los Alfonsos.

Dejé la maleta donde Lamas y después abrí la escuela. Empezaron a llegar las brigadistas. La Dalton me anunció que tenía carta en el correo y hacia allá salí corriendo. Era una carta de mi papá. La abrí febrilmente, con las manos temblando y el corazón a todo galope. Mi papá, en un tono muy triste, me decía que habían descubierto que mi hermana Yuyi estaba enferma del corazón, algo

sumamente grave, la operarían en unos meses. Él mismo también se había enfermado, de diabetes. Me pedía que regresara cuando menos a la operación de la Yuyi. Daba a entender que, de no hacerlo, quizá no la volviera a ver viva. No pude aguantarme y me solté a chillar. Releí la carta varias veces, hasta que me descubrí corriendo. Como pude le dije a la Dalton que diera la clase. Volví a salir corriendo, pero me detuve en plena calle cuando comprendí que en verdad pensaba irme a México corriendo en ese mismo instante. Tuve unos momentos espantosos en que no supe qué hacer. Por primera vez en realidad comprendía que estaba muy lejos de mi casa y que no podía hacer nada, nada. No tenía cómo ir a Puerto Padre, a Victoria de las Tunas, a La Habana, a México. Quería irme nadando, era una ansia incontrolable, una necesidad terrible de ir allá inmediatamente. Seguía sin saber qué hacer, pensé en ir a casa de Lila y acabé yendo con los Lamas. Le enseñé la carta a la Nena, pues necesitaba que alguien me dijera algo. Sin duda ella era la indicada porque siempre había sido un amor conmigo. El señor Miguel y Lilavati también la leyeron y entre los tres me reconfortaron. Poco a poco fui calmándome mientras un tremendo dolor de cabeza se me instalaba. Sentí que se me iba toda la fuerza. Como zombi me fui a correos, compré los timbres con los cincuenta centavos que me dio Salvador y luego me encerré a escribir la respuesta. Era lo único que podía hacer. Escribí a mi papá diciendo que regresaría en noviembre y que arreglaría todo durante ese tiempo. Ah, con qué cuidados escribí esa carta. Y la dejé en el correo.

Me fui a sentar al parquecito, como un estúpido; algo me había succionado toda la vitalidad y sólo había, en mi cabeza, un dolor machacante. No quise hablar con nadie, aunque algunas gentes se acercaron. Después de todo yo era el Gran Platicador. Quién sabe cuánto tiempo pasé allí, hasta que algo se reacomodó paulatinamente y me fui a bañar. Después di la clase de Alexis, pero no podía, no me salían las palabras. Alexis apareció finalmente y le enseñé la carta. No supo qué decirme. Vi que llegaban Lila, Papi Romero, Leoni y Yayito; habían comprado pan y se disponían a comérselo con mermelada de mango. Los del Consejo se fueron en algún momento y yo, en privado, me puse a hablar con Lilavati. Margarita ya le había hablado de nuestra separación. Ella parecía

comprenderme. De pronto llegó la Dalton, con deseos de vomitar. Se encerró por allí. Yo me despedí de Lila, de Manolito, de Julián y Marina, que habían llegado en algún momento, y me fui al cuartel. Allí coloqué mi hamaca y me fui a tomar un café a casa de Evencio. Para entonces ya me había calmado bastante y hasta le hice unas bromas a Julián. No aguantó y se puso furioso. Me fui a acostar, pero no pude dormir. En vez de eso, estuve llorando en silencio mucho mucho rato, por momentos pensaba en México, en mi hermana, en la carta, en el epígrafe que había puesto a mi padre, en la presencia de mi mamá, pero también pensaba cuán feliz era de poder llorar, de vaciarme; era como si hubiera vomitado algo que simplemente no podía digerir. Así ha terminado este año, un año fugaz, quizá demasiado cargado de experiencias para que pueda asimilarlas, aquí, en Cuba, el país de la libertad y el socialismo, con este deseo vivo de ver a mi familia.

Vendimiario 1. Evencio me despertó antes de que saliera el sol. La gente aún dormía. Tras lavarme fui a casa de Lilavati, quien aún estaba dormida. La Dalton me dio la hamaca. Me despedí de ella y de Manolito.

Con un humor melancólico, acentuado por la oscuridad que apenas se abría, fui a casa de los Lamas. Miguelito no había llegado, pero me dieron café y, leyendo, lo esperé. Finalmente se apareció, subí la maleta en el yip, me despedí de todo mundo otra vez y nos fuimos. Era muy de mañana todavía y los verdes desbordaban por todos los recodos del camino que, por cierto, era malísimo y nos hizo dar de brincos hasta que llegamos a la granja.

Vi a lo lejos unas construcciones de un piso, oblongas, que, supongo, son para almacenar granos. También vi otros cuartos y, por todas partes, la extensión del campo abierto, con la vegetación muy crecida y eso que no ha llovido como debería. Encontré a Mirna y a Lurdes, las brigadistas de Arroyo Blanco, y después localicé a Alexis en su cuarto, que también es el almacén. Alexis parecía haber cambiado: unos días antes parecía más ligero y accesible pero aquí, en cambio, me pareció mucho más reservado. Chance era pura pose, pura sangronada.

En ese momento él y otros yuraguanos se disponían a trasladar

unos utensilios eléctricos y otros fierros, y traté de ayudar llevando una carretilla bien cargada. Casi no podía con ella. Algunas de las bromas de Alexis parecieron excesivamente agrias y eso, más el calor, el dolor de cabeza, el hambre, el peso de la carta de mi papá y, por supuesto, el de la carretilla, estuvieron a punto de hacerme explotar. De pronto mis piernas se derritieron, tuve que caminar en círculos varios metros en lo que todo recuperaba su lugar.

Alexis parecía indiferente a mis dificultades, pero me pidió que me concretara a hacer el inventario de todo lo que se transportaba. Después él y yo limpiamos el cuarto hasta que lo dejamos bien. Fuimos a comer en una casita de madera que está más allá de la granja. Materialmente arrasé con todo lo que me pusieron.

Visitamos a los BOA y platicamos con ellos. Se hallaban en una asamblea para organizar el Sindicato de Obreros Agrícolas en las naves o zopiloteros donde se encuentran acampados. Me pidieron que abriera el acto con unas palabras. Después hablaron unos patriomuerte, una maestra Conrado Benítez, Alexis, uno de los BOA y Miguel Ángel, el administrador de la granja, un hombre joven, delgadito, sin uniforme y con un bigotito tipo años cuarenta.

Alexis y yo, tras bañarnos, fuimos a casa de don Luis, personaje afortunado aquí porque está encargado de la tienda. Don Luis nos dio sandía y dulce de guayaba, del cual empecé a enamorarme.

Vendimiario 2. La hamaca me envolvía sabrosamente pero Alexis perseveró en despertarme. Lo logró, el miserable. Nos lavamos y fuimos a mendigar un café a casa de Luis.

Cuando regresábamos vimos un tractor y corrimos tras él. Subimos. En él iban dos muchachos, rumbo a San Andrés, el pueblo más cercano a la afamada granja agrícola ¡la Yuraguana! Avanzábamos muy despacio en esa zona de colinas y poca vegetación. El sol ya empezaba a quemar. Alcanzamos a don Luis, quien cabalgaba; al vernos, el viejo cedió el caballo a uno de los que venían con nosotros y subió en el tractor. Seguimos, más lentamente, mientras don Luis y Alexis conversaban, hasta que llegamos a San Andrés, en el municipio de Holguín (la Yuraguana está en el de Chaparra). No sé por qué se me hizo un pueblito como de película de vaqueros. Había una plaza central notablemente

desierta, quizás a causa del calor, y las calles que allí convergían se perdían tras colinitas igualmente fatigadas por el calorón.

Fuimos a una cafeteríabartienda, o como se les dice aquí: una bodega. Tomamos refrescos y galletitas, perdón: galleticas. Gasteme los restantes veintiséis centavos en unos aromas con filtro, que saben a piojo pero que están mejor que los puros disfrazados de cigarro que aquí llaman de tabaco oscuro. En una botica había libros y me emocioné con *Nuestros buenos vecinos*, de Mario Gill, y *Tener o no tener*, del buen Hemingway. Casi me derretí porque no pude comprarlos. En fin. Alexis chismeaba con una mujer con un aire bastante sangrón; de plano no quería que yo oyera nada; ay sí, ni que estuviera debatiendo Terribles Problemas de Estado. Por supuesto, puras habas, pensé, y me dediqué a contemplar las soledades sanandresianas.

De regreso, me fui fijando cómo se maneja el tractor. Es muy fácil. En la Yuraguana fuimos a una de las naves para estibar sacos de pienso, luego cargo. ¡Qué horror! Casi no podía, estaba desfalleciendo a causa del esfuerzo. Alexis se cortó con un alambre de púas y, en la oficina, se puso un poco de gasa y mierdolate. Estábamos frenéticos porque ansiábamos ir a Los Alfonsos; buscamos un cuaco, pero no encontramos niente. Chin. Sin embargo, Miguel Ángel le prestó el yip a Alexis, pero este cubano comemierda estaba insoportable y se fue él solo. Me quedé con los BOA. Me invitaron a comer dulce de guayaba y, con delirio, acepté; me dieron un tremendo pedazo y lo acabé en un santiamén. Regresé, al seudoalmacén y me puse a leer. *El estado y la revolución* y los *Fundamentos de la filosofía marxista*. Después ataqué mi obra de teatro. Me abstraje por completo y cuando menos lo esperaba ya había anochecido.

Alexis llegó tardísimo; tuvo que ir a Velasco a dejar a un niño que se enfermó de tétanos. Oh, noble Alexis. Se tendió, en silencio, y yo seguí trabajando. Me pidió que apagara la luz y lo mandé al carajo. Después fuimos a comer. Allí platicamos (o, más bien, Alexis lo hizo) con Recaredo, quien para todo dice: ya usté ve; es un viejito flaco flaco y de lo más simpático. ¡Zaz! Nos dimos cuenta de que las llaves se habían quedado dentro. Alexis pidió las de la oficina. Abrió y yo me trepé en un escritorio y desde allí salté a la pared, que, por suerte, no llega hasta el techo. Me deslicé en

nuestro cuarto, pensando en la hermosa Olivetti Lexinkton que había visto en la oficina. Abrí el cuarto para que Alexis entrara y volé a la máquina d'écrire, cuyo único defecto es que no tiene apertura de interrogación. Interrogaremos, pues, a l'anglaise. Esto, sin embargo, no enturbió mi entusiasmo y pasé en limpio *When I Met You.* Alexis llegó y quiso mecanografiar; aseguró hacerlo bien y, por tanto, le dicté *El paseo*, alias *The Stroll.*

Más tarde nos aventuramos en la oscuridad para ir a una tienda que está cerca del caserío. Estaba cerrada, pero tocamos con brío y abrieron. Refrescos, galletas o galletucas y ¡dulce de guayaba! Regresamos con lentitud, no hacía ni frío ni calor y el cielo estaba muy despejado, lleno de estrellas. En el cuarto volví a sufrir con la hamaca pero, hábilmente, la domé.

Vendimiario 3. Era muy temprano cuando fui con varios patriomuerte. Son muy chistosos, todos maniáticos sexuales, chaqueteros consuetudinarios; uno de ellos es mesero en La Habana y dice que lo que más le gusta es mamar el culo, ¿nunca lo has hecho, mexicano? es una cosa fenómeno, sabe a cobre. Qué vaciado tipo; es mulato, delgadito, con cara de latoso de tiempo completo.

Ellos y yo nos fuimos al campamento, que está en las naves de la granja, y allí planteé que deberíamos organizar unos círculos de estudio para atacar *Los fundamentachos*; tengo tan marcado este libro que las partes buenas son las que no he subrayado (con la debida tinta ***morada***). La gran mayoría aceptó con entusiasmo. Después hablamos de la importancia del obrero en los regímenes sociales, etcétera, etcétera.

Éste es un lunes muerto, septiembre cariñoso, y yo sigo sin ubicación efectiva porque Nora no ha llegado. A lo mejor ya se olvidaron de mí. Juego a recordar a Nora y a las demás jefas brigadistas: Lilavati, Rita… Todas llenas de vigor y enrojecidas por las asoleadas, los pantalones bien adheridos al cuerpo, ¡ay, ay Dios!, hablando sin cesar con la campesiniza del cuadrante.

Almorzamos chez Luis: la casa grande, maderada. Después me quedé leyendo, escribiendo, mientras afuera nos construían un baño. Salí a verlo. Resultó un cubículo enano de tablas con seudopuerta. Fui a recoger agua al pozo y estrené el baño, muy

contento. La tarde estaba muy bonita, muchas nubes gigantescas y llenas de luz, pero de repente llovió con una fuerza tremenda. Los verdes se oscurecieron, todos los caminos se enlodaron.

Cuando la lluvia amainó fuimos a casa de Rodríguez, quien vive en otro cuartito, casi frente a la oficina y a un costado de la tienda. Gutiérrez es cuatísimo, lo cual corroboré cuando nos dio comida. Lo cachamos justo en el momento en que iba a comenzar a refinar; nosotros, Muy Dignos, no dijimos nada y lo miramos heroicamente hasta que no pudimos más y ¡danos Gutiérrez, sálvanos!, aullamos. Gutiérrez vio cómo atacábamos la ensalada de aguacate y también nos dio plátanos fritos, bistec, leche y dulce de sacohuate de postre.

Como ya habíamos biencomido y no queríamos desperdiciar nuestra cena en casa de Luis, Alexis y yo llevamos a dos famélicos patriomuerte a que comieran decentemente; los pobres se la pasan a dieta de latas de carne rusa. Uggg.

En la oficina nos dieron el nunca demasiado apreciado dulce de guayaba con galleticas, como es obligación decir aquí. Platicamos un poco con las muchachas, cuya estirpe clasemediera es inocultable por la forma como visten. Después, Alexis, con aire sagaz, me comentó que esa gente es aún un poco bitonga, que se comporta muy burocráticamente y que tiene que aclararse. En cierta manera tiene razón porque la sensación al estar con ellas es diferentísima de la que se siente al estar con cualquiera de los demás. Son más modositas y con frecuencia hacen cara de fuchi. Mercedes es la más simpática y a la vez la más clara. Dice que está leyendo a Mao Tse-tung. Yo supongo que en realidad es a Rico McMac.

Alexis me recomendó, muy paternal, que por qué no me reconciliaba con la Dalton, que le llevara una serenata. ¡No es posible! Llévasela tú, le dije, y se ofendió. Estuve leyendo hasta que desconectaron la luz.

Vendimiario 4. Llegué temprano al campamento de los BOA para iniciar el supuesto círculo de estudios. Asistieron pocos, pero sectarios, y la cosa estuvo animada. Después les di una clase de Geografía & Historia, con mapas dibujados y todo.

A estibar costales de pienso para el ganado. Ésa es la chamba

que menos me gusta; apenas toco los costales y se me va la fuerza. Nos hallábamos en las naves más alejadas de la granja. Allí la vegetación sí se desborda.

Al mediodía Alexis se fue a Puerto Padre e inmediatamente comenzó la lluvia a caer en torrentes. Casi se inunda la granja. Cuando escampó, fui a comer a casa de Soto. Salchichas. Rusas. De allí de nuevo al campamento y otra plática con los Patria o Muerte Venceremos y Si Son Muchos Correremos.

Ritmo con veladuras. Paseé por la entrada de la granja, donde comienza la parte alta de la colina, y caminé por detrás del edificio principal de la oficina y el almacén donde estamos nosotros.

La vegetación comienza allí. Más allá de la granja hay un río pequeño, de aguas claras. Quién sabe en qué pensaba, si es que pensaba en algo; más bien sólo estaba allí, siendo parte del panorama. Acabé recluido en el cuarto, escribiendo (of all things!) una farsa. Ni más ni menos. Las muchachas de la oficina, más tarde, me dijeron que tienen "trabajo por arrobas". Dominó chez Alcides, que también vive con su familia dentro de la granja. Luis y yo contra Chiquitico y Alcides. Fuimos derrotados.

Vendimiario 5. Ni siquiera había clareado aún cuando los gritos ¡mexicano, arriba, tienes que entregar el pienso!, de Gutiérrez, taladraron mis tímpanos. Bonita cosa ésta de hacer el trabajo de Alexis. Me enfundé en mi preciada (y codiciada) chamarra gringa aunque verdeolivo y procedí a entregar los costales. Allí fue amaneciendo; yo salía del sueño y me concentraba en el trabajo.

Mañanita, gentil mañanita.

Gutiérrez me dio café con leche y seguí con las labores de Alexis, quien seguramente continúa con sus misteriosas grillas. Entregué herramientas, anoté pedidos y me vi muy activo toda la mañana. Cuando me disponía a iniciar el círculo con los patriomuerte, llegaron unos camiones procedentes de Holguín. Corrí hacia las naves de pienso y me negué (enfáticamente) a entregar algo hasta que no llegara Miguel Ángel, el administrador. Por último apareció un yip, Alexis se hizo cargo y yo regresé con los BOA. ¡Carajo!

Et pourtant, elle est eternelle. No: los responsables de la Brigada

habían llegado también, con crédito y todo, así es que platicamos sabrosamente. El círculo no se dio, nacherly.

Alexis trajo libros y revistas, y yo conseguí, vía Recaredo, un caballo horroroso. Salimos. La noche estaba oscura como pocas. Oscurísima. Materialmente no se veía nada y me concreté a seguir la camisa blanca de Alexis, quien, a su vez, había dejado que su caballo eligiera el camino.

Pero llegamos a Los Alfonsos, cómo no. Desmontamos en el cuartel, frente a la plaza. Ya trasladaron también a Rita Buenapierna. Busqué a Lilavati chez Manolito, pero no la encontré. La vi finalmente, con Papi Romero, en casa de los Lamas. Hace poco encontré, dentro de un libro, una carta que Lila olvidó enviar (o perdió) a su mamá; la leí con avidez: en ella Lilavati Niñabuena informaba a su madre las fluctuaciones de sus periodos menstruales y yo sentí una sensación rarísima al leer todo eso, como si me asomara a sus reductos más íntimos. Ellos me informaron que la Dalton sigue en Juan Sáez, porque se enfermó. Me dieron café, aromas con filtro e instrucciones.

Me despedí muy reconfortado y encontré a Alexis. Increíble: para entonces todo estaba mucho menos oscuro y cabalgamos tranquilamente hasta la granja, que debe estar a unos treinta kilómetros de Los Alfonsos a través de la maleza. Pero me gustó muchísimo más cabalgar en la Gran Oscuridad.

Leí y escribí hasta que Alcides desconectó la luz. Entonces encendí el quinqué, pero zillones de mosquitos lo invadieron. E insectos. En La Habana le dicen chismosa al quinqué. Qué buena onda. En la hamaca ya no sufrí las torturas de los primeros días.

Vendimiario 6. El yip de las milicias de Los Ponchetes irrumpió muy temprano en la granja Mártires de la Coubre alias Die Yuraguana. Nené guiaba y con él venían, muy platicadores, Lilavati y Lorencito. Se fueron a los barracones y yo con los BOA, a dar la seudoclase. La acabé a todo vapor y cuando retaché a la oficina coincidí con el regreso del yip.

Lilavati y yo vimos cómo se iba la gente; cinco BOA: dos dipsómanos, dos mariputos o putacones. El otro se fue porque quiso. También se piró un Conrado Benítez y varias maestras. Se

fueron porque ya alfabetizaron a muchos o porque ya se cansaron del campo y añoran los cláxones de la ciudad. Se fueron, pero dejaron un sensacional suplemento cultural de *La Revolución*, qué buen numeracho.

Recaredo volvió a prestarme el caballo pateco y, tras equiparlo, salí a Los Alfonsos. No conocía bien el camino, pero traía ganas de perderme, todas las vereditas resultaban una invitación a recorrerlas, de pronto me pareció atisbar algo como casas, o gente. Sin embargo, llegué, saludando a los campesinos que me gritaban ¡ooooo!, naturalmente por: adiós. El camino deveras es increíble: está compuesto por veredas flacas como mi hermana que desafían la bieneza y por algunos caseríos; sube colinas, atraviesa arroyos y, por último, desemboca en el camino real de Los Alfonsos y San Andrew.

Encontré a Lilavati comiendo y al instante mi estómago exigió su parte. Me aguanté, no obstante, y fui a casa Lamas, donde estuve parroteando con Nena y Ricardito Corazón de Meón. Como tenía (mira mira) que ver a la Daltonuda, hice de cora tripazón y me encaminé lentamente hacia Juan Sáez. Había llovido muchísimo y comprobé hasta qué punto cuando vi a Juan Ramón hecho lodo. Cuando llegué a Juan Sáez encontré a Salvador, ¡el buenísimo de Salvador!, que iba hacia Los Alfonsos con su hijo René y Papi, el que estudia en Santiago. Nos abrazamos profusamente y quedamos de vernos más tarde.

Saludé a los Zaldívar y me dirigí a casa de Pepe Rodríguez. Adelante. Merci, est-ce que la Daltone est ici? Ouuuiiii! Allí estaba la camarada, igual: quizá más pálida. Enferma de nosequé. Tardó un poco en reaccionar y lo hizo presentándome a la mamá de Iraida, que allí se encontraba al igual que otras gentes de la casa, enfermereando a la superestrella. Platiqué con todos un buen rato, con buen humor, mientras con el rabillo del ojo examinaba a esta Margarita: su aplomo había decaído, o eso me pareció. Pero ella también me miraba de reojo. J’ai revé dans la grotte ou nage la sirene!

Regresé al sufridísimo caballo y volví a casa de Salvador. No había llegado aún. Tomé un café por allí, pero, como Salva no regresaba, galopé a la Tienda del Pueblo, a un lado del camino real: todo amarillo, ¿qué aquí no llovió o qué play? Allí estaba la

inefable Daisy Nuris, mejor conocida como el Elefante sin cola, y ella y yo nos pusimos a vacilar a Hortensia, hasta que Margarita, con aires de Gautier rsvp, me llamó. Estaba muy seria. Ojeruda y demacrada y toda la cosa. ¿Quería yo decirle algo? ¿Tiritan azules los astros a lo lejos? No, le contesté, sonriendo, sólo vine a visitarte porque tas enfermita. No le agradó mi buen humor. Díjome que, para sus intereses, necesitaba el divorcio. Respondí que sus intereses eran muy respetables pero otro tanto lo eran los míos, y yo prefería la anulación del matribodrio. La Dalton se incomodó, porque a la señora no le gusta que le digan *nada*, pero me valió sorbete y le aclaré que ya había enviado una carta a mi papá pidiéndole que anulara el matrimonio: después de todo, el acta estaba plagada de mentiras, aparte de nuestra flagrante minoría de edad y la falta de consentimientos paternos. Me miró como si la hubiera hecho objeto de una traición esencial y se despidió, sin siquiera un casto besito en la frente.

Me despedí de todos y fui, en el caballo, a casa de Teresa López, donde estuvimos ubicados. Llegué cuando comían y al instante se me sirvió un platazo de ¡harina!; la comí valerosamente y me fui de allí pensando que mi próxima visita debía de ser a cualquier hora que no fuese la de la comida. O llevar mis tortas. Sí, chucha. Pero me gustó ver a Marcos y a su esposa, que ya se embarazó otra vez. Chin.

Salvador ya había vuelto. Como siempre, estuve muy a gusto con él y con sus hijos. Por segunda vez me despedí de mis casialfabetizados y monté en el caballo maltrecho rumbo a Los Alfonsos. Cuando llegué, Marina y Prima me llamaron; se hallaban en un pequeño porche de madera. Un niñito llegó con una libreta, que dice Mequis que le pongas un autógrafo. Busqué a la tal Mequis y la localicé, ¡ah!, sentadita en una mecedora, en el porche de una de las casas de enfrente. Ah jijo, era una rubia esbelta, a quien antes ya había echado el ojo. Le escribí un acróstico deliberadamente cursi, y a pesar de las protestas airadas de las brigadistas (acné todas ellas), llevé personalmente la libreta. Conversé largo y sabroso con esta Melquis Cojonis, quien, a pesar de su nombre, sonreía con gran simpatía. No podía dejar de verle las tetitas, que las tiene como dos naranjitas, y un culito… En fin. Estuve con los Lamas hasta que oscureció: nubes negras, sin lluvia.

Regresé rápidamente al cuaco y lo monté para salir a todo vapor. Galopé sin problemas hasta la entrada de La Florida; sentía riquísimo el aire en la cara, pero después la oscuridad fue casi como aquella vez al salir de casa de Salvador. El caballo se detuvo, nada pendejo; yo lo azuzaba, pero él se resistía a moverse. No se veía lo que se dice nada, como si la oscuridad nos envolviera y se pegara a la piel desagradablemente; era como si no tuviera cuerpo, en realidad, como si yo mismo fuese la oscuridad completa, sin piel, sin miembros, sin entrañas. Qué terror me dio, quería salir corriendo de allí, pero al mismo tiempo sabía que debía quedarme quietecito, como toda la insectiza del campo; silencioso, agazapado, esperando que pasara La Terrible Oscuridad. Ya había dejado de picar al caballo y los dos permanecíamos inmóviles, hasta que finalmente él comenzó a moverse y tuve la impresión de que se podía distinguir algo, como nubes menos oscuras; solté las riendas y el caballo me condujo, yo seguía muerto de miedo.

Al llegar, las luces de la Yuraguana fueron un alivio inmenso y reorganicé todo mi ser; después fui, con Leyva alias Alexis, a casa de Gutiérrez a oír un discurso de Fidel en el radio. Comimos cascos de guayaba y galletas con el correspondiente pleito: galletitas o galleticas. Qué pendejadicas.

Vendimiario 7. ¡Fuera máscaras! Me hice pendejo a las seis de la mañana y me levanté a las *diez*, con la boca fierrosa y un horrible complejo de culpa. Los obreros acudieron y la onda se animó, todo mundo discutía. Pero de repente la cosa se puso difícil, pues un BOA, muy sutilmente, dijo que lo habían obligado a ir a alfabetizar. Otros le dijeron que no: cada quien había ido por su gusto. Otros se pusieron nostálgicos, extrañaban mucho la ciudad y a sus familias. Yo les dije que también yo extrañaba mi ciudad y a mi familia, y que si los chamaquitos de las Brigadas Conrado Benítez podían aguantar lejos de sus casas ¿cómo no iban a hacerlo ellos, que ya estaban mucho más grandes? Eso los convenció y mejor nos pusimos a cantar, en el campamento, sabrosos calipsos, down the way where the nights are gay and the sun shines brightly on the mountain top! Avalancha de narraciones eróticas, un patriomuerte nos contó, con lujo de detalles, cómo se zingaba a las nenas. Qué

serios nos dejó.

En el cuarto, escribí y leí con furia. Pero lo que sentí fue una tranquilidad exasperante en esas primeras horas del día: puede llover o despejarse, de día o de noche, pero siempre es igual. Yuraguana blues. Melancolía con los malestares físicos. Hoy he comenzado a tener dolores en el oído (desde Veracruz no los padecía) y también en el estómago, bien sincronizaditos. Todo acentuado por la divina quietud de la naturaleza. Mi mente se escapa a México (ni modo).

Comí con los BOA y, más tarde, acompañé a Alexis a la tienda de las afueras. La caminata fue en balde pues no hallamos ni un mísero jugo. La noche. Qué silencio. Yo también ya estoy extrañando los cláxones.

Vendimiario 8. Había que ir a Puerto Pere. Ya estaban allí los camiones y embarcamos el cacahuate y el frijol rojo. Qué tardados. Los patriomuerte me dieron chocolate, que me cayó a Las Mil Maravilas del Mundo Oestal.

A las ocho abordamos los camiones y salimos con lentitud hacia San Andrés, terruño de los choferes. Terraplén hasta la carretera principal. Hasta ahora estoy empezando a entender la red de caminos de toda la zona. Había un sol enclenque, cielo nubladón. En Tasajeras nos detuvimos para reacomodar los costales de cacahuate que, aquí, se le dice maní, ¡ay sí!

Conexión con la carretera central, refrescos en San Buenaventura, Holguín y Victoria de las Pumas. ¡Gran carnaval! Chorrocientas orquestas, pachangadesórdagos y ¡no se puede ir! Qué poca madre.

Hacia Puerto Father, con escala en Vázquez. Uno de los tripulantes me invitó a tomar pru pero yo no podía recordar cuál es el pru.

Cuando lo vi, lo recordé; veníamos de Varadero y, al entrar en Victoria de las Dunas, me lo ofrecieron y no me gustó el tal bebistrajo. Tomé, pues, una seudococacola y un guarapo. Realmente casi no sentí el camino, porque me fui leyendo *El cementerio marino* que descubrí, milagrosamente, en la bodeguita de San Andrés. Pero ya rumbo a Puerto Padre de nuevo tuve dolores en el oído y en mi

barriguitalinda; todo esto se acentuó cuando entramos en el puerto.

En el Consejo de Alfabetización no había nada. Chin. Es un desmadre mi situación, pues no me han dado analfabetos para alfabetizar, ni siquiera tengo ubicación fija. El almacén de la Yuraguana, se me ha dicho, es algo transitorio. Claro que no he estado de huevón, o no demasiado, pero quisiera saber qué play. Otro camión llegó y en él, Alexis. Caminamos por la gran avenida puertopadrota, rumbo a su chez, donde estuvimos oyendo Radio Swan, la naquérrima estación con que los gringos tratan de sabotear la Revolución. Cualquier aparato recibe la estación y mucha gente la oye pero sólo para tirarse de la risa escuchando las pendejadotas que dicen. Siempre es tema de mil chistes.

Alexis, con uno de sus tonos misteriosos, me dijo que fuera a la oficina de las ORI. Ya vas. Pasé a ver al señor Cordero. Se hallaba con un cuate vestido de miliciano, quien me dio muchísima coba y acabó diciéndome que querían que me dejara ya de alfabetizadas bobas y que me trasladara a Puerto Padre. Allí trabajaría con ellos, pronunciando fogosos discursos adonde me llevaran. Yo dije, o ratifiqué, mi disposición de jalar parejo, pero que por ningún motivo quería desligarme de las Brigadas Conrado Benítez. Al salir de la oficina de Cordero encontré al presidente municipal o alcalde o comisionado, como le dicen aquí, quien me dijo que por qué no escribía una obra de teatro revolucionaria. Ellos me darían facilidades para escenificarla.

Yo quedé en hacerlo, aunque en el momento no se me ocurría nada. Fui a la escuela con el tal Cordero Que Es Cordera y con Alfonso, otro chavo de las ORI; allí me dieron el material que necesitaba y luego platicamos de historia, guerras mundiales, Aldous Huxley, literatura y demás. Salí con mi cargamento de libros en busca de los camiones.

Pero ya se habían ido. Coño, tuve que ir al Consejo, donde me dieron un vale para salir, en autobús, a Chaparra; allí buscaría a Joaquín Font en el sindicato para que él me trasladara a Los Alfonsos y, de allí, a ver cómo, a la Yuraguana o Mártires de la Coubre. Hasta el momento no he podido saber quiénes fueron esos pinches mártires ni cuál fue la Coubre. ¿La coubre o no la coubre? Sin embargo, al salir del Consejo, me avisaron que había un camión del INRA, que no INRI, y que iba a la granja. Fui allá, volando.

Nada de camión, pero encontré a Alexis: no se había ido. Se sorprendió mucho de verme allí (en el fondo estaba bien enojado porque “me le desaparecí”) y yo opté por hacerme el tonto durante un buen rato. Fuimos a su casa, para avisar que yo me quedaría. Después, dimos una vuelta por el furris malecón. Alexis presumió que tenía cosas que hacer, no dijo cuáles, como siempre, y se fue. Adiós pendejete. Yo subí por la avenida, sin rumbo fijo.

Encontré a Leoni, en el yip del Consejo, y con él a Lilavati, Lila y Yayito; sólo faltaba Papi Romero para que se completara la plana mayor de la mafia alfabetizadora puertopadrotona: la Dalton y yo somos algo así como miembros honorarios. Les pregunté cuándo me iban a ubicar definitivamente y cuándo me darían analfabetos. Pero ni caso me hicieron. Andaban muy contentos, quién sabe por qué, y sólo me dijeron tú síguele así, que lo haces muy bien. Pienso, luego existo, ¿no?, pregunté yo. Fuimos a Bambi. Cocacolas, o casi. Leoni, responsable uterino (je je) de las Brigadas, me dio permiso para ir al cine y también un peso para poder hacerlo. Se fueron. Alexis no había vuelto a su casa, así es que me bañé y comí como pocas veces, pitorreándome de Radio Swan.

En el cine Rívoli (un funesto galerón-horno crematorio) exhibían *Spring Reunion*, una suculenta porquería, y *Tiger Bay*, con la nefasta de Hayley Mills. Esta ida al cine salvó, por lo pronto, mi cuota cinematográfica mensual. Éste era el único mes en que no había visto películas.

Vendimiario 9. El desayuno de los Leyva fue de lo mejor; bueno, fue desayuno, no simulacro de ídem como los cafecitos habituales. En México hubiera sido incapaz de estar pensando tanto en ¡comida! Qué bajo he caído. En fin. Alexis y yo caminamos a casa de Miguel Ángel, el jefazo de la granja. Apenas se estaba levantando.

Alexis tomó el yip y recorrimos el puertecito; salimos por un terraplén rumbo a la playa, que se encuentra a dieciocho kilómetros de Puerto Vater. Íbamos en silencio, y rápido: el auto descubierto, confabulado con el viento, hasta que vimos la extensión de arena más allá de los arrecifes: una playa pequeña, grisácea, medio mediocrona, o quizás así la vi porque el cielo estaba nublado. ¡*Yo*

estaba nublado!

Regresamos a casa de Miguel Ángel. Este hombre flaco maneja muy rápido, a pesar de que la ruta Vedado (o cualquiera de los caminos del municipio) no sólo no está pavimentada sino que, en época de lluvias, las brechas están llenas de agujeros. A saltar, jóvenes. En el Vedado indagué el paradero de la Dalton; pregunté a la responsable de las Brigadas, en una tienda o bodeguix, y más tarde en un círculo de estudios. Nadie sabía de su llegada, si es que había llegado; quizá continuaba enferma, en Juan Sáez. Bueno, yo cumplí, ¿no? ¡También he visto los archipiélagos siderales!

Nos entoyotamos y enfilamos a los Mártires de la What. Cuando hubimos llegado tuve que embarcar el último cargamento de cacahuate y frijol. Pensaba comer con los BOA, pero Acea, el pornócrata de los BOA, me recordó que tenía que dar una conferencia en San Andrés.

Muy mala cosa. Con el estómago empatenado me encaminé hacia allá. Ya habían iniciado el acto cuando llegué, y al instante me dieron la parola, y vaya que si la agarré. Empecé a hilar una onda que se extendió un poco pero que resultó muy exitosa, pues me convidaron a almorzar y a dar una charla el domingo próximo. Un cuate de las ORI me empezó a dar la queja de un BOA, ¡a mí!, y después siguió perorando de la contrarrevolución que, según él, está fuerte por el rumbo. Yo pensé, pero no lo dije, que era un paranoico declarado, pues prácticamente no me ha tocado ver ninguna gran gusanez. Para entonces mi dolor de oído había vuelto y el calor sofocaba; el camino se me hizo larguísimo.

En casa de Soto bebí agua y café. Volví al dizque almacén. Saqué la Olivetti y procedí a mecanografiar *La miel derramada*; aunque la obra me gusta escribía trabajosamente, mi mente volaba a ya sabemos. Seguí escribiendo. Se fue la luz. Adiós, luz. Y encendí el quinqué. Los mosquitos. Llegó la madrugada y yo no había terminado.

Vendimiario 10. ¡Qué lunes! Había que entregar el pienso. Yo no tenía las llaves. Gutiérrez y Recaredo (que podían tenerlas) no estaban. ¡Ah! Las tenía Soto. Pinche Soto. Regresé al cuarto. Entregar, entregar. ¡Ábreme el almacén! ¡Necesito clavos!

¡Clávatelos en el culo! ¡Ah qué mexicano! ¡No hay grampa! Qué feo es no desayunar, palabra, por eso dicen que es muy triste vivir sin ser amado pero es más triste trabajar sin haber desayunado.

Quizá los BOA tienen algo. Ya no hay nada, hay que trabajar, pinche huevón. Me costó reunir a todos, pero el círculo se dio. Detente, oh dolore. Es lunes y no recibo respuesta. ¿Qué pasa, qué pasa? Estábamos viendo los fundaprestas del socialismo en Cuba, la explotación del hombre por el Caballo, mucho monopolio (prestas asimismo) y Morgan y Rockefeller. ¡Cuánto? Doscientos mil setenta millones de dólares! ¡Co…! Jones, agregué yo, el Puntual Chiste Imbécil, Baby Face Jones, quiero decir. A volar, o más bien: a bolívar. Simón. ¿Y yo? Un fracaso.

Hay que apantallar a los oficinistas, quizá cedan la rosca. Una de ellas parece sardina enlatada. Muy aceitosa. La otra, bolillo gigante. Muy incorrecto. Muy mal no desayunar. La restante, Mercedes, es la imagen flotante de la leucemia de Kay Kendall. ¡Kay Kendall! Cuán lejos he llegado.

Los BOA son medio taradones. Como cubanos, chovinistas. Gran kingcomplex, la mayoría se cree el Ombligo de la Traviata. ¡Qué insensatez! Vuelta a escribir, por ejemplo. La obra de comisionado me está saliendo floja, pero es que me la encargaron. Así no tiene chiste. El que encarga, traiciona. El que entrega, se doblega. ¡Qué manera de llover! Asociaciones, je je. Se fueron. ¡Sobre la Olivetti! Faissons l'honorabilité. Vuelve la lluvia, ¡alégrense guajirejos!, cual dijera Carlos Chiapas. Todos los campesinos de estos laruchos estaban muy preocupados porque no llovía, pero, desde hace unas semanas no ha parado. Estío retrasado. Envío: éstos ya se van, vayan bien mequetrefones. Una hoja por pasar. Hoy empiezo a terminar… Qué mal. Hamacolchón, invento de Alexis. Pinche Alexis.

Vendimiario 11. Quiero estar en mi *casa* ¡ya! Este martes pinta igual que el infame y canallesco día dayer (God save the Tongue!), a pesar de que mecanografié *The Big Switch*, qué buen título. Es el colmo: en la tienda, Rafael me dio néctar (¡néctar!) de mango. Los BOA estaban boescos. Comimos. Iguanas ranas o is mandril. Bueno, la Olivetti vio con horror cómo *La miel derramada* fue finiquitada.

Alexis compró leche condensancha y galletas de dulce. Chocolates, también. ¡Moscas, mosquitos, hormigas, muéganos, chocolates!

Departiendo con las oficinistas. Otra vez, la lluvia. ¡Qué manera de diluviar! Yo diluvio, tú diluvias. Los rayos se dibujaban con tanta nitidez que parecían la tercera dimensión de un vewimaster.

Dejó de llover. Alexis se puso mi circense traje de baño y fuimos al río, qué maravilla, qué lugar más padrísimo. De regreso, ¡cuas!, la cubeta se cayó en el pozo. Labor titánica de rescate, continuación de la apasionante controversia galletitas/galleticas (al haber galletitas no hay galleticas) e inauguración de la polémica halar/jalar. Qué haladas, mi familia. Otra vez el dulce dolor endemoniado. Después comimos (es lógico, con los BOA) dulce de guayaba.

Llevé la Olivetti al cuarto y Alexis cayó rendido. Pobre muchacho. Escribí, pasé en limpio *La almohada* en hojas con membrete de la granja. Una membra y un membrete jugaban al indio Pete, la membra que se descuida y el membrete se la mete. ¡No es posible! Sí, sí es. Luego, la hamaca. Digo: me acosté en la hamaca, aún no escribo ningún cuento con ese título. No pude soportar el dolor (¡detente!). Me daban ganas de llorar de tanta rabia. El dolor no se fue y pasé la noche en vela (yo soy el que entierra la vela).

Vendimiario 12. Manos a las teclas, sinfonía inclementeanimal. Después a vagabundear in mens ante los argüendes exasperantes del roommate. Me hallaba atascado en una depresión del cocol y el dolor en el oído había vuelto a castigarme con punzadas tensadas.

Con los patriomuerte. El círculo se retrasó pero lo di. Mal, por supuesto. Plática tediosa con los BOA. Pero quizá yo era el tedioso. Me puse a trabajar, para distraerme. Iba y venía, el dolor me acompañaba por doquiera que yo iba. Bonito bolero. Me sentía más bien raro, con una lasitud física de espanto (o vox Lilavati, *apoteósica*).

En la tarde comencé las clases de inglés a los BOA. Me servirán para confundir Lo Poco Que Sé. También intenté seguir la obra del commiesionado; ya llevo dos inconclusas. No pude ir a Puerto Paparruchis, empezó a llover tiránicamente.

Vendimiario 13. Esta vez trabajé en la Underwood. Under the ink wood. Tenía ante mí *The Stroll*, uno de mis cuentos mejor estropeados. Ése lo leí en el Marxiano Bazuela, un domingo, en Los Compadres, y hasta Anya Viperina lo alabó. También estaban allí una invitadas de Manuel, pero él no. Y Belmonte, René Elquebebiendohabilés, Vicente y el Filósofo sí estaban. Y Mierdardo Que se Borre. ¡Fuera flashbacks!

Una vez vencidos los flashbacks de nuevo nos hallamos con los BOA, obreros gastronómicos de toda clase de ondas, ¿saben ustedes lo que es una navaja de rasurar? ¿Y un baño? ¿Y masturbarse sin dejar estalactitas? Los boescos se apuntaron para rolarla en el campo, con los chavitos de las escuelas; eso, sin duda, los redime. Después de la clase vino la cachondez, vía Acea; les encanta contar cómo se tiran a sus damas, recontar posiciones, competir en escatología, el palo dentro del palo.

Pero si la mañana fue tediosa, la tarde resultó al cubo de Braque. Fui con Carlos, a condolerme. Después llegó el yip y, con él, el Tremendo Dolor de Oído. No había comido, pero así me fui. En San Andrés, Miguel Ángel y Rodríguez fueron a arreglar la llanta de repuesto (como dicen aquí) mientras Alexis y yo sandwicheábamos en una bodega. Y un cigarrito/cigarrico. Marcha en la noche oscurísima rumbo a Les Alphonses. Todo engullido en la negrura, las luces del yip resultaban grotescas.

Cuando llegamos, el dolor era intensísimo y me distraía de todo, entremezclaba voces y lo que ocurría. Miguel Ángel y Alexis me dieron dinero a fuerzas, yo no quería aceptarlo pero por supuesto sí quería aceptarlo. ¡Oscar a la mejor actuación! Me encaminé a casa de Manolito y ellos siguieron su camino a Puelto Padle. En casa de Lilavati había luz y animación, unas brigadistas y uno que otro brigadisto cantaban. En medio de la noche (¡qué oscuridad!) esa luz era dorada. Me pidieron que cantara pero en mi estado de ánimo, imposible. Claro que en circunstancias digámosles “normales” tampoco lo habría hecho. El Hombre tiene su Dignidad, ¿no es así? Un mucho melodramáticamente anuncié a Lila que me iba al hospital. Vaya, vaya, qué tú tienes.

En casa de los Lamas. Me ofrecieron café y comida, pero mi caótico estómago no lo hubiera soportado y ya ni quien me sacara de mis sabrosos abismos de dolor y desintegración. Leche. Cigarros

aromas. Como me apapacharon (gente preciosa) me sentí un poco mejor y hablamos de Dorticós. Los cachetotes de la Nena Lamas son una invitación a los besos estruendosos.

Al poco rato la cabeza me estallaba nuevamente y me fui al cuartel. Hola, cuartel. Coloqué mi hamaca cerca de algunos catres de milicianos y me disponía a dormir, o a intentarlo, cuando oí el estruendo de los patriomuerte. ¡No podía ser! Salí a la calle. Vi a la mayoría de los BOA. Venían caminando desde la afamada Granja Agrícola La Yuraguana y seguirían a pie hasta Puerto Padre. Allí ya verían cómo llegar a Las Habanas, porque ya están hasta el copete de la granja y alrededores. Así que la Fuerza Obrera se raja, ¡qué culeros! ¡Y yo me quedo sin alumnos, ¡qué buena onda! Ni modo, quedan las Brigadas Conrado Benítez (somos la vanguardia de la Revolucióóóón y nosotros solos acabaremos con el analfabetismo antes de Navidad). Mark our words! Los BOA tomaron agua, aullaron su desganada consigna boesca y prosiguieron su voyage. Good luck kids. A pesar del tormentito todavía tuve ánimos de platicar con el nuevo responsable de fenecer en la hamaca.

Vendimiario 14. Desplegué la mirada, nadie. Caray, debe ser tardísimo. Salí un tanto atarantado y afuera del cuartel pregunté la hora. Las seis. Ah, muy bien. El sol apenas iluminaba con su luz reptante. Había poco movimiento en el pueblo. Y un olor delicioso, qué frescura. El miliciano de guardia me dio un antiguo cigarro Gender.

Manolito me ratificó que saldremos con Javier Peña. La señora de al lado me dio café. Vislumbré un yip, en el que llegaron Alexis, Miguel Ángel y Rodríguez. Apareció Lilavati, y *la ví.* ¡Pobre! Tenía hinchadísimos los párpados, y rojos, con una capa de legañas que le impedía ver, o casi; ”ceguera”, le llaman a este mal; desconozco, al igual que esta gente, el verdadero nombre de la enfermedad. Chance es la sífilis de Chopin. También me mostró una Terrible Ampolla en la mano. Todos se fueron, rumbo a la granja, para reconsiderar la huida patriomuerta.

A Marina y Miriam, las urracas parlanchinas, les hice unos acrósticos infumables, forzadísimos, pero a ellas les parecieron *sublimes*; no digan tonterías y sigan mamando.

Manolito me dijo que más bien nos iríamos en el yip de las milicias, pero al poco rato él también se fue a la Yuraguana: gran desmadre en la Yura. En la tienda Lamas había una agitación febril, los brigadistas habían cobrado sus dos pesotes e infestaban el lugar. Yo comí unas seudotortas. Tampoco hubo carta. Abel llegó y me fui en el Ópel de Lázaro Blanco a Chaparra. Allí, antes de ir a l'hospital, manejé por todo el pueblo, qué rico.

Hice cola hasta que finalmente pasé con un doctor Crespo y Sordo, quien me gritó: los ojos le duelen porque tiene rotos los cristales de los lentes; el dolor de choya se relaciona con el de panza y me dará unas píldoras para los bichos, póngome estas gotas pour les oreilles; pero debo saber que todos mis malestares seguramente se deben al transtorno emocional de estar fuera de mi país y de mi casa siendo tan pequeñuelo. No mameyes, galeno.

Fui al subcomité de Alfabetización caminando. La responsable de finanzas hizo muchas alharacas pero me dio la autorización para obtener las medicinas. Fui a la farmacia, atravesando una triste aunque soleada plaza de tierra seca. Ya enmedicinado fui, caminando naturalmente, al sindicato. Joaquín Font no pudo llevarme en su yip pero me dio dinero para que me fuera en guagua.

Uno del sindicato me invitó una cocacola. Qué horrible sabe esa mierda. El camión llegó y ver Velasco, municipio de Holguín. ¿Qué hacer? La cabeza me seguía martillando y recorrí el zócalo velasquino (Velasco es más grande que Puerto Padre y que, ¡claro!, Los Ponchillos, Juan Sáez o, ¡no se diga!, la Putaguana), tomé otra cacacola y me senté a esperar el camión.

Llegué tarde. Alexis de nuevo iba a Puerto Padre. Adiós, compuerto. Eludí a Alba y Olinda, y a Miriam y Marina, y logré llegar con la linda Melquis, qué bonita es esta güereja, y muy dulce, además. Baja los párpados como en los viejos tiempos, tras lo cual no pude más que hacerle varios sentidos poemuchos. Después vi a Lila Ensoñadora. En casa de los Lamas me dieron de comer ajiaco, una increíble revoltura que me puso a sudar y que me supo a gloria. Nuevas pruebas de cariño, padrísimas, y más cigarros. La noche se venía encima, y eso que apenas eran las seis.

Tomé el caballo y partí hacia la granja. A medio camino volvió a dominarme la oscuridad. Era muy impresionante, pero ya me estaba

gustando andar con el corazón desaforado, la piel crispada, las manos sudorosas y mil imágenes fantasmagóricas en los ojos.

Muy muy despacito. En la granja no había luz y estuve a punto de pasarme. Me detuve chez Gutiérrez, donde también se hallaba Soto, Canallo y Buey. Después desensillé el cuaco y, en casa de Vidalín, vi a Nora y a Neira, las beautiful oficinistas. Regresé. Sin luz. Escribí con la chismosa.

Vendimiario 15. Con los ojos llenos de estalegañas volé a la puerta, a causa de los insistentes (e insolentes) pedidos de espuelas. Eran las 5:40 y yo no sabía ni cómo me llamaba ni qué hacía allí. Durante varios minutos traté de abrir con la llave al revés, o sea: noc sever.

Entregando el pienso. La actividad fue tremenda, pero agradable, Gutiérrez-Gorditocabezagrís es simpatiquísimo. Después secuestré la Olivetti en el almacén y toda la mañana escribí *Las luces*. Avancé mucho, pero el asunto me dejaba indiferente. Alcancé a darme mis escapaditas para chismear con los BOA que se quedaron: el Abuelo, Quiñones e Isaacsopa. Después seguí escribiendo.

Así llegó la tarde (sin que hubiera comido).

Salí del cuarto y vi a Jorge Gómez, el de las ORI. Me dijo que ya estaba listo mi traslado a Puerto Padre para que trabajara con ellos. Correcto y positivo, o ka colega. Se discutió acerca del sindicato y de la comisión electoral.

Seguí escribiendo (fervorosamente).

Miguel Ángel fue a Puerto Padre y yo, con Alcides y Neira, caminé a la tienda, acortando a través de la granja; ellos bebieron cervezas; yo bacardí-rico. Cuando regresé a la granja, Alexis me comunicó que el Comité de Divulgación de las Milicias también me requería en Puerto Papacito para que montara mi obra de teatro, que contaba con el aval y el entusiasmo del comisionado. Así es que me voy autre fois. ¡Qué importante soy!

Los BOA me prestaron una hamaca pues la mía se quedó en Los Ponches, en casa de Manolito. Alcides se esmeraba asando un lechón, lentamente, sobre un lecho de carbón (o calbón). Rondas de bacardí-sumamente-sabroso. Naturalmente, me puse hasta atrás. Nos trasladamos a la hoguera, donde continuó la beberacua. En

casa de Vidalino nos dieron arroz con pollo (muy correcto) y nos pusimos a jugar dominó; Vidalino y Francisco contra el Abuelo e io. Por supuesto, perdimos.

Retorné a la hoguera. Más Bacardí. Ya borracho, canté para la concurrencia un par de rocks. Qué risa les dio. El lechón terminó de asarse allí mismo, en las brasas aún incandescentes.

Entre barcardíes pasamos a hacerle los honores, patria o muerte, ¡comeremos! De repente, el señor Sepalabola se enojó y todos empezaron a discutir, a sacar viejos trapos al sol, pugnas viejas y grillas recientes, envidias e intrigas, como dice la canción, y yo, con los párpados a media asta, me dije sagazmente: qué estúpidos y burgueses somos todos. Así es que, con quince copiosas de bac y un pedazo de lechón, arroz empollado y plátanos a chingadazos en el estómago, me fui a la hamaca. Pero allí me tiró, textualmente, un calambre tremendo. Todo estaba muy oscuro y yo veía como fogonazos. En el suelo, me di cuenta, sin saber ni cómo, entre eructos y sobando mi piernita, que algo había terminado, que algo se había descascarado; eran como rayos de luz seca, muerta, en la oscuridad efervescente. Algo se había quedado atrás, muy muy atrás, y ante mí sólo quedaba un páramo gris, tierradenadie.

Vendimiario 16. Muy temprano encaballamos las sillas para dirigirnos al Vedado Pero No Capado. Cabalgamos por toda la Yuraguana buscando un refugio donde desayunar y mitigar la cruz no pesa; tuvimos que conformarnos con unos míseros refrescos en la tienda, o bodega, de Felo.

Fui a platicar con los BOA. Todos estaban muy tensos, porque no había agua, pero, sobre todo, por los arguendes de la víspera.

En fin. Devolví el caballo y con Alexis fui al campamento de las Brigadas Conrado Benítez, donde me confirmaron que la charla será a la una y que era invitado de horror en el almuerzo. Para matar el tiempo Alexis y yo jugamos carreras de caballo, de la granja a San Andrés. Para no variar volví a vencerlo y, también como siempre, Alexis se puso furioso e inventó mil pretextos por los cuales lo pude vencer. Pobrecito. Rondamos por el poblado y regresamos al campamento.

Las brigadistas armaron su show. A mí me tocó cerrar el

programa con una charla. Fue todo un éxito. ¡Bravo! Después me hicieron *cantar* (qué horror) y vino la comida. ¡En la madre! Esperábamos suculentas viandas y nos llevamos el gran chasco al tener que entrarle a la Nefasta Carne Rusa. El espectáculo siguió y todos cantaron, incluyéndome (rock de nuevo: *All Shook Up*, para ser preciso). Luego me pidieron *otra* charla (que di por estúpido pues debí haber pensando que resultaría anticlimática), ni en sueños tan buena como la primera. Pero me la saqué contando unos cuentos de las *Mil y unas noches* a la concurrencia antes de salir.

En la granja me puse a escribir y a cotorrear con unas muchachas que por primera vez aparecían en el panoramayerto, pero llegó Lilavati, ¡ah, Lilavati!, con Leoni y Yayito. Me informaron que finalmente me ubicarían, en Salgacero para ser exactos, y que agarrara mis chivas. Les dije que deliraban, obviamente prefería irme de orador superestrella con los de las ORI y el municipio de Puerto Padre. Se miraron, sin saber qué pensar. Yo insistí que seguiría siendo de las Brigadas por encima de todas las cosas, y a Leoni se le ocurrió que estaba bien que yo fuera a Puerto Padre, pues la Comisión también podía utilizarme para que convenciera a gente que se negaba a alfabetizarse.

Eso nos puso muy contentos y con buen ánimo para recibir, con los debidos honores, otro lechón (y eso que dicen que los lechones asados ya no se conocen en Cuba), nuevamente en casa de Vidalino. Pero resultó anticlimático, como mi segunda charla. En un principio todo mundo la pasó muy a gusto, pero cuando se hizo tarde surgió la correspondiente bronca organizada por los BOA que se quedaron y se quejaban de todo. Hasta Nora me hizo a mí unos reproches estúpidos, pero la desarmé sin problemas en la discusión.

Vendimiario 17. Desde muy temprano hice mis maletas y preparé todo para salir. Me dediqué a merodear los alrededores y a despedirme. Debía esperar a Leoni, quien me llevaría a Los Alfonsos; allí estaría la mamá de Rita y habría *otro* lechón asado en casa de Manolito.

Alexis se fue con Nora a Los Alfonsos y yo me quedé a cuidar el almacén. Mucha actividad recibiendo y entregando. Comí con Rodríguez y Miguel Ángel, quienes estaban muy preocupados por

los patriomuerte. Naturalmente, coincido con Gutiérrez: los BOA son a todo dar pero no tienen nada que hacer aquí. Desde un principio no tenían nada que hacer.

El mediodía pasó y ni luces de Alexis. Me dediqué a escribir y a platicar con las oficinistas-bitongas. Había vuelto a escribir cuando llegó Alexis, pero se fue al instante. Y yo, poniéndome cada vez más nervioso. Ya era de noche cuando fui a casa de Gutiérrez para ver si por allí andaba Miguel Ángel, quien se ofreció a llevarme al ver que Leoni no se apareció. Casi me morí de rabia cuando me dijeron que Miguel Ángel ya se había ido. Pero no era cierto. Comí un poco y, entonces sí, subimos en el yip.

La noche estaba inconcebiblemente oscura y los faros del yip apenas nos suavizaban el miedito. Nadie hablaba. De pronto, Alexis, con tono grave (sólo oíamos su voz porque no se veía *nada*), nos dijo que iba a haber otra invasión, peor que la de Bahía de Cochinos; seguramente esta invasión sería al día siguiente, diez de octubre, aniversario del Grito de Yara; esperaban tomar a todo el pueblo festejando. Los barcos gringos estaban a la vista, algunos de ellos frente a Puerto Padre. Todos nos quedamos muy serios, pero después ellos se soltaron hablando excitadísimos: había que presentarse a las milicias, etcétera; yo no decía nada porque pensaba que si la cosa se iba a poner dura más valía que también me enrolara en las milicias y me jugara la vida por esta revolución. Esa determinación me calmó mucho e incluso después hasta me dio sueño.

En casa de Alexis nos desvelamos oyendo Radio Swan, para ver si oíamos algo de la supuesta invasión. Pero más bien nos la pasamos muertos de risa al oír la propaganda de los gringos; qué pendejos son, deveras creen que aquí en Cuba la gente está desesperada y los espera como a héroes.

Vendimiario 18. La más sarcástica de mis risas fue para Papi Romero cuando veredictó que me regresara a la Yuraguana. Con la paciencia que merece su estirpe, le expliqué. Todo esto es muy irregular, me dijo. Pero no nos vamos a poner burocráticos, ¿verdad? Ni caso me hacía. Había que perdonar al pobre Papuchis porque andaba loquito con los preparativos del Aullido de Yara. En

el Consejo se hallaban también Lilavati, Rita, su mamá, que vino a visitar a su hija, y Abelardo. La actividad era febril y mejor salimos. Por supuesto no hubo invasión, y en el mar no se veía ningún barco, si acaso una que otra pinche lancha de pescadores.

Pipo me dijo que por allí andaba la Dalton, ¿por qué no iba a verla? Vamos, le dije, con mi natural heroicidad. Casi toda la encamellonada avenida principal se encontraba llena de filas y filas de brigadistas que habían llegado de todo el municipio para la pachanga yarense. La Dalton se hallaba hasta el final de la avenida, casi a la cola de los brigadistas, con el contingente Conrado Benítez de El Vedado pero Soportado.

Margarita se mostró muy fría, evasiva, mucho más de lo que acostumbra para sentirse Muy Importante. Quién sabe qué le habían chismeado y de nuevo repitió su pregunta seudocríptica: ¿*quieres decirme algo*? Al parecer no soporta que yo la salude como a cualquier cuate. Me despedí, después de todo: puras habas. Pipo y yo fuimos al anap a posponer un acto que se había preparado. Luego vino el desfile: al frente, la banda (himnos del 26-7, *El miliciano*, *La internacional* y demás rigurosidades); después venían todos los distintos y acalorados contingentes de brigadistas Conrado Benítez (con el libro en alto cumplimos una meta).

Pipo y yo recorrimos distintas calles, diferentes tramos del desfile, y por último llegamos al maleconcito que no malenkovcito. Nos reunimos con los Jóvenes Rebecos mientras que la concentración crecía con la llegada de las demás organizaciones revolucionarias. Ya eran como diez mil gentes. Varios habladores de las ORI arengaban a la gente y, luego, en una pausa, me informaron (*a buena hora*) que a mí me tocaba la apertura del acto.

Ni tiempo me dieron de que me aterrorizara (jamás había hablado ante tanta gente) y me subieron a la tribuna. Me presentaron con la brigadistiza como el Noble y Esforzado Naco Mexicano Que Llegó a Colaborar con La Revolufia. Yo trataba de ver dónde terminaban las cabezas emboinadas que llenaban la placita del malecón. También procuraba verificar si llegaban los afamados barcos gringos a invadir. Me arranqué hablando, yo creo que muy inspirado porque a cada rato me interrumpían con Las Ovaciones y La Afición. Cuando terminé mi espich la ovación fue mayor y yo me sentía en otra dimensión; todo el cuerpo me

zumbaba, vibraba muy chistoso, como si flotara, como cuando escribo algo que en verdad *me eleva*.

Seguí un rato en la tribuna, feliz, y después bajé con los Young Rebels. Me dijeron que mi discurso fue grabado y radiado. Después armamos un verdadero desmadre allí, al pie de la tribuna. Todos nos hallábamos muy eufóricos. En eso, ¡gran sorpresa!, la Dalton llegó, buscándome.

Ahora parecía más excitada y había perdido su aparente frialdad. No me felicitó por mi espich. Me preguntó si tenía noticias de México sobre la anulación de nuestro matrimonio. Pero lo que le interesaba presumirme era que se iba a la Unión *Soviética*. Bravo maestra. Además, me *suplicó* que *informara* a *todo mundo* que ya nos habíamos separado y que estábamos *tramitando* los engorrosos aunque inevitables *aspectos legales*. Bueno. Por mí, encantado, le dije, y le pedí que recordara que si no habíamos dicho nada a nadie de nuestra separación (salvo, claro, a los confidentes de rigor mortis) fue porque ella, quién sabe por qué ideas marcianas y planes ultrasecretos, así lo había querido.

Regresé con los Jóvenes Rebeldones y volví a alegrarme porque sentí que, en ese momento, en verdad me había liberado para siempre de la Daltónica. ¡Qué padre! Comí en el Oriente y luego me llevaron a un maratón-rodeotorneo-seudodeportivo en el Estadio Municipal, que en realidad es un corralón, una plaza de toros inhibida o un palenque de gallos kingsize.

Yo era el gran show. Como todo mundo me conocía ya, me saludaban muy amables. Los niñitos me señalaban cuando yo, muy nalgoncito, atravesaba. Mucho palco de honor y demás pendejadas. Me hicieron una entrevista en el radio y tuve que soltar otro discurso. El maratón estuvo suave: hubo carreteras de bicicletas, se rompieron piñatas (o tinajas, como hay que decir aquí) y un sinfín de cosas más.

Fui a la ORI y hablé con Cordero. Después, en el Consejo, estuve charloteando con Lila. En casa de Alexis me bañé y hablé con el Viejo Leyva, quien me hizo pasar una vergüenza horrible al regalarme un chuchín, que, por supuesto, acepté. ¡Todos son mis papás! En el liceo hubo "velada artística", declamaciones *ad hoc* y la orquesta "típica" tocó música "fina": *Guaraní* y *El manicero*, y *Poeta y campesino* (también le tupen a la onda *clásica*). Pero lo

insoportable llegó cuando me convocaron a que yo *especialmente* presenciara una bamba veracruzana que seguramente les coreografió Amalia Hernández.

Vendimiario 19. Fui al Consejo de Alfabetización desde muy temprano y libré buenas batallas verbales con los de las ORI y con Papi Romero, quien se resistía a que yo trabajara para otros. A fin de cuentas todo salió bien porque logré que me permitieran trabajar con todos los que se pudiera. Mi estatus ha crecido y por tal motivo se me ubicó en el viejo hotel Comodoro, donde fuimos a dar la Dalton y yo cuando llegamos a Puerto Padre, hace siglos. Siempre se vuelve al punto del principio, sentenció Papi.

Vendimiario 20. Me mandaron llamar del municipio, donde sostuve una conversación sensacional con Joaquín Matamoros, el responsable de cultura del municipio. Accedió a que se representara mi obra *La almohada*, y no la "revolucionaria" que me encargaron; ensayos a partir de fin de mes. Primero tenía que buscar quiénes trabajarían conmigo, escoger teatro y todo eso. Fue tal mi entusiasmo que pedí una máquina y allí mismo pasé los libretos de los actores.

Más tarde, Pipo y el de los Jóvenes Rebeldetes vinieron a recogerme para ir a Cayo Claro, que se encuentra frente al puerto. Allí estaba anclando un barco de carga de la Unión Soviética. Hablé (en inglés) con el capitán y nos concedió una visita al navío, ciceroneados por un oficial. Qué maravilla. Una madera sensacional. Había alfombras hasta en el techo y también biblioteca, cine y salones para cotorrear. Yo me sentía el personaje del Potiomkin. Lo que más me sorprendió fue la limpieza de las máquinas, era como si estuvieran en exhibición. Los rusos nos regalaron cigarros siniestramente suaves, en verdad para después de fumar, y, como se nos fue el bote de regreso, tuvimos que esperar hasta las cinco de la tarde viendo el rarísimo modo de pesca de los soviéticos.

Al regresar encontré a Alexis, ahora mi (por suerte) ex compañero de cuarto, y después a Matamoros, con quien planeé

mejor la puesta en escena. También hablamos de formar un taller literario y bibliotecas tan ambulantes como la puesta en escena de *La almohada* que, en riguroso homenaje a Lorca, tendrá que ser trashumante. Me dijo también que en un par de días una delegación del municipio asistiría al Congreso Nacional de Cultura, y que me invitaban a ir. ¡Perfecto!, exclamé, porque siempre había querido conocer los Santiagos.

Después volví al hotel y escribí un poco, pero la maravilla de dormir en cama después de siglos (seis siglos) fue más seductora y caí rendido.

Vendimiario 21. El cuate de los Chavos Rebecos me llevó a nadar, a las seis de la mañana. Más tarde me dirigí al Consejo para trabajar con los de Propaganda. Se suponía que iban a llevarme a unos cuartones para que me reventara discursos que alentaran a alfabetizarse a los que aún no lo habían hecho. En eso llegó Papi Romero. Me avisó que había recibido un sobre de La Casa de las Américas, pero que como todo lo de mi ubicación era un *desorden* (miradita significativa) lo habían enviado a la Yuraguana.

Salí corriendo a ver si encontraba a Alexis o a Miguel Ángel.

Yo ya sabía que ese sobre contenía una carta de México, en la que se me informaría sobre la salud de mi hermana y mi papá, y sobre mi regreso a Mexicalpán. Chance hasta traía mi boleto de avión. De puro churro encontré a Miguel Ángel cuando se disponía a partir a la granja.

Recorrimos a toda velocidad (o sea, como *siempre*) el camino de El Vedado (esa vez por supuesto ya no pregunté por la Daltoneja) y llegamos aún temprano a la granja. Mercedes, la oficinista bitonga, tenía el Afamado Sobre. En efecto, en él venía una carta de mi papá: todos estaban felices de que yo regresara a la operación de la Yuyi, mi mamá en especial. ¡Pácatelas! También venía un bonito boleto-pase para viajar, vía Mexicana de Aviación, de La Habana a México, D. F., con escala en Mérida.

¡Qué gusto tan inmenso me dio! Le enseñé mi boleto a todo mundo, aclarándoles que todavía estaría casi dos meses en Cuba y que sólo regresaría a México a la operación de mi hermana, porque después volvería. Todos me felicitaron, y me dio la impresión de

que muchos me habían cobrado cariño.

Regresé con Miguel Ángel porque él ya se iba a Puerto Padre y yo podría irme con él. Llegué a tiempo. Íbamos por la ruta de Los Alfonsos cuando el yip se atascó y no hubo cómo sacarlo. Pusimos piedras, hojas de palma y todo lo que encontramos pero fue en balde. Miguel Ángel me pidió que regresara a la Yuraguana para pedir un tractor. Como esos rumbos me los conocía de memoria me fui por todo tipo de atajos y llegué pronto a la granja. Alcides tomó un tractor y nos fuimos a desatascar el yip. No nos costó ningún trabajo, y ya nos disponíamos a ir cuando quise mostrarle mi boleto de avión a Alcides. La sangre se me heló cuando vi que en el sobrezote de La Casa de Las Américas ya no estaba el boleto. Por retrasado mental me había llevado el sobre cuando fui a buscar el tractor y seguramente se me había perdido en esa vegetación del carajo.

Empecé a buscar el boleto frenéticamente, con una creciente desesperación que me hacía ver todo nublado. Quitaba arbustos, retiraba piedras, buscaba por todas partes, casi a gatas, y no encontraba nada. Ellos me ayudaron también; Miguel Ángel montó en el yip y regresó por donde veníamos: Alcides, en el tractor, también se puso a buscar el boleto. Yo regresé por los atajos que había tomado, pero ya no estaba seguro de que me hubiera ido exactamente por allí, veía que estaba a punto de oscurecer y que cada vez se veía menos. De pronto se me fue toda la fuerza, poco a poco me fui dejando llevar por una horrenda sensación de derrota; buscaba entre las plantas, mecánicamente, tenía la impresión de que ya nunca me podría ir de allí y que jamás vería a mis papás y a mis hermanos. Como cuando recibí la carta con el anuncio de la enfermedad de la Yuyi y de mi papá, me entró un deseo invencible, vehemente, de regresar a mi casa a como diera lugar, porque allí todo se había vuelto opresivo; esa vegetación que tanto me gustaba ahora me era odiosa porque se había tragado mi boleto, un boleto de avión que se había convertido en lo único que me hacía vivir.

Por supuesto, no encontré nada. Ya era más bien noche cuando regresé desolado, con Miguel Ángel, al yip. Él, decentísimo, me dijo que no me preocupara, que nos iríamos a Puerto Padre y que allí podíamos intentar hablar a México por larga distancia. Seguramente podrían cancelar ese boleto y enviarme otro, en todo caso sólo

demoraría un poco más mi estancia en Cuba. Por supuesto, era cierto; en mi desesperación no se me había ocurrido nada de eso. Sin embargo, ya no pude estar en paz, porque había llegado a un punto de fatiga que me hacía ver todo como perdido. Hasta me daban ganas de suicidarme, pero ya.

En Puerto Padre, Miguel Ángel y yo fuimos a buscar a Papi Romero, quien nos llevó al Consejo para que yo pudiera telefonear. Tardó siglos la maldita conferencia, y tan pronto como oí la voz de mi papá me solté a chillar como buen tarado que soy. Entre sollozos maricones le conté todo lo que había pasado, y él me dijo lo que Miguel Ángel: me enviaría un nuevo boleto y yo sólo debía de avisarle a Mexicana de Aviación (o sea, Pan American) en La Habana que ese boleto se había extraviado y que había que cancelarlo.

¡Uf! Todos respiramos después de todo eso. Miguel Ángel se fue a dormir, seguramente ya estaba fastidiadísimo de mis pendejadas, y Papi Romero me dio un coscorrón cariñoso. Y no sólo eso: me preguntó cómo andaba de divisas. Le dije que, por supuesto, estaba frío. Entonces me dio un par de pesos para que me tomara un bacardí por ahí, que buena falta me hacía. No estaba bien que él, como responsable de las Brigadas, hiciera eso, pero etcétera, etcétera.

Me fui a una bodeguita que aún estaba abierta (eran casi las diez de la noche) y pedí un par de strikes de Bacardí. El primero me lo tomé de un golpe, y el segundo más despacito, porque iba sintiendo cómo las piernas se me derretían casi y me entraba un sueño casi invencible.

Vendimiario 22. Bien temprano ya estaba yo en el Consejo tratando de comunicarme con la Pan American de La Habana. Les dije que había que cancelar el boleto tal y cual y me dijeron perfecto, correcto y positivo, o ka colega. Ya después pude ver que el día era espléndido; el cielo se había despejado notablemente y el airecito del mar era de lo más agradable.

Me encontré a Joaquín Matamoros, quien me dijo que esa noche saldríamos a Santiago de Cuba, al congreso. Por tanto, me fui al Consejo y Papi Romero (no dejaba de verme con una sonrisita

picarona) me autorizó a viajar a los Santiagos. En la tarde di una conferencia sobre literatura mexicana en el liceo y nos quedamos discutiendo sobre Brecht, Piscator y el teatro épico. Al parecer, de allí podría sacar mis actores para *La almohada*. ¡Qué buena onda!

Ya era de noche cuando Matamoros pasó por mí al hotel y me llevó a las oficinas de las ori, donde nos aguardaba un poderoso Póntiac. Lo abordamos Cordero (chofer), Lenin, Juan Manuel, Manolito, Alfonso, Matamoros y yo.

Nos detuvimos en Victoria de las Ruinas porque ellos tenían que conferenciar con unos cuates del Departamento de Cultura.

También tuvimos que arreglar la luz del auto, que empezó a fallar en la carretera. Vi, ¡milagro!, un ejemplar de *Lolita* y por supuesto lo compré, con lo cual se me fue casi todo lo que me habían dado de seudiviáticos. Palabra que detestaba haber ido a ese viaje cuando podía pasarme leyendo al gran maestro Nabokov.

Pero no: era muy padre ir a Santiago, y a un congreso de cultura, además. Seguimos el viaje, mientras hablábamos como pericos y ellos me hacían burlas mansas por mi desesperación del día anterior, cuando perdí mi boleto.

Al poco rato tuvimos que detenernos, porque la carretera se hallaba tapizada de grampa alias tachuelotas, y esa maniobra contrarrevolucionaria falló, como todas, porque en el acto nos bajamos a limpiar la carretera central. Era un buen tramo el que habían llenado de tachuelas, pero lo limpiamos pronto porque todos los que transitaban, al vernos, también se bajaban a ayudar.

Alguien sacó una botelluca de Bacardí y nos dimos varios pegues muy reconfortantes. En el horizonte, a nuestro alrededor, todo estaba oscurísimo. Después, seguimos nuestro camino.

ANEXOS

<u>Termidor 27.</u> Esta mañana hay mucha agitación. Todos los muchachos se preparan. Durante el desayuno se dio el anuncio de nuestra salida a las once y media, pero, como es costumbre, seguramente saldremos tarde.

Nos tomaron una foto, único recuerdo de nuestra estancia en Varadero. Después de largas colas subimos en los camiones, nos dieron diez pesos y un escudito de las Brigadas Conrado Benítez. Pero no salimos. Tuvimos que regresar al Granma a causa de líos que nunca supimos. Después de la comida, pudimos partir. A mí me tocó con Óscar, Jorge Moreno, Luis Manuel y un grupo de compañeros del segundo piso. Uno de ellos, grandote, fuerte, negro, y otro más delgadito e igualmente negro, hicieron el ambiente. Se pusieron a cantar el Himno del 26 de Julio a ritmo de rumba y al poco rato todos los chavos le daban duro al guaguancó, qué escandalera más [illegible]. Pasamos Cárdenas, ya en Matanzas, y luego entramos en Santa Clara, capital de la provincia de Las Villas. Ya era de noche. El gordo Óscar y yo nos metimos en un cabaret oscuro-oscuro-oscuro, seguidos por bastantes muchachos. Fuimos expulsados.

Reabordamos los camiones, o guaguas, como se les dice aquí. La travesía era larga y los que no se aburrían, dormían. Pero eran pocos. Siguieron cantando, esta vez con menos entusiasmo, y alguien me pidió, ¡otra vez!, que yo me echara algunas canciones ranche-

Mecanoescrito de *Diario de brigadista.*

Himno de las Brigadas Conrado Benítez

Somos las Brigadas Conrado Benítez
Somos la vanguardia de la Revolución
Con el libro en alto cumplimos una meta
Llevar a toda Cuba la alfabetización

Por llanos y montañas el brigadista va
Luchando por la patria luchando por la paz
¡Abajo imperialismo! ¡Arriba libertad!
Llevamos en los libros la luz de la verdad

¡Cuba! ¡Cuba!
¡Estudio trabajo fusil!
¡Lápiz cartilla manual!
¡Alfabetizar alfabetizar!
¡Venceremos!

Escritura y vida
(Una conversación con José Agustín)

Por Enrique Serna

Por una mezcla de virtudes y defectos ancestrales —modestia, hipocresía, discreción, miedo al ridículo—, los diarios y las memorias escasean en la literatura mexicana. Casi nadie escribe sobre su propia vida y cuando alguien se atreve a hacerlo cubre su rostro con gruesas plastas de maquillaje. José Agustín rompió con ese tabú desde *El rock de la cárcel* y ahora nos sorprende con un diario en el que la historia personal y la historia con mayúsculas se entrecruzan en un fresco narrativo de enorme vitalidad. Repuesto de la peligrosa caída que sufrió en el Teatro de la Ciudad de Puebla, cuando el acoso de los caza autógrafos lo derribó en el foso de una orquesta, el escritor más precoz de nuestra república literaria salió de las tinieblas con la creatividad ilesa. Me alegró constatar desde el inicio de nuestra charla que el accidente no le nubló la memoria. De hecho, recuerda los acontecimientos de hace medio siglo como si los hubiera vivido ayer. Las circunstancias de su boda clandestina con Margarita Dalton para alcanzar la mayoría de edad y librarse de la tutela familiar, la ingenua temeridad de la joven pareja, la confrontación del romanticismo juvenil con la dura realidad del campo cubano, ameritaban una entrevista que ubicara en su contexto los episodios de esta novela vivida.

¿Cuál fue la reacción de tu familia cuando supieron que te habías casado en secreto y que te marchabas a Cuba?
Se aterrorizaron, porque yo era un chavito de dieciséis años y mis papás no tenían ni la más remota idea de la fuga que yo estaba planeando. La única que sabía era mi hermana Yolanda. Ella era nuestra cómplice y como tenía un coche que mi papá le regaló cuando cumplió quince años, nos llevaba en su nave al juzgado de Tlalnepantla, donde me casé con Margarita Dalton. La idea era

hablarles a nuestras familias cuando ya estuviéramos instalados en Cuba, pero en un momento dado, Yolanda le soltó la sopa a mi hermano Alejandro, a quien le pareció atroz que yo me hubiera casado en secreto, y él fue quien le dijo a mi papá, cuando ya estaba todo listo para la huida. Teníamos un boleto para irnos a Cuba en barco porque estaba cerrado el aeropuerto de La Habana. Y aunque hubiera estado abierto, de cualquier manera no teníamos lana para el avión. El barco zarpaba de Veracruz a las seis de la mañana, y para llegar a tiempo teníamos que tomar un autobús en México a las doce de la noche, pero la noche previa Alejandro me delató. Mi papá me encerró en el cuarto y por todos los medios me estuvo tratando de disuadir. Yo me defendí con una carta clásica de chavo, en la que decía: “Yo no pedí permiso para nacer, me trajeron aquí, ahora déjenme hacer lo que se me dé mi rechingada gana”. Mi papá me entendió, mi mamá no tanto, pero se resignó a dejarme ir. Por supuesto, llegué tardísimo a la cita con Margarita, que era a las doce de la noche. Tomamos el autobús y llegamos a Veracruz justo para ver el barco yéndose del muelle. Entonces tuvimos que quedarnos un mes entero en el puerto esperando el siguiente barco. Alquilamos un cuartito de azotea y yo conseguí un trabajo vendiendo cortineros de puerta en puerta. Jamás he podido vender nada, pero ahí la necesidad me obligó. Margarita Dalton era mucho más abusada que yo para sacar lana. Los domingos se emperifollaba, se ponía cuquísima y se iba a las iglesias. Muy compungida le decía a los feligreses: “Disculpe usted, estoy haciendo una manda, cometí un pecado muy grave y la manda es tener que pedir dinero de limosna”. Era tan conmovedora que le soltaban la lana, ¡increíble! No sólo tuvimos dinero para pagar el cuarto sino hasta para comer de vez en cuando unos taquitos de cochinita que vendían abajo en el edificio.

¿Tenían invitación del gobierno de Cuba?

Yo no, pero Margarita sí. Ella tenía buenos contactos con el gobierno cubano. Su viraje ideológico me sorprendió porque pasó muy rápido de la derecha católica a la izquierda revolucionaria. Cuando nos hicimos novios era una muchacha de la juventudes católicas, de hecho era una líder de los católicos jóvenes de México. Pero ella se lo quitó en tres patadas, y al ratito ya era una

comunista de línea dura… Ella era la maciza, la comunista, brava como la chingada para defender sus ideas. Se clavó tanto en el marxismo que al rato ella y mi hermana ya ni me hablaban, por ojete y fresón. En un encuentro internacional de mujeres, Margarita había conocido a Marcia Leiseca, la subdirectora de Casa de Las Américas, que a pesar de su nombre era una mujer a toda madre. Marcia le dijo: "Vente a Cuba y te damos trabajo en la Casa". Pero como Margarita Dalton era menor de edad, necesitaba la autorización de sus padres para emprender el viaje, y ellos le dijeron: ni madres, aquí te quedas. Entonces a ella se le ocurrió que si se casaba sería mayor de edad automáticamente. En una fiesta me encontró a mí, y me dijo: qué onda ¿nos casamos para ir a Cuba? Yo le dije, pues órale, juega, cuando quieras. Al día siguiente me habla por teléfono y me dice: "Oye, ¿era en serio?" "Pues por mí sí, no hay ningún problema", le dije. Y así fue como sellamos el pacto.

¿Conociste a la familia de ella? ¿A su hermano, el poeta Roque Dalton?
Sí, cómo no. A Roque lo conocimos en La Habana, él entonces estaba allá y reunirse con él era una de las ilusiones de Margarita.

La precocidad ha sido un rasgo importante de carácter, porque te casaste a los dieciséis, te divorciaste a los diecisiete y a los dieciocho publicaste tu primera novela, **La tumba.** ***¿Por qué tenías tanta urgencia por saltarte etapas de la vida?***
Yo no sentía ninguna urgencia, me parecía lo más normal del mundo, de hecho me parecía que estaba medio lentón. Me gustaba hacer cosas, las intentaba, y cuando las podía hacer, nadie me detenía.

¿Cómo lograron casarse en México siendo tan chavos? ¿No les pedían autorización de sus padres en los juzgados?
Sí, fue difícil encontrar un juez que nos casara. Anduvimos buscando en varios juzgados de la ciudad de México. Teníamos montado un cuento melodramático: que éramos de Tijuana y nos habíamos escapado de nuestras casas, porque Margarita estaba esperando un hijo mío. "No quiero tener un bebé ilegítimo —decía Margarita—, ayúdenos, por favor." Pero nos decían: "No, eso no se

hace tan fácil aquí en el D. F., están ustedes muy chicos. Váyanse a Tlalnepantla". Fuimos allá, y por fin encontramos un juez que nos dijo: "Está bien, si se quieren casar, allá ustedes".

Ya pasaron cincuenta años desde los hechos que narras en este diario. ¿Cómo ves ahora la Revolución cubana?
En principio la veo bien, creo que para como estaba la situación del país en los años ochenta, han mejorado bastante. Por primera vez el régimen está instrumentando medidas de apertura política, ya hay más salida de la gente al exterior, hay más libertad de expresión, aunque todavía es muy relativa, y bueno, lo que pasa es que yo le tengo un cariño enorme a Cuba, entonces, ahí sí, mi corazón le gana al espíritu crítico.

Tú le enseñaste a leer a muchos campesinos cubanos, pero ¿qué fue lo que aprendiste de ellos?
Aprendí muchísimo. Llegando a la Casa de las Américas nos dijeron: "Váyanse a la campaña de alfabetización". Yo creo que pensaron: así nos quitamos estas lacritas de encima. En una escuela de Varadero nos dieron las instrucciones de cómo dar el curso, y después nos mandaron a la provincia de Oriente, que era la más remota de La Habana. A mí me tocó primero alfabetizar en un pueblo que se llama Juan Sáez, y tuve como alumnos a puros viejitos. Hice buenas migas con ellos, les caía bien, ellos me cayeron a toda madre, y simpatizamos tanto que decían: "Queremos aprender, pero con el mexicano". Adquirí una relativa celebridad local, porque era el favorito de los viejos, y como ellos eran los poderosos del rumbo, me prestaban sus caballos, me invitaban a comer. Pero mi principal aprendizaje fue quitarme todo lo mamón y mimado que era. Cuando regresé a México mi familia me vio tan cambiado que dijo: "Puta, qué bueno que te fuiste, cabrón, deberías irte más, eras un sangrón insoportable pero allá te bajaron los humos".

¿Sangrón en qué sentido? ¿Eras un joven pedante?
No, nunca fui pedante, pero sí tenía un carácter medio encaprichadón. De Cuba regresé con mayor sentido de la responsabilidad, me puse a trabajar de inmediato, volví a los

estudios sin mayor pedo, me fue relativamente bien. Además a los seis meses se murió mi mamá, luego conocí a Margarita Bermúdez, mi esposa de toda la vida, y a los siete meses de conocerla ya estábamos casados. Así es que tuve que madurar deprisa.

La nostalgia de México es muy insistente en el diario. ¿Te sentías culpable de haber dejado a tu familia? ¿Tu madre te lo reprochaba en las cartas?
No, una vez que aceptaron mi viaje, nadie me la hizo de tos en absoluto. Yo sentía nostalgia de México por estar lejos de mi país y en segundo lugar, porque extrañaba mi vida de niño consentido de clase media que tiene de todano. En Cuba tenía que fletarme a bajar mangos de los árboles, que a veces eran mi único alimento de todo el día, barbechar, arar, sembrar, hacer todas las faenas del campo. Fue un cambio de vida total: no había televisión, no había luz, no había radio, la única diversión a mi alcance era escribir o leer, pero la chamba no me dejaba mucho tiempo libre.

¿Te resulta difícil estar lejos de México? Te lo pregunto porque en este diario y en* **Ciudades desiertas, una novela basada en tus experiencias como profesor en Estados Unidos, se nota que el exilio te sienta mal.***
García Márquez una vez me dijo: “Si pasas más de dos años fuera, se chingó tu país. Ya hiciste nuevas relaciones en otro lado, y te va a costar mucho trabajo volver, pero sí regresas antes de los dos años, todavía te adaptas al ambiente, sigues manteniendo el trato con todos tus cuates”. Tal vez por eso mis temporadas en el extranjero nunca han sido muy largas. Hace como 30 años tuve la tentación fuerte de quedarme a vivir en Estados Unidos, cuando fui a dar un curso en Alburquerque, Nuevo México. Desde que llegué a la universidad me dijeron: “Aquí tenemos de profesor a Ángel González”, el gran poeta español, que falleció hace poco. “Y así como tenemos dando clase a un gran poeta, queremos tener a un gran narrador, y queremos que sea usted. Váyalo pensando, tiene un año para decidirse. Le damos chamba, tenure, y todo lo que necesite para vivir con su familia.” Fue una tentación muy fuerte. Estaba suave Alburquerque, me gustó el lugar, había unas puestas de sol absolutamente sensacionales con la montaña Sandía, mis

hijos estaban felices, y la oferta económica era muy atractiva. Pero lo que me hizo regresar fue que de repente pensé: Y si yo me quedo aquí en el gabacho, ¿de qué voy a escribir? ¿Me voy a volver un escritor chicano? Ya era tarde para eso, y además en ese campo había un montón de escritores con más experiencia que yo. ¿Iba a competir con los gringos en su propio mercado, en un país etnocentrista como el carajo? ¿A quién le podía interesar el punto de vista de un mexicano sobre la vida gringa? Si me salía magistral, a lo mejor sí, pero el reto era muy cabrón. Cuando estaba en ese dilema le pidieron a mi hijo Andrés que dibujara su casa. Le quedó bonito el dibujo, pero en el centro de la casa pintó una bandera de Estados Unidos, y al lado una bandera mexicana, apachurrada, chiquita y dada al queso. Entonces dije: en la madre, qué nacionalidad van a tener mis hijos si me quedo yo aquí, ¿van a ser chicanos o qué? Eso me decidió a volver con toda la familia.

En tus épocas de alfabetizador en Cuba, te resistías mucho a cantar rancheras cuando te lo pedían. De hecho en el diario haces varios comentarios sarcásticos sobre el folclor mexicano. ¿Te pesaba esa tradición?

No, me sé chingo mil canciones mexicanas y en aquella época me las sabía también, y siempre me han gustado, pero soy un pésimo cantante. Me negaba a cantar por una mezcla de pudor y vanidad. Sabía que yo la hacía en otras cosas, pero no en el canto. Cuando me escuchaba en la regadera yo mismo decía: ¡cállate la boca, cabrón! Pero los cubanos creían que todos los mexicanos éramos Pedro Infante. Nos echábamos jornadas largas en autobús toda la noche y empezaban a gritar: “Que cante el mexicano”.

Margarita Dalton me parece un personaje enigmático tal y como aparece en el diario ¿Por qué estaba enemistada contigo cuando arranca el diario y por qué se fue agudizando la pugna entre ustedes?

Desde nuestra llegada a Cuba los dos nos estábamos preparando para la separación. Incluso decíamos en broma que nos habíamos casado por interés. La única razón del matrimonio fue irnos a Cuba y ya estando allá pues ahora sí cada quién por su lado. Todavía estuvimos juntos un rato, pero como entramos a la campaña de

alfabetización, ahí nos separaron por sexos. Los campamentos de mujeres estaban por un lado, los de hombres por otro, ahí por primera vez nos separamos. Después ya nos acostumbramos a la independencia, y llegando a la provincia de Oriente casi nadie supo que estábamos casados. Ni ella ni yo dijimos absolutamente nada y nos quedamos cada quién por su lado.

¿Se portaba rara contigo?
No, se portaba a toda madre. Ella era y sigue siendo una mujer de carácter fuerte, muy inteligente, con una audacia fenomenal. Era muy hábil para sobrevivir, le valía madre hacer cosas para las que yo era timidísimo, se metía en donde fuera y se hacía cuata de Juan de las Pitas. Más bien yo creo que desde el principio no queríamos involucrarnos mucho el uno con el otro. Como ya habíamos sido novios antes y habíamos tronado, sabíamos que no éramos una pareja forever. Pero a fin de cuentas, estuvo padre escaparnos juntos. Por primera vez tuve una actividad sexual constante y continua, y eso siempre se lo voy a agradecer. Era una mujer llena de recursos, que nunca se daba por vencida. Cuando íbamos a salir en el barco *Bahía de Sihuanea* rumbo a La Habana, ella traía los pasaportes en su bolsa, con un poco de lana, 300 dólares que habíamos juntado entre los dos. Y que se le cae la puta bolsa al mar. Se quedó atorada entre el casco del barco y el muelle. Mi primera intención fue echarme un clavado, pero me dijeron, no lo hagas, porque me podía quedar prensado entre el barco y el muelle. Nos fuimos a La Habana en la bancarrota absoluta, con cero pesos cero centavos y para colmo sin pasaportes. Cuando llegamos, los agentes de migración se portaron re cuates: llamaron a la gente de Casa de las Américas, y Marcia Leiseca les dijo: “Sí los conozco, sobre todo a ella, son buenos muchachos, déjenlos a nuestro cargo”. Llegando al Vedado nos dijeron: “¿En qué hotel tienen reservación?” Nos quedamos callados mirando el suelo. Por suerte se apiadaron de nuestra miseria y nos llevaron al hotel Presidente, que estaba a dos cuadras de Casa de las Américas. Al día siguiente ya les confesamos que no teníamos un centavo y entonces nos dijeron: “A alfabetizar, hijos de la chingada”. Pero me llevaba bastante bien con ella y tuvimos una buena relación. Sólo nos creaba tensiones un cierto nivel de competencia. Ella era mucho más competitiva que yo, y los

dos éramos unos fanfarrones de miedo. Nos ufanábamos de conocer todo Nietszche, todo Marx, y presumíamos nuestra cultura con una seguridad pasmosa. Habíamos leído bastante para nuestra edad, pero no tanto como le hacíamos creer a la gente.

Algunos de tus camaradas alfabetizadotes se quejaban de las personas oscuras o tibias que no aceptaban la ideología revolucionaria. ¿Crees que desde entonces había gérmenes de burocratización y de intolerancia en el régimen socialista?
Posiblemente sí, pero yo no lo pude percibir, en primer lugar porque estaba en medio de puros chavos. Ahí el ambiente era de mucho cotorreo, de camaradería franca, de jolgorio juvenil, y nadie quería aprovecharse de los demás. La gente de alfabetización, los instructores y la gente mayor, que a lo mucho tenían treinta o treinta y cinco años, eran bien alivianados, super honestos y yo nunca me sentí mal con ellos. Al contrario, tuve más libertades para expresarme que en México. En Puerto Padre se me ocurrió abrir un taller literario y tuve una concurrencia encabronada. Luego decidimos hacer un periódico y hasta monté unas obras de teatro. Entonces pensé: yo estoy haciendo en Cuba lo que no puedo hacer en México. Allá por hacer estas cosas me corren de la escuela, me la hacen de pedísimo y aquí tengo facilidades, buena onda, buena vibra. Me mandaron de observador a un congreso de cultura en Santiago de Cuba y como yo tenía una audacia tremenda, me paré como delegado oficial a echarme mi rollo. Recibí muchos aplausos, la ministra de cultura me felicitó y yo estaba en la gloria.

Una de las obras que montaste en Cuba es* La almohada. *¿La publicaste?
No, pero sí la conservo.

¿De qué se trataba?
Sepa la chingada, ya no me acuerdo, han pasado 50 años.

Otra de las que te habían pedido era una pieza de adoctrinamiento político.
Sí, pero ésa no la montamos.

¿Cómo era tu convivencia con los campesinos cubanos? Me imagino que sus condiciones de vida eran bastante duras.

Sí, la primera vez que llegamos a casa de una familia del campo dijimos: pero a dónde nos vamos a quedar si aquí no hay lugar para nadie. Entonces nuestro anfitrión agarró un machete, se fue a cortar unas ramotas gigantescas y en dos horas nos había puesto un cuarto a toda madre. Y adondequiera que fuéramos nos trataban igual. Como éramos muy jovencitos, en todas partes despertábamos simpatías, más aun por ser mexicanos y haber venido de tan lejos para enseñarles a leer y escribir.

¿Todo el mundo en el campo estaba a favor de la Revolución?

En ese momento sí, era 1961, el año de la educación, y prácticamente no sentí ambiente contrarrevolucionario, salvo entre algunos habaneros de clase media que se oponían a Fidel. Y en ese viaje que hicimos a Santiago de Cuba tuvimos que pararnos varias veces, porque los contras habían echado tachuelas y vidrios en la carretera, para que tronaran las naves que iban a Santiago. Era un momento difícil para la revolución, porque apenas dos meses antes había empezado el bloqueo.

¿Ya lo empezaban a resentir en la economía?

Todavía no. Aún estaba abierto el Sears, había muchas tiendas, encontrabas con facilidad cualquier mercancía. El proceso para estrangular la economía fue paulatino, debe de haber durado como año y medio y entonces sí se empezó a notar la escasez. Pero de cualquier manera sentí raro al llegar a La Habana y ver la mayoría de las tiendas gringas cerradas.

¿Cómo era tu uniforme de alfabetizador?

Era un uniforme verde olivo, de soldado, con bolsotas en los pantalones. La camisa era grisecita con sus charreteras. Nos dieron los uniformes en Varadero y llegando a los Alfonsos una señora me dijo: “Le queda muy mal ese pantalón, a ver, yo se lo voy a arreglar”, y me lo dejó de pelos. Yo me sentía soñado.

Hablando un poco de tu evolución como escritor, me llamó la atención en este diario que a los dieciséis o diecisiete años ya

estaban muy definidas todas las características de tu estilo. Una gran libertad para mezclar albures, neologismos, retruécanos, préstamos de otras lenguas.
Para entonces ya había escrito *La tumba*.

¿Y habías pasado ya por el taller de Arreola?
No, regresando de Cuba fue cuando entré a su taller. Pero *La tumba* la escribí en un taller que se llamaba Mariano Azuela, a fines del 60, y la terminé poquito antes de irme a Cuba, como en abril del 61. Dos años después, cuando se la llevé a Arreola, le escribí un capítulo nuevo, porque había un personaje que había quedado muy en el aire y quise rematarlo bien.

Pero en esa época parece que te interesaba más el teatro, ¿no?
Sí, muchísimo, el teatro me fascinaba. Empecé a estudiar teatro como desde los once, doce años, y como no había papeles para un actor de mi edad, me la pasaba escribiendo obritas.

¿Conociste a algunos dramaturgos importantes en esa época?
Sí, a Emilio Carballido. Pero mi gran maestro fue Carlos Ancira, un superactor y un maestrazo de poca madre. Su sobrino, por cierto, era José Emilio Pacheco, a quien Ancira me presentó.

Cuando narras en el diario tus cabalgatas en la oscuridad impenetrable del campo, me pareció ver el despertar de tu interés por la vida espiritual y el nacimiento de tu sentimiento religioso, algo que después ha sido muy importante en tu obra. ¿En esa época ya tenías inquietudes religiosas o esotéricas?
No, la religión no me interesaba para nada. Estaba en la etapa marxista racionalista de mi formación. Había tenido de niño una fe religiosa fuerte, pero se extinguió como a los doce años. De repente me valió madres, y llegué a ser tan descreído que recién entrado a la Prepa me mandé hacer las únicas tarjetas de presentación que he tenido en mi vida, que decían: “José Agustín, ateo”. Pero por supuesto que sí me interesaba; la espiritualidad, era una inclinación muy fuerte de mi carácter, y eso se reflejaba ya en mi teatro de la adolescencia. Como dramaturgo seguía dos caminos. Por un lado, escribía un teatro realista muy desmadroso y por otro, un teatro

según yo de un nivel dizque poético y simbolista, que era el peor. En él manifestaba mis inclinaciones espirituales.

En el diario parece que cuando describes tus experiencias en la oscuridad o el sufrimiento de las crudas te asomas a otra realidad, a un mundo movido por fuerzas insondables.
No lo había percibido así, pero me parece razonable lo que dices. En realidad, yo no volví a interesarme por la religión hasta que ya estaba casado, cuando tuve mis primeras experiencias psicodélicas, en particular el primer viaje de hongos. Entonces admití que tenía un sentimiento religioso muy vivo.

¿Esto fue después de* La tumba*?
Sí, mucho después.

Porque ya en* De perfil *hay un trasfondo espiritual insinuado con el motivo simbólico de la piedra del jardín, que se va cargando de significado a lo largo de la novela.
Esa piedra ha sido motivo de interpretaciones interesantísimas por parte de los críticos y los académicos. Algunos la ven como la piedra filosofal, otros han venido al jardín de mi casa y dicen: esa es la piedra de *De perfil*. En esa época esta casa ni existía, pero yo les digo que sí para darles gusto.

¿Hasta qué época y hasta qué punto fuiste marxista?
Antes de ir a Cuba ya tenía una marcada tendencia izquierdista, pero por algún motivo no quería militar. Mis hermanos, mi hermana Hilda, Margarita Dalton, todos eran miembros del partido comunista y venían a decirme que le entrara con mucha insistencia. Pero yo sabía que en el fondo no era marxista, porque desde entonces tenía discusiones con mi hermano Augusto, que él si era un marxista de hueso colorado, con una cultura filosófica endiablada.

¿Cuáles eran sus diferencias de opiniones?
Primero, la dictadura del proletariado, una idea que yo no aceptaba por ningún motivo. La libertad de creación, la libertad en general, la libertad de tránsito, todas esas cosas eran irrenunciables para mí.

Teníamos discusiones sensacionales, hasta que poco a poco creo que lo fui convenciendo yo.

¿En esa época sabías algo sobre los crímenes del estalinismo?
Ya empezaba a tener una idea, pero no era un tema que me interesara demasiado. Más adelante sí me preocupó saber más sobre el asunto. Porque esas discusiones con mi hermano no fueron cosa de una temporada, duraron como diez o quince años.

Sin embargo, veías con buenos ojos la Revolución cubana.
Sí, porque le tenía un cariño enorme. Los cubanos se habían portado muy cuates conmigo. Lo que yo veía estaba a toda madre. La gente estaba contenta, sobre todo los chavos. Y como estuve en el campo, donde la gente estaba muy jodida, me daba cuenta que sin duda les estaba yendo mucho mejor que en tiempos de Batista.

¿Tuviste alguna vez la inquietud de alfabetizar campesinos mexicanos?
No, nunca, y lo lamento, porque hubiera sido muy interesante. Siempre pensé que mi vida era muy urbana, y efectivamente lo era. Cuando mi esposa de toda la vida, Margarita Bermúdez, y yo estábamos recién casados nos fuimos a vivir un tiempo a Acapulco, y nos tuvimos que regresar como a los cuatro meses por la falta de actividades culturales.

¿Qué impresión te dejó tu encuentro con Fidel y el Che?
Los dos eran muy altos, el Che un poco menos, pero casi le llegaba a la estatura de Fidel.

Cuando lo conocimos Fidel se portó muy afable y cariñoso con nosotros. Nos abrazó con mucha efusividad y enseguida nos hizo plática: ¿De qué parte de México son? El Che estaba más serio, nomás viendo, pero con una mirada muy penetrante.

¿Había pasado ya la invasión de Bahía de Cochinos?
Sí, como un mes antes de que llegáramos.

¿Notaste la atmósfera tensa por el temor a una nueva invasión?
Sí, claro, sobre todo en octubre del 61 hubo un temor muy fuerte a

una nueva invasión y entonces sí me dijeron: tienes que aprender a manejar rifles, metralletas, y tomé entrenamiento militar varias semanas, pero gracias a Dios nunca tuve que usar las armas.

Por lo que cuentas en la parte final del diario, parece que ya te habías hecho bastante popular en Cuba. ¿En viajes posteriores seguiste tratando a la gente que conociste de chavo?
No, porque no volví a viajar a Cuba hasta mediados de los ochenta. Durante algún tiempo tuve correspondencia con algunos escritores de allá, entre ellos Reynaldo Arenas, que tenía mi edad. Nos hicimos cuates y durante un tiempo nos escribimos. Pero tuve poco trato con escritores porque la mayor parte del tiempo estuve en la provincia de Oriente, alejado del medio literario. Más tarde, cuando volví a Cuba en los ochenta, me hice amigo de José Antonio Portuondo, un viejito divino, que era embajador de Cuba en México, y también hice amistad con Nicolás Guillén, que era el presidente de la uneac. Cuando regresé a La Habana en el 61, ya para venirme a México, me dieron chamba en la Casa de las Américas. Fue cuando mejor me fue, porque ya estaba solo, tenía un departamentote sensacional con vista al mar, nunca había tenido tanto espacio para mi solo y además quedaba junto a la Casa de las Américas, con una biblioteca de pelos.

¿Cómo encontraste a tu hermana Yolanda cuando volviste?
Todavía estaba bastante bien. Se tardó seis años en morir. La quería muchísimo, era mi hermana cuata, dos años menor que yo. Mi madre se murió primero que ella y al poco tiempo yo me casé.

Encuentro cierta similitud entre el tema de este diario y el de tu novela más reciente,* Armablanca*, porque en los dos relatos muestras una ilusión romántica por los grandes movimientos de masas. ¿De qué manera influyó en tu visión del mundo la temporada que pasaste en Cuba y tu participación en el movimiento del 68?
La temporada que pasé en Cuba me cambió por completo, me modificó la vida, la manera de ser, el carácter, amplió mi cultura y me hizo crecer en todos sentidos. Fue un paso capital para mí. Mi participación en el 68 fue intensa, pero poco militante, en buena

medida por la necesidad de conservar mi independencia como escritor. Una de las cosas que me fastidiaban del partido comunista de aquel entonces es que era muy cerrado y dogmático. Eso lo pude constatar de cerca, porque muchas reuniones de la célula del partido en que militaban mis hermanos eran en mi casa. Y luego a mi hermano Guti, que era un pintor extraordinario, de repente le prohibieron que pintara retratos de señoras burguesas. Le ordenaron: "Tú concéntrate en el estudio de la filosofía marxista para que escribas los manuales y los libros que nos hacen falta". Eso metió a mi hermano en una crisis salvaje, y en buena medida yo lo empujé a salir de ella porque le dije: "No te dejes censurar, mándalos a la chingada".

Hasta Diego Rivera pintaba señoras burguesas.
¡Pero claro! Eran muy nacatitlas los cuates con los que estaba tratando. Había uno que sí era mucho más chingón, Guillermo Rousset Banda. ¿Has oído hablar de él?

Sí, tengo algunas referencias. Creo que te inspiraste en él para escribir "Los negocios del señor Gilberto" un cuento bastante grotesco, donde lo caricaturizas con mucha crueldad.
Guillermo era un superfilósofo comunista, y además un hombre muy culto. Al principio tuve una relación muy padre con él, porque le agarraba la onda en todo y le caí bien. Ya no recuerdo cómo salió lo de escribir el cuento. Ah sí, él me lo pidió.

No creo que haya quedado muy contento con ese retrato.
Para nada. Le había leído la primera mitad, que es todavía bastante decente, y en apariencia quedó contento, pero tuvo el presentimiento de que el cuento iba a tomar otro rumbo. El caso es que un 25 de diciembre, después de una peda de Nochebuena muy fuerte, salimos a comer Margarita y yo como a las 5 de la tarde, y este güey llegó a la casa, no se cómo le hizo, pero agarró el manuscrito y se lo llevó. A la noche siguiente estaba gritando en la banqueta: "¡Te voy a matar, cabrón! ¡Cómo te atreves a decir estas cosas de mí!" Yo estaba en mi cama muerto de la risa. Pero era un tipo muy irascible, que de verdad cumplía sus amenazas. Como a los dos o tres meses asesinó a Carlos Farías, otro militante

comunista, y yo dije, en la madre, ¿con quién me fui a meter?

¿Por qué lo mató?
Rousset estuvo casado con una colombiana que se llamaba Lucy Bonilla, y llevaban como tres meses de haberse divorciado. Pero al parecer Rousset le guardaba rencor, porque un día llegó a casa de Lucy, la encontró con Farías, sacó una pistola del portafolio y lo asesinó a sangre fría por andar metido con su ex. Como la familia de Rousset tenía muchísima lana, lo protegieron de volada y lo sacaron del país. Vivió 10 años en Francia, y regresó pensando que ya había prescrito su delito, pero el papá de su nueva esposa lo investigó, le siguió la pista y al bajar del avión estaban esperándolo dos agentes para llevarlo a la cárcel.

En la mayor parte tu obra has sido muy afecto al espanglish, pero el diario hay muchas frases y juegos de palabras en francés. ¿Lo estabas estudiando en esa época?
Ya más o menos lo dominaba, porque lo había estudiado seis meses en el Ifal, otros seis en la Alianza y lo leía muchísimo. Pero cuando fui a Francia descubrí que casi no podía hablar en francés, porque no tenía práctica, todo era un aprendizaje de lectura. Lo entendía bien, pero me costó como tres o cuatro viajes para llegar a desenvolverme en las conversaciones con relativa soltura. Luego ya estuve dando conferencias en francés y todo. Siempre tuve mucha facilidad para los idiomas. El inglés se me metió a la cabeza quién sabe cómo. Nunca lo estudié, pero yo recuerdo que a los trece años traducía y hablaba con gringos. También estudié un poquito de alemán, pero ahí si no pude seguirle.

¿Escribiste este diario para ti o tenías en mente publicarlo?
Era absolutamente personal, este diario no lo leía nadie, ni pensé publicarlo. En la década de los ochenta, una amiga mía, la editora Sonia Miró, se enteró de que tenía un diario de mis experiencias como brigadista. Yo le dije que no tenía interés en publicarlo pero de cualquier modo ella me pidió que se lo dejara leer. Entonces tuve que pasarlo a máquina porque lo tenía a manopla y el oficio de escritor me hizo darle una buena corregida. Esa publicación no se concretó y luego me olvidé del asunto. Pero hace poco mi esposa

Margarita se puso a leerlo. Oí sus risas, vi que se la pasaba suave y pensé: a lo mejor tiene algo de chiste.

En el diario utilizas varias veces la palabra naco. De hecho te describes como "naco full time". ¿A principios de los sesenta ya se usaba mucho esa palabra? ¿Qué sentido tenía entonces?
Naco entonces era alguien medio pendejón, una persona inculta, no necesariamente pobre. Luego la palabra fue adquiriendo una connotación más clasista y los nacos ya eran más bien los jodidos. Yo creo que los grandes cambios del lenguaje coloquial mexicano ocurrieron entre el 56 y el 67.

¿Por qué crees que se produjeron esos cambios? ¿Eran un reflejo de la transformación del país?
Yo sostenía en esa época que todos los cambios de denominación eran cualitativos, porque en México se daba un fenómeno curioso: primero al policía le decían el azul, luego se convirtió en el tira, un nombre mucho más despectivo que venía de "tirano" y tenía ya una connotación crítica muy severa.

¿Después de tu divorcio mantuviste el contacto con Margarita Dalton?
Sí, tenemos una amistad espléndida hasta la fecha. La admiro y la quiero mucho. Es una mujer muy alivianada. Se hizo muy cuata de mi hermana, de Margarita mi esposa, de mis hermanos. Luego fue directora del Instituto de Culturas de Oaxaca, donde vive actualmente. Después de estar en Cuba se fue como seis o siete años a Ghana para hacer su tesis de doctorado en Historia. Luego ya venía de regreso a México pero se quiso pasar un tiempo en París. Allá le tocó el 68, y de ahí pasó a Londres, donde se volvió ultrahippie. De vuelta a México se compró una hacienda de poca madre, que se llamaba El Vergel y le daba asilo a todo el personal que llegaba a pedirle ayuda, pero eso sí, a todos los ponía a chambear para que desquitaran la comida y el hospedaje. En esa época fue cuando se puso a escribir. ¿No la has leído?

No, ¿qué ha escrito?
Tiene muchos libros, la mayor parte académicos, pero también una

novela muy interesante que le publicó Emmanuel Carballo en 1968. Se lama *Larga sinfonía en D* y es la primera novela en verdad psicodélica de México, en la que narra sus experiencias con ácidos. Luego tiene varios estudios sobre ondas oaxaqueñas y creo que otra novela que no he leído.

¿Cómo ha sido la recepción de tu obra en Cuba? Porque supongo que el carácter contracultural de tu narrativa, las experiencias psicodélicas, tu afición al rock, no debe haberle gustado mucho a la burocracia cultural del castrismo.

En efecto, eso no encajaba para nada con la política cultural de la revolución. En mi viaje de brigadista me llevé a La Habana unos cuantos discos, entre ellos varios rocanroles de Elvis Presley. Una vez en una fiesta me puse a bailar y me dijeron: ese mexicano es un bitonguito, el nombre que le daban allá a los niños ricos y fresas. Para colmo de males jamás cultivé mis relaciones con la intelectualidad cubana. Nunca me quisieron publicar en Cuba, hasta la fecha no tengo absolutamente nada publicado allá. No volví a Cuba hasta 1985, 24 años después, cuando fui jurado del premio Casa de las Américas. Estuve un mes y medio en un hotel padrísimo en Cienfuegos, con vista a la bahía, ahí nos tenían de poca madre, leyendo, y luego me pasé como semana y media en La Habana, pero ya cotorreando por mi lado. No tenía ni direcciones ni teléfonos de la gente del mundo literario. Ellos saben que a principios de la Revolución estuve en su país alfabetizando y me ven con gusto cuando voy a Cuba, pero yo mismo procuro no sacarle nada al gobierno cubano. Cuando voy allá me pago el viaje con mi propia lana para pasarla a gusto, en vez de tener que estar dando conferencias. Ahora mi esposa Margarita está muy interesada en ver qué dicen en Cuba con la publicación de este diario. Veremos qué pasa.

Mayo, 2010

Lo que leía en esos días

Lolita, de Vladimir Nabokov
El muro, de Jean-Paul Sartre
Tierna es la noche, de Francis Scott Fitzgerald
El luto humano y *Dios en la tierra*, de José Revueltas
Confabulario, de Juan José Arreola
El aleph, de Jorge Luis Borges
Poeta en Nueva York, de Federico García Lorca
20 poemas de amor, de Pablo Neruda
Poesías, de Arthur Rimbaud
Las flores del mal, de Charles Baudelaire
Narraciones extraordinarias, de Edgar Allan Poe
Rojo y negro, de Stendhal
Alicia en el país de las maravillas, de Lewis Carroll
Los negocios del señor Julio César, de Bertolt Brecht
El aullido, de Allen Ginsberg
Crimen y castigo, de Fedor Dostoievski
Los demonios de Loudun, de Aldous Huxley
La familia Burrón, de Gabriel Vargas

Lo que oía en esos días

Elvis Presley, de Elvis Presley
Mood indigo, de Duke Ellington
Pyramid, de The Modern Jazz Quartet
Take five, de Dave Brubeck
Mongo, de Mongo Santamara
Carmina Burana, de Carl Orff
Sinfonías 3 y *9*, de Ludwig Van Beethoven
Carmen, de Georges Bizet
Bolero, de Ravel
Redes, de Silvestre Revueltas
Oberturas, de Rossini
Sinfonía 2, de Jan Sibelius
La consagración de la primavera, de Igor Stravinski
Suite Gayan, de Katchaturian

Fotos de esos días



José Agustín pronuncia un discurso en Puerto Padre, provincia de Oriente. Al fondo, Margarita Dalton con boina. Foto: archivo del autor.



José Agustín en una obra de teatro de Gogol, a principios de los sesenta Foto: archivo del autor.



José Agustín en segundo de secundaria actúa en su propia obra El robo*, dirigida por él mismo a fines de los años cincuenta. Foto: archivo de autor.*



Programa de la obra El casamiento *de Gogol en 1961.*

EL CASAMIENTO

de Nikolai V. Gógol

Interpretado por Alumnos de Arte Dramático del Centro de Seguridad Social para el Bienestar Familiar No. 4 (XOLA)

REPARTO (Por orden de aparición):

PODKOLESIN	Eduardo Rodríguez
STEPAN	Elmer Mastache
TECLA	Rosario Ferrer
KOCHKAREV	Alexandro Ramírez
AGATA	Ana María Montero
ARINA	Regina Arango
DUNIASHKA	Cecilia Castro
IAICHNITZA	Ernesto Alva
ANUCHKIN	José Agustín Ramírez
GEVAKIN	Ernesto Ibarra

Dirección: ROSA MARIA RUIZ DE IBAÑEZ

Escenografía: AUGUSTO RAMIREZ

Programa de la obra El casamiento *de Gogol en 1961.*



Los padres de José Agustín: el capitán piloto aviador Augusto Ramírez Altamirano e Hilda Gómez Maganda. Foto: archivo del autor.



El capitán Augusto Ramírez Altamirano en pleno vuelo La Habana-DF Foto: archivo del autor.



José Agustín en un retrato de Ricardo Vinós. Foto: archivo del autor.



José Agustín alfabetizando con un grupo de alumnos en la provincia de Oriente, Cuba. Foto: archivo de Hilda Ramírez.

Diario de brigadista
Cuba 1961

Edición en formato digital: junio de 2011

Homero núm. 544, Col. Chapultepec Morales,
Delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11570, México, D. F.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori.
Foto de cubierta: José Agustín pronuncia un discurso en Puerto Padre, provincia de Oriente.

Comentarios sobre la edición y contenido de este libro a:
literaria@rhmx.com.mx

ISBN: 9786073103633

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.facebook.com/megustaleermexico
www.twitter.com/megustaleermex
www.megustaleer.com.mx



Consulte nuestro catálogo en: www.megustaleer.com.mx

Random House Mondadori, S.A., uno de los principales líderes en edición y distribución en lengua española, es resultado de una *joint venture* entre Random House, división editorial de Bertelsmann AG, la mayor empresa internacional de comunicación, comercio electrónico y contenidos interactivos, y Mondadori, editorial líder en libros y revistas en Italia.

Random House Mondadori S.A. está estructurado en tres grandes divisiones geográficas:

1. España
2. América Central con presencia en México, Colombia y Venezuela
3. Cono Sur con presencia en Argentina, Chile y Uruguay

El grupo distribuye y exporta sus títulos a más de 45 países de América Latina, Asia, Europa y Estados Unidos, siendo así, uno de los centros editoriales más importantes del mundo.

Desde 2001 forman parte de **Random House Mondadori** los sellos: **Areté**, **Beascoa**, **Debate**, **Debolsillo**, **Collins**, **Electa**, **Grijalbo**, **Lumen**, **Mondadori**, **Montena** y **Plaza y Janés**.

A través de ellos se abordan temas de literatura, política, ciencia, periodismo, historia, autoayuda, diccionarios, sin olvidar a sectores específicos como el infantil y el juvenil.

Sede Ciudad de México:
Homero 544 Col. Chapultepec Morales
11570, MÉXICO, DISTRITO FEDERAL.
Tel.: +55 30 67 84 00

Consulte las direcciones y datos de contacto de otros países en www.randomhousemondadori.com.

areté



DEBATE

DEBOLSILLO


Collins


ELECTA

Grijalbo

Lumen


MONDADORI

Montena

PLAZA JANÉS